

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 20 - 26 marzo 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 329

PRIMAVERA: FIESTA MAYOR

EL MEJOR PREGON:
UNA BUENA COSECHA

PROGRAMA DE 90 JORNADAS
PARA ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS



El periodista inglés Michael Fenton deserta de la Legión francesa

... una obra dramática a través del Africa dominada por Francia, por Enrique Ruiz Garcia (pág. 53)
... de Valencia, crónica del comienzo de estas carac...
... bestas, por nuestro enviado especial Costa Torró...
... 10) * Tono, sí; Tono, no, una polémica que se ha...
... con el último estreno teatral de este humorista...
... 11) * Arleña no es Francia ni quiere convertirse en...
... La delicada situación política del Africa del Norte...
... por nuestro enviado especial Luis Antonio de Vega...
... 17) * Curiosidades norteamericanas, por Andrés...
... 22) * El «gran kilotón», la nueva terrible...
... de destrucción atómica, estudiada por José Díaz de...
... (pág. 23) * «Todo lo que fructifica es bueno», char...
... el excelentísimo señor obispo de León, don Luis Al...
... por nuestra enviada especial María Jesús Echeva...
... (pág. 29) * Cartas desde el sur de Francia. La pre...
... española en tierras que fueron catalanas, por Jaime...
... (pág. 32) * Entrevista con Ignacio Aldecoa, el...
... que ha nacido para vivir y escribir la vida (pág. 45)
... que es menester leer «Confesiones del estafador Fe...
... por Thomas Mann (pág. 49) * Granada en la...
... de su paisaje, crónica viajera de nuestro enviado...
... especial Diego Jalon (página 56)
... EL YUGO, novela de A. Nuñez Alonso (pág. 36)

SI QUIERE SABER LA VERDAD PREGUNTE A UN NIÑO

Sólo un niño puede atreverse a decirle que su aliento es desagradable. Los mayores, le rehuyen, con más o menos disimulo, pero no se lo dicen. Y usted, por sí mismo, no lo advierte. Por eso...

¡TENGA CUIDADO!

La más exagerada limpieza no es suficiente para prevenirle contra el terrible enemigo de su aliento.

HALITOSIS

Casi siempre, la halitosis (fetidez de aliento) se produce por fermentación ocasionada por bacterias.

EL UNICO MEDIO SEGURO

para prevenir y combatir la halitosis es enjuagarse frecuentemente con Antiséptico LISTERINE, el más poderoso germicida. Destruye millones de bacterias.

LISTERINE

DESODORANTE DEL ALIENTO



Complete la higiene de su boca usando Crema Dental LISTERINE con ACTIFOAM, la penetrante espuma activa antienzimática que limpia profunda y completamente.



Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid



PRIMAVERA: FIESTA MAYOR



UN PROGRAMA DE 90 JORNADAS PARA ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

21 de marzo de 1955: fecha del acontecimiento. Un acontecimiento feliz, feliz de verdad, porque este año la primavera, además de las flores, de los versos de los poetas y de las declaraciones de amor de los inexpertos, nos trae el anuncio de una buena cosecha: el anuncio de una magnífica cosecha.

Quizá esta primavera de 1955 se haya retrasado un poco, y grandes nevadas y fuertes lluvias se han sucedido delante de sus mismísimas puertas. Pero estas nevadas permitirán que los embalses no se vacíen en los tiempos de verano, y estas lluvias han favorecido ahora extraordinariamente al campo.

El campo: he aquí la cuestión más importante. Las siembras de cereales y leguminosas de otoño ofrecen en la actualidad un excelente aspecto y se han recuperado del atraso que presentaban muchas de ellas a consecuencia de la falta de humedad acaecida durante la siembra y primera fase de su crecimiento. En Andalucía, los cereales y leguminosas presentan una magnífica y prometedora visión, y en algunos lugares de Sevilla, por ejemplo, se iniciaron hace tiempo las labores de escarda. Por Valladolid, Avila, Burgos y Palencia, los sembrados semejan una auténtica alfombra de espigas. En Ciudad Real, los cereales han crecido en forma cospechada, y en Huesca y en Teruel el campo es infinitamente mejor que el del año pasado por esas mismas fechas. Esto ocurre en tierra de cereales. Y en las otras, semejante.

La viña tiene ahora la humedad necesaria para su evolución normal. Y el olivar también ha mejorado en grado sumo. La cosecha de aceituna será, sobre todo en



Con la primavera llegan a España las fiestas más diversas. En la fotografía, un baile típico en un pueblo de la provincia de Avila



«La primavera la moda altera», podría decirse con razón gloriosando un conocido adagio. En la foto, dos modelos de esta estación, el primero de Marbel, el segundo de Pedro Rodríguez.

las zonas de Aragón, Rioja-Navarra, Castilla la Nueva y Jaén, muy superior a la del año pasado.

En casi todas las zonas han florecido los almendros; los pastos han mejorado y el campo se ha vestido de gala para recibir con magnificencia al verano.

Esta es la realidad. La primavera de 1955 nos trae, pues, la mejor noticia que se pudiera desear. La noticia de un excelente año de riqueza agrícola. Motivo, pues, de júbilo grande, de júbilo del bueno.

BUENOS PASTOS PARA EL GANADO

Junto al campo, y sobre él, está el ganado. Con el 21 de marzo se inicia la temporada más importante para la actividad ganadera. Como este año las condiciones meteorológicas han sido favorables para la producción de pastos, la cabaña nacional podrá hacer frente a los meses venideros sin temor ninguno de quebranto. Hasta ahora, los ganaderos han restringido la oferta de reses para el abasto, con el fin de que adquirieran mayor peso y mejor presentación. En la nueva estación

sobrevenirá un aumento en las transacciones, que se reflejará en una baja de precios. Por Salamanca, por Andalucía y por Castilla correrán buenos vientos para compradores y para vendedores. Mayor cantidad de reses vendidas; mayor ganancia; mayor consumo en la población.

El estado sanitario de nuestra ganadería es satisfactorio. Han disminuido o se han extinguido algunos focos de «viruela ovina» que existían en Ciudad Real y Zaragoza. Lo mismo ocurre con los de «fiebre aftosa», localizados en Baleares, Huesca y Gerona.

Las últimas lluvias han mejorado los pastos, hasta el punto de que se podrá disponer de ellos en abundancia durante la primavera, con lo que se reducirá al mínimo las necesidades de piensos complementarios.

La abundancia de pastos significa para el consumidor que los precios bajan. Y no sólo de la carne para el consumo, sino también de los productos derivados. Las ferias y mercados ganaderos se verán extraordinariamente animados en los meses próximos.

Vacas, terneras y corderos presentan su estampa optimista en esta primavera recién llegada. Estampa que, por otra parte, es totalmente cierta y real.

EL NUEVO AIRE DE LOS ABANICOS

La primavera también tiene su industria. Industrias para la primavera! El tiempo lo exige. Nuevos artículos para un tiempo nuevo. Y el nuevo producto—para el caballero—se llamará sombrero de paja—el clásico jipi—o el sombrero de tono gris claro, donde el pelo de conejo o de liebre ha sustituido a la sedosa felpa negra del invierno.

Pero el jipi auténtico, el jipi colombiano o de Méjico, es un artículo de gran lujo. De mil a mil quinientas un ejemplar. Entonces se impone el flexible, el sombrero pluma, de alta copa y ala baja. Andalucía y Extremadura son regiones de España donde el sombrero es ahora casi imprescindible. Córdoba es tan famosa por el sombrero cordobés como por su

Mezquita. En este tiempo, también en Córdoba, en Puente-Genil, en Cabra o en Lucena, el sombrero de típica ala ancha cambia de color y achica sus alas.

Si el sombrero no evita la caída del pelo, aunque algunos creen lo contrario, lo cierto es que se convierte en el mejor enemigo de las insolaciones. En los escaparates de las principales sombrererías—en la Casa Melchor de Cádiz, en las Industrias Sombrererías Españolas de Barcelona, en la tienda Fernández Teodoro de Burgos, que se encuentra en la calle de la Sombrerería, para no despistar, o en Padilla Crespo de Madrid—pueden verse ya los nuevos modelos de sombreros de caballero para primavera.

La calidad mejor de la paja para el jipi la proporciona Panamá y Méjico. Debajo del agua, a la luz de la luna, los indios tejen la copa de los jipis, para que la luna conceda el purísimo color blanco. Quizá en esta leyenda se justifiquen las mil quinientas pesetas de su coste.

La industria del abanico comienza en los primeros días de la primavera. Los abanicos de la primavera de 1955 van a tener una característica nueva. En la tela seguirán pintadas las flores, escenas taurinas y la «ballaora» de Triana rematando el último paso de una «sevillana»; pero los industriales, los proyectistas y los dibujantes han descubierto que las señoras son muy buenas amigas de los perros, y los perros van a ser el principal motivo de muchos abanicos de la temporada. Entre las varillas del moderno abanico se distinguirá la cabeza del diminuto pekínés, las orejas grandes y sentimentales de un cocker o de un setter de pura raza o el lomo estirado del galgo, de afilado perfil. Y los abanicos se venderán en todas las ciudades de España. En la plaza Mayor de Segovia, el turista comprará un ejemplar donde estará el Acueducto o los jardines de La Granja; la Casa Páez de Málaga ofrecerá al visitante un dibujo de Puerta Oscura o de la Alcazaba; la industria abaniquera de Rubio, en la sevillana calle de las Sierras, ofrecerá la Giralda; el perito dominará en los abanicos de la Casa Diego de Madrid.

Otra industria de cara a la primavera la piden esas terrazas de los cafés y de los bares. Hay que reponer el material. La lona para el toldo, el mimbre para los sillones y los travesaños para las sillas plegables. Al buen tiempo, buena silla para disfrutarlo en plena calle. Porque las terrazas de los bares cada vez estarán, en las tardes soleadas de abril y de mayo, más concurridas. Lo mismo da que sea el paseo de Recoleta en Madrid; o la Rambla de las Flores, en Barcelona; o el paseo de las Palmeras, en Alicante; o la avenida de España, en San Sebastián. Difícil será siempre encontrar una silla vacía.

FIESTAS POR LO GRANDE

La primavera es la estación de las fiestas, de las ferias populares. Ayuda a ella el buen tiempo, el clima ideal. Ni el frío del invierno es el mejor amigo de las noches pasadas al amor de la mu-



La diversidad climática de España permite al mismo tiempo los deportes más opuestos: la natación y el esquí.

sica que toca en la caseta, ni el verano aconseja el paseo prolongado por las calles y avenidas de la ciudad.

Gondomar, Porriño y Lerez, tres pueblos de Pontevedra, entran en la nueva estación al acorde de las «muñeiras» que anuncian las tradicionales fiestas de San Benito. Más tarde vendrán los festejos de Tuy, con su concurso de gaitas gallegas. Los mozos harán gala de su arte en las típicas festividades de Betanzos, con la fiesta infantil de «los Mayos». La romería al Cristo del Otero es clásica en Palencia. En la romería hay algo que deja buen sabor a los forasteros: «Las autoridades apedrean a los romeros con bolsas de pan y queso». En Avilés, la legendaria fiesta asturiana del «bollo» o el reparto del pan, entre desfiles de carrozas y regatas. Otros festejos primaverales tienen su sabor en las ferias de ganados, como las de Salamanca, donde, a la par que la Exposición de ganado, se celebra la feria de los botijeros. Algunos pueblos de Cuenca, los que están próximos, hacen sus fiestas en los mismos días. Así queda más tiempo para el trabajo. Quintanar del Rey y Villagarcía del Llano, allá por el 25 de abril, celebran juntos sus danzas y cantos típicos.

Una de las costumbres más antiguas de todas las fiestas de la primavera ha sido cantar a la flor. Es rara la ciudad que no incluya en su programa una batalla de flores. Campanario es un pueblo de Badajoz. Sus fiestas son por el mes de mayo. A las romerías con carros engalanados y caballerías enjaezadas se une la rifa de tiestos, de flores y de albahaca. León también tiene sus festejos en primavera. Hay en ellos cosas típicas, pero nada tan curioso como aquello de las «Cabezadas» entre el abad y el alcalde en la basilica de San Isidro.

Y en primavera las fiestas de San Isidro en Madrid. Las ocho corridas de toros y las fiestas populares de los barrios con sus verbenas incomparables y tradicionales.

En esta nomenclatura de fiestas, las ciudades y los pueblos demuestran su alegría. Una alegría hermanada con la paz y la buena voluntad.

EL PELIGRO DE LA CORNADA

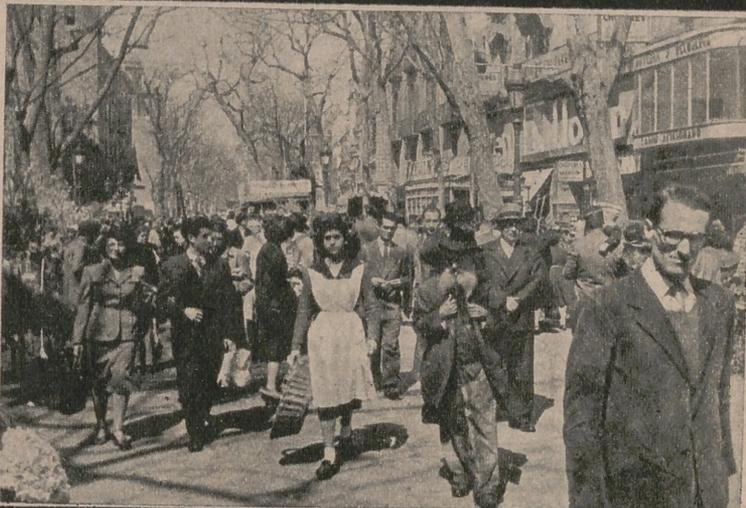
Los toriles de las plazas de toros han abierto ya sus puertas. La temporada de 1955 ha comenzado. Por los ruedos de Valencia, de Castellón, de Barcelona, de Madrid o de Alicante, toros hechos o novillos poderosos han corrido su turno.

Los toros de esta primavera, siguiendo la tradición de los años, vienen pegando. Pegando cornadas. Ahí está, por ejemplo, la de Antonio Ordóñez, cuando entraba a matar, limpio y por derecho, a un toro de Miura. La primavera es la época en que los toreros, por lo general, tienen más cerca el peligro de la cornada. Una razón, por razón del toro; otra, por razón del torero.

Las recientes lluvias han mejorado en calidad y en extensión el estado de los pastos en las grandes zonas criadoras de ganado de lidia. Andalucía y Salamanca—los Pablo Romero, los



La sazón del campo se logra en estos meses, de los que depende la riqueza agrícola del país



En las mañanas primaverales, es grato pasear bajo un sol que no molesta. Las Ramblas de Barcelona se ven ahora más animadas que nunca

Conradi, los Miura o los Domecq, por la parte primera; los Cobaleda, los Pérez Tabernero, los Guardiola o los Galache, por la segunda—ya han seleccionado y encajonado y enviado lotes de corridas de seis toros a diversas plazas de España. El toro, en general, está fuerte y gordo. Presenta, por lo menos en el campo, poder y empuje. Y el torero de esta manera, por la razón del toro, tiene en la primavera más cercano el peligro.

Por la parte del torero está eso que se llama el sitio. Al empezar la temporada, el torero suele no poseer ese entrenamiento, esa confianza que dan las corridas celebradas día tras día. Algunos matadores, sin embargo, no carecen de ella. Son los toreros que han llegado de América. El avión, en estas nuevas temporadas taurinas, permite la casi doble personalidad de estoquear un toro en Sevilla habiendo toreado cuarenta y ocho horas antes en Méjico o en Bogotá. Y aunque la manera de hacer el toreo en las tierras de más allá del Océano no suele ser la misma que por aquí, el matador trae ya, porque no lo ha perdido, el hábito del toro.

Este es el doble signo, nuevo y viejo, de las corridas primaverales de 1955. Y como estación nueva, nombres nuevos también. Entre los matadores, José Ordóñez, Manolo Cascales, Carlos Corpas y Paco Méndez. Y entre los novilleros Marcos Carrión, Marcos de Celis, El Tino, Alfonso Merino y Julio Romero Luengo están, en unos y en otros, en cabeza o en serie, todos los demás, con sus estilos, con sus partidarios y con sus preferencias.

Feria en Valencia por San José, feria en Sevilla por abril, feria en Madrid por San Isidro. Una trilogía que en la temporada mandará sobre los contratos de los matadores de toros.

UN NUEVO VEHICULO PARA EL TURISTA

Tres millones de turistas visitarán España este año. El desfile ha empezado ya. Han comenzado a venir en la primavera, con las golondrinas. Ningún año el turismo ha madrugado tanto.

Por las calles de las capitales y de los pueblos de España, a la espera de las grandes fiestas primaverales, en expectativa de contemplar los «pasos» religiosos de



Llegan con las golondrinas las bandadas de turistas, que ansian saturarse de sol y de «color local»

La Semana Santa, o simplemente recorriendo los museos y el paisaje español, se encuentran ya en estas fechas unos cuatrocientos cincuenta mil extranjeros. Por otra parte, mil estudiantes de La Sorbona parisiense tienen ya pasaje para España. Vienen a ver las procesiones de Avila en los días de la Semana Santa. Los dos millones de turistas que el pasado año invadieron nuestras ciudades, en una operación de la belleza, de la alegría y del buen humor, se verán rebasados este año por otro millón más de visitantes. Francia, Estados Unidos e Italia, a juzgar por los pronósticos, ocuparán, en el número, los lugares primeros.

El turista no llega siempre en tren, en avión o en automóvil. Por el puente de Irún o por la frontera de Port-Bou entraron a comienzos del pasado verano un buen número de italianos y franceses montados en sus «Vespa» verdes o motocicletas plateadas. Este año la moto se ha sustituido por el pequeño coche de dos plazas, ligero, con el especial ruido de su motor de escasa potencia. Es el «Biscooter», que ya rueda por muchas de nuestras carreteras y que parece hecho exclusivamente para el turismo. Para el matrimonio turista. Porque hombre y mujer son sus ocupantes.

Sevilla, Valencia, Baleares, Córdoba, Toledo, San Sebastián o Barcelona, entre las ciudades españolas, contemplan en esta primavera el paso de sus admirados visitantes. La primavera, en nombre de ellas, les da la bienvenida.

DE LA NIEVE AL MAR, PASANDO POR LOS CABALLOS

En el 21 de marzo de 1955, la nieve se conserva en las alturas de las cordilleras en las mejores circunstancias para el esquí. Candanchú, en el Pirineo aragonés; Nuria y La Molina, en Cataluña; Sierra Nevada, en Granada, y el castellano puerto de Navacerrada son los escenarios de importantes pruebas que se celebran en primavera. A pesar de tratarse de deportes típicamente de invierno.

Las últimas nieves se aprovechan para la modalidad de la «marcha de los puertos», competiciones que no se pueden celebrar en los meses de enero o febrero, por ejemplo, a causa de los rigores del clima y de la escasa visibilidad. El buen tiempo favorece también las escaladas sobre hielo y sobre roca. La Pedriza, en Madrid, y la sierra de Gredos son los lugares más aptos para este deporte, sin olvidar todos los Pirineos y Montserrat.



Los campos de Castilla se visten de un verde jugoso y prometedor

Un nuevo deporte surgirá potente y decidido en este tiempo que se nos avecina: la acampada.

Para vivir en plena naturaleza en los montes y en las tierras españolas, la primavera es la estación ideal, sobre todo a finales de la misma. En este tiempo se lleva a la práctica planes montañosos consistentes en marchas sucesivas en las que los participantes llevan consigo viveres y equipos suficientes para no tener que abastecerse durante el recorrido. Tantos aficionados a la acampada hay ahora en nuestro país, que se ha constituido una Federación de «Camping», con reglamentos y requisitos que es preciso cumplir si se pretende alzar una tienda de lona en cualquier punto de la geografía española.

La primavera de 1955 también tiene sus fechas en los calendarios de deportes marítimos. En todo el litoral—en el Cantábrico, en el Atlántico y en Levante—, los remeros botan las traineras, las trañerillas o los bateles que tenían guardados durante el invierno. Y tras las duras jornadas de entrenamiento se celebran las primeras regatas regionales y locales: Vigo, Gijón, Pedreña, Santurce, Orío, Pasajes, Málaga... Estas pruebas de primavera son el preludio de las reñidas competiciones nacionales que tendrán lugar en los meses de agosto y septiembre.

Las tiradas oficiales de tiro de pichón se iniciarán en el mes de marzo. El mismo día 22 de este mes—un día después de la inauguración primaveral—comienzan las pruebas en Badajoz. La Copa de España se adjudica este año en Huelva, del 10 al 17 de abril. Y en mayo se disputa en Madrid el Campeonato Nacional. La mayoría de las treinta y seis sociedades españolas dedicadas a este deporte tienen señaladas importantes tiradas durante la primavera: Sevilla, Morón, Barcelona, Palma de Mallorca, Granada, Murcia. El tiro de pichón tendrá un auge destacado.

El ciclismo despierta asimismo con la llegada de la estación. Pero este año más que ninguno: La Vuelta ciclista a España está a la vista.

Las carreteras ofrecen ahora a diario la escena de un ciclista que, bien atenzado a la máquina, recorre en solitario kilómetros y más kilómetros para prepararse para las más importantes carreras del año, locales o nacionales. Porque afición al ciclismo, en todas partes tenemos. Y cada vez más. Bahamontes tal vez tiene la culpa. Por ello, los organizadores de la Vuelta a España están dando a estas horas las últimas normas para que cuando los participantes tomen la salida ningún imprevisto malogre los planes para el feliz desarrollo de la prueba.

Para el deporte hipico, esta primavera supondrá también la iniciación de los concursos. Sevilla, del 10 al 17 de abril, será escenario donde tendrán lugar las montas para la prueba nacional. Luego seguirán las pistas de Jerez, Palma de Mallorca, Córdoba, Cáceres y Madrid.

Y si a carreras de caballos nos referimos, la temporada de primavera en el hipódromo de La



Comienzan los grandes festivales deportivos, las carreras de caballos en las grandes capitales, junto a las corridas de toros en todas las poblaciones

Zarzuela de Madrid es programa fundamental para discriminar montas, establecer calidades y ganar premios. Y para que las mujeres luzcan sus vestidos, que todo tiene su importancia.

Quedan, cómo no, otros deportes: tenis, regatas de balarcos, fútbol, pelota vasca, natación... Como los anteriores, también tendrán su puesto, su desahogado puesto, que el volumen y la afición mandan sobre todo.

LA DIFÍCIL ELECCION DE LA MODA

Ha llegado el tiempo de arrinconar en los armarios los abrigos. Consecuencia: moda femenina acorde con la temperatura. Esta circunstancia es aprovechada, naturalmente, por los modistas. Hay que sustituir las prendas de vestir inútiles en la mujer por toda esa serie de chaquetas, vestidos de entretiempo y trajes de chaqueta, que dan oportunidad a las señoras para renovar el vestuario hasta que los rigores del clima veraniego les abundan nuevamente la ocasión de guardar todo lo adquirido. Y vuelta a renovar los trajes. La alta costura, fiel a la sucesión de las estaciones, ha lanzado al mercado sus creaciones para recibir dignamente a la primavera.

En las salas de exhibición de las firmas acreditadas es fácil seguir las líneas que impone la moda de primavera. Las notas más destacadas son la precisión del corte y las siluetas estilizadas. Se mantienen los adornos que dan personalidad a cada modelo, bien sean largas filas de botones, pequeñas trabillas en la espalda o pliegues en la cintura.

Dentro de estos cánones, la moda de esta primavera puede calificarse de muy alegre y juvenil, con una brillante gama de colores en los estampados. La industria española, en esta últi-

ma clase de telas, ha creado unos dibujos inspirados en motivos cubanos, con predominio de flores tropicales. Se ha incorporado esta orientación a los modelos a base de colores arena, naranja y amarillo. En las lanas predominan los rosa, blanco, azul, amarillo también, marrón claro y color cacahuete. Las telas de algodón son estampadas, igual que las sedas naturales. Y, hablando de colores, hay que dar el adiós al negro, aunque no se suprime del todo para los trajes de noche.

Los trajes de vestir se confeccionan con preferencia de tul y organza. Los bordados han pasado casi a la historia, pero se conservan aún si son muy estilizados. Se decía que la moda de esta primavera era alegre, y tenemos su explicación en los vestidos de calle. Abundan en ellos los lunares sobre diferentes tonos, de todos los cuales es el gris el favorito.

No hay una colección completa de modelos si olvidamos a los abrigos de entretiempo. Y aquí tenemos una gran variedad de color rojo, azul, «príncipe de Gales» muy claro y caoba pálido. La línea es ampulosa con mangas cortas.

Es una frase comercial que no hay mujer bien vestida si va mal calzada. La moda de 1955 no olvida este importante aspecto del conjunto femenino. Los zapatos son del mismo color del vestido, con tono distinto para no hacer creer que están hechos del mismo tejido que el traje. Los bolsos que se imponen son de mediano tamaño, y sobre todo negros, castaño claro, blanco y azul marino.

Entre los adornos se pueden señalar las hebillas de brillantes y los botones. Para conjuntos de calle, las hebillas se fabrican en concha y madera. Los pendientes

son los perjudicados por la moda de primavera, ya que ceden el primer plano a los collares. Hay profusión de collares, largos y llamativos, de piedras de todos los colores y de todas las formas. Con estos adornos, el maquillaje es rojo vivo y los ojos deben pintarse indicando una línea hacia las sienes; inspiración oriental, para que todo quede más claro.

No puede olvidarse el problema de las líneas «A» y «H». La opinión de un técnico, en este caso la del español Marbel, es que no puede hablarse de que una línea designada con una letra del alfabeto predomine en una colección de modas, Marbel asegura que la mujer no tiene nada que ver con una vocal o con una consonante. Hay muchos tipos femeninos para pretender vestirlos a todos por el mismo patrón. De esta manera, a algunas señoras les va bien la línea «huidiza», con el vuelo recogido hacia atrás para dar idea de un polsón, lo que viene a ser una reminiscencia del final del siglo XIX. A otras damas se les puede aconsejar la línea «envolvente», ceñida al cuerpo, que recuerda el disfraz usado en los escenarios para representar humorísticamente a los «ratas» de hotel. Quien use un vestido de esta línea experimentará la sensación de que se ha introducido en un tubo. Otra de las creaciones en boga siguen la orientación «vendaval», con faldas de vuelos amplios, que da un aspecto juvenil y airoso, naturalmente.

Las directrices de la moda—de esta moda española que nos trae la primavera—son las referidas; sólo falta ahora decidirse por cualquiera de ellas. Lo que no parece tan sencillo.

UN DOCUMENTO DEL SEÑOR OBISPO DE LERIDA

Con el título de «Una carta importantísima del Excmo. Sr. Ministro de Información», el señor obispo de Lérida ha publicado en el «Boletín Oficial» de su diócesis un documento, que a continuación recogemos, sobre la carta de fecha 26 de enero que el Ministro de Información dirigió al señor obispo de Málaga, carta que oportunamente publicamos en nuestro número 323, correspondiente a la semana del 6 al 12 de febrero del año en curso.

A CABAMOS de leer la carta del señor Ministro de Información y Turismo sobre la ley de Prensa y su lectura nos ha producido tan grata impresión que juzgamos conveniente dedicarle unas palabras.

Está escrita con visión certera y dominio del caso discutido con sencillez y humildad cristianas, con profunda deferencia a la jerarquía eclesiástica, con amor filial al Papa y con sumo acatamiento a las enseñanzas pontificias. Todos los católicos, y más aún los sacerdotes y los obispos, han de sentirse sumamente satisfechos de que al frente del Ministerio de Información y Turismo, que tan amplias y hondas relaciones tiene con el apostolado y con toda la vida de la Iglesia, se halle una persona de tan sólidas garantías. No es fácil encontrar en el orbe católico un Ministro que le iguale en el celo porque la información se desenvuelva por los cauces de la verdad, de la honradez, de la justicia, de la caridad y del decoro en armonía con las levantadas y sapientísimas normas de los Soberanos Pontífices.

El señor Ministro ha adoptado en este problema una posición tan firme y tan acertada que queda a cubierto de toda ofensiva que se inspire en motivos nobles y aspiraciones elevadas. No desea otra cosa que ir realizando con la mayor fidelidad los ideales señalados por los Papas en esta importante materia.

A un hombre que procede de esa suerte no podemos combatirle lícitamente los católicos, sino felicitarle, alentarle y ayudarle con nuestras oraciones y con todas nuestras fuerzas y recursos a que plasme el pensamiento pontificio con el esplendor por él acariciado. Dada su buena voluntad, su claro juicio y su acreditada cultura en estos asuntos, hemos de tener por cierto que sin confusiones y escamoteos interpretará acertadamente y con subido espíritu las doctrinas de la Iglesia. Si éstas en algún punto no aparecieran tan diáfanas y pudieran prestarse a la discusión, hemos de suponer fundadamente que el señor Ministro se procurará los convenientes asesoramientos y acudirá a donde le puedan ofrecer la interpretación auténtica.

No perdamos nunca de vista que la presunción,

en caso de duda, está en favor de la autoridad, mucho más cuando encarna en persona de arraigadas convicciones católicas, de reconocida honradez y de competencia profesional.

También hemos de tener presente que si los católicos estamos obligados a irradiar prestigio sobre la autoridad y a proporcionarle ayuda en el recto desempeño de sus funciones, según nos enseñan el apóstol San Pablo y los Papas, esa obligación es más apremiante cuando se trata de Gobiernos como el de España, acendradamente católico y sumido hasta hace poco tiempo en un piélagos de dificultades.

Es sumamente laudable el señalar con alteza de miras a las autoridades las deficiencias que en su actuación puedan encontrarse; pero esto ha de efectuarse de suerte que no se las desprestigie ni parezca que nos sumamos a sus enemigos; porque si eso ocurriera nuestra conducta acarrearía mayores perjuicios que provechos. Sería de edificante efecto que al ocuparnos de algún posible desacuerdo en el ejercicio de la autoridad se aludiera sobriamente a su prestante labor y a sus triunfos.

Es preferible tolerar algún mal, a veces sólo aparente, antes que provocar, al remediarle, incalculables trastornos. No debemos olvidar que dentro de la Nación, y sobre todo fuera de ella, los enemigos de España están esperando que los elementos católicos dirijan alguna censura al Gobierno, aunque sea con fines saludables y constructivos, para rasgarse las vestiduras y levantar escándalos enormes con gran daño de la Iglesia y de la Patria.

Si, lo que no es de esperar, por algún motivo se tomase alguna medida menos ajustada a las normas de la Iglesia, ninguna persona sensata habrá responsable a ésta de esa disposición. Los campos de la autoridad eclesiástica y de la autoridad civil, no obstante su profunda armonía, están bien diferenciados.

No es nuestro ánimo entrar en el fondo de la cuestión debatida, porque, como hemos indicado antes, el señor Ministro la deja terminantemente zanjada con su ejemplar actitud. En junio del pasado año escribimos y editamos un largo artículo sobre este particular que dejó de publicarse por justos y poderosos motivos. Sólo hemos pretendido contribuir en alguna manera al prestigio de la autoridad y al desenvolvimiento de sus prometedores planes y llevar unas palabras de aliento y de consuelo al señor Ministro, que bien las necesita, en su ardua labor. De veras pedimos a Dios Nuestro Señor que le ilumine y reconforte para que pueda organizar todos los servicios de información de manera que no se filtre en ellos nada ofensivo a la fe ni a la moral.

EL OBISPO DE LERIDA.

OPINION

BOLETIN DEL INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

PUBLICACION MENSUAL

36 PAGINAS

Suscripción semestral: 30 pesetas

Pedidos: al INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

Monte Esquinza, 2

MADRID

NUEVAS REFLEXIONES SOBRE LA PRENSA

En el suplemento que, con nuestro último número, ofrecimos a nuestros lectores, recogíamos la correspondencia mantenida sobre materias de Prensa entre el excelentísimo y reverendísimo señor don Angel Herrera Oria y el señor Ministro de Información. Estos documentos fueron también publicados por el periódico «Ya» el día 11 y por «A B C», de Madrid, el día 13 del presente mes.

En el citado suplemento insertábamos un editorial —primero de los que pensamos dedicar a dichos documentos—, que reproducimos hoy íntegramente.

I

Los documentos y escritos recogidos en esta separata y otros, igualmente estimables, aparecidos últimamente en algunas publicaciones españolas, comprueban que los dos discursos pronunciados por el Ministro de Información—el primero en Alicante, el año 1953, y el segundo, en Barcelona, a finales del pasado año 1954—respondieron a una verdadera necesidad, cual es la de suscitar interés por la elaboración de una doctrina clara, sólida y correcta sobre la naturaleza, fines y ordenación adecuada de la «información».

Hemos estimado que es ahora nuevamente oportuno que EL ESPAÑOL, que ya en varias ocasiones se ocupó ampliamente de este tema, vuelva a reanudar las «reflexiones» publicadas con motivo de algunos artículos, que estimamos menos exactas en sus ideas, juicios y apreciaciones.

En primer lugar creemos que los dos documentos del excelentísimo señor don Angel Herrera Oria deben constituir, por su autoridad y su ejemplar actitud ante el problema, el punto de partida de estos comentarios, que iremos haciendo en nuestros próximos números.

En estos tan importantes documentos se reconoce:

- 1) Que «nada hay que oponer a la censura desde el punto de vista doctrinal»;
- 2) Que la censura previa es «de origen eclesiástico y fué establecida no mucho después del descubrimiento de la imprenta»;
- 3) Que «hasta fines del XVIII, también la practicaron la mayoría de los Estados»;
- 4) Que «por servir al bien común, permitida es a un Gobierno aplicarla a toda clase de noticias, aunque sean ciertas, e imponerla sobre los comentarios»;
- 5) Que, dentro del derecho natural cristiano, son razones que abonan esta facultad del Poder la obligación que tiene de defender el prestigio y la seguridad nacionales; velar por la paz y orden público interior; tutelar la debilidad intelectual y moral del pueblo; amparar la buena fama de las personas físicas o morales; proteger las instituciones fundamentales del Estado y, en país católico, además, la defensa de la Iglesia, del dogma y de la moral»;
- 6) Que «según la doctrina católica de la autoridad civil la censura puede extenderse a libros y folletos, a Prensa diaria, a revistas, al teatro, al cinematógrafo, a la televisión y a la radio»;
- 7) Que la norma suprema para la reglamentación de la misma es el bien común, y que «el custodio del bien común es el Gobierno»;
- 8) Que «la ley, instrumento de gobierno pertenece al orden prudencial»;
- 9) Que «la prudencia exige, desde luego, que no se pierdan nunca de vista los principios orientadores pero también reclama que no se preste en su aplicación de las circunstancias» y que «reconocer y apreciar las circunstancias es deber y oficio del hombre de gobierno»;
- 10) Que si bien su ejercicio ha de estar sometido a normas jurídicas, debe quedar siempre «en aplicación un margen prudencial ofrecido al arbitrio del Gobierno»;
- 11) Que la vigilancia del Gobierno, en materia de Prensa, puede y debe extenderse «sobre los orígenes del capital de Empresa», «sobre los propietarios», y «si las circunstancias lo justifican, incluso sobre las galeras, para tachar lo que sea nocivo al bien común»;
- 12) Que se refuerzan todos estos criterios si «la Prensa es, además, una industria protegida y semimonopolística»;
- 13) Que «una forma o figura de delito de Prensa es, a veces, la omisión». Se razona esto en los siguientes párrafos: «Si un periódico católico, es decir, fundado por católicos para servir a la Iglesia y sometido a censura eclesiástica, intencionalmente silenciara los documentos doctrinales im-

portantes del Sumo Pontífice o de su respectivo prelado, ¿no diríamos de él que ese silencio era punible, porque había sido desleal para con la Iglesia? ¿No estaría en su derecho el prelado que lo amonestara por esa reiterada falta de omisión? Pues un periódico que intencionalmente dejara de publicar, por ejemplo, un discurso o unas declaraciones importantes del Jefe del Estado, hechas para orientar en un momento difícil la opinión nacional o para defender el prestigio de la Nación, ¿no diríamos que en alguna forma había delinquido contra la Patria?»;

14) Que «la censura se está aplicando hoy en muchos países que se llaman liberales, ya sea para defenderse de la propaganda comunista ya para evitar la divulgación de secretos de guerra»;

15) Que la referida reglamentación jurídica de la censura no es una empresa «lana y sencilla» y que ningún país ha resuelto el problema todavía ni ha dado la pauta.

16) Que debemos ser «benévolos para juzgar los defectos de lo propio». A este respecto se citan las siguientes palabras de una revista inglesa sobre la Prensa de su país: «Sin embargo, es mucho más fácil denunciar lo absurdo de la ley vigente que redactar una ley nueva»;

17) Que «en punto a Prensa, España tiene una tradición incivil y bochornosa»;

18) Que «en España, en el momento presente, el ejercicio de la censura, y con cierto rigor es de evidente necesidad»;

19) Que «la previa censura va directamente contra el concepto de libertad de Prensa introducido en las Constituyentes europeas por la Revolución francesa», y que «en este punto, como en tantos otros, algunas mentes católicas siguen influidas por los principios o por el espíritu del derecho nuevo, que es el que se ha respirado en Europa durante siglo y medio...»;

20) Que «un sector grande de la opinión conservadora, sostenida por católicos mal formados, amparó y defendió un concepto liberal de la Prensa reprobado solemnemente y enérgicamente por los Romanos Pontífices»;

21) Que «esa opinión perdura en zonas de excelentes ciudadanos no curados por completo de errores liberales»;

22) Que «constante es en la Historia el conflicto entre autoridad y libertad»;

23) Que, producida la colisión, «el honor y la conciencia nos exigen situarnos, sin servilismo, junto a la autoridad», y que «preferible es que los legítimos derechos de la persona sufran en algún caso, con tal de que el prestigio y la eficacia de la autoridad se salven»;

24) Que «en España, en estos tres últimos lustros, se han evitado a la sociedad y a la Iglesia daños inmensos gracias a la previa censura»;

25) Que «cada día son más los convencidos de que, con rumbo decidido y firme, se conduce a la Nación, por sus pasos, a un término feliz que armonice la tradición histórica, en lo que tiene de sustancial, con la cultura y las exigencias de la España del siglo XX».

La conformidad, en los aspectos sustanciales, de los conceptos y criterios que acabamos de enumerar, con los criterios y conceptos desarrollados por el señor Ministro de Información, no necesitan, a nuestro entender, mayores explicaciones.

Otras muchas consideraciones encontramos en los referidos documentos, todas ellas dignas de ser tenidas en cuenta y analizadas con detenimiento. De todas ellas iremos tratando sucesivamente, considerándolas a la luz de las premisas anteriores y deduciendo de éstas las consecuencias pertinentes. Varias de las referidas premisas son fundamentales consideradas en sí mismas, y otras lo son igualmente por las circunstancias de la realidad nacional e internacional, que de todo punto ha de ser tenida presente en una recta política.

Una cuestión previa ha de establecerse en relación con la viabilidad de las soluciones que alcanzemos: cuando se estipule y se ordene en lo fundamental, no en los procedimientos accesorios, sobre la Prensa habrá de estipularse y ordenarse para el teatro, el cine, la radio, los libros y la televisión; es decir, la información en general; desde el momento en que por medio de estos instrumentos el español también puede «expresar libremente sus ideas mientras no atenten a los principios fundamentales del Estado», a tenor del artículo 12 del Fuero de los Españoles.

VALENCIA, EN LA GRAN PAELLA DE LAS FALLAS

PREPARADOS PARA LA "CREMA"

CIENTO CINCUENTA Y SEIS
CATAFALCOS DE ARTE
SIN CONTAR LAS NUMEROSAS
PIRAS DE INICIATIVA
INFANTIL

ABUNDAN LOS TEMAS DE
NISMO, CIRCULACION Y ENSU
CHE DE LA CIUDAD DEL T



DESDE el 14 de marzo de 1946, las fallas de Valencia fueron declaradas Fiestas de Arte de Interés Nacional, debido a que han llegado a ser, de «humilde manifestación callejera en los tiempos gremiales, que se utilizaba para las sátiras del vecindario, una de las más famosas e importantes manifestaciones de arte de cuantas se celebran en España y una de las más brillantes, alegres y ruidosas fiestas que se pueden presenciar en el mundo»; la intensificación de la propaganda atrajo, cada año más, a las fallas la riada de turistas, algunos de los cuales tienen que acogerse a la hospitalidad de las casas particulares.

LA MUSICA BAJO LAS EXPLOSIONES

Entre estos visitantes puede haber quien interprete los festejos valencianos como una bravata descomunal y supertaurina, en la que la multitud se echa al ruedo para pasar alegremente las bandadas de música bajo kilómetros de traca rápida, dando así una idea de que es éste un pueblo que sabe hasta ser feliz bajo la pólvora. La pólvora que se pierde en



La Fallera Mayor impone al alcalde de Liverpool el «Bañol de plata», máxima condecoración que otorga la Junta Central Fallera

las más pacíficas y alegres salvadas del mundo.

Allá cada cual con sus juicios, que lo que es indudable y no puede escapársele a quien penetre un poco más hondo de la superficie trivial de las cosas, es que las fallas de San José son una muestra gigantea de armonía y concordia que ha rebasado las fronteras españolas. La calle de todos y todos en la calle, sin distinción de país, ni de raza, sino todos ahí agrupados junto a las piras artísticas y catafalcos, en la hilera doble de las cabalgatas, en el ruedo de los conciertos calle-

jeros y bajo las explosiones de una concordia social y universalista que, paradójicamente, se logra con un retumbante y ensordecedor ruido de batalla y un humo intenso de descargas y cañonazos incruentos.

Y es que Valencia, que es la primera potencia exportadora de España, ha universalizado las fallas con su genio que siempre se vierte y expansiona hacia fuera. Valencia se había entrado ya

dentro de muchos miles de turistas, que aquí han llegado, en pequeñas porciones, en gajos de naranja, pero ahora los clientes del mundo son los que entran plenamente dentro de esta ciudad singular, dulce y expansiva, que bombardea a medio mundo con la fruta de sus naranjales.

Razón de más para las medidas de respeto al visitante extranjero que, en Valencia, además de turista, es probable que sea un cliente habitual y de todo el año. Por eso está muy bien la vigilancia gubernativa sobre quienes, sin pertenecer a ninguna Comisión fallera ni a nada que se le parezca, pudieran lanzar fajos de explosivos contra las multitudes que, con su asistencia a esas fiestas, constituyen la compensación de los cuantiosos gastos y desvelos que la ciudad entera asume y carga sobre sus espaldas.

UNA FIESTA UNICA EN EL MUNDO

Si el turismo se vuelca en Valencia en estos días de lo Semana Fallera, torciendo quizá el itinerario de sus rutas más tradicionales, se debe a la fama que lograron estos festejos y al aliciente de un espectáculo que no puede verse en ninguna otra parte del mundo.

La «crída» o pregón de la Fallera Mayor desde la balconada histórica de la torre de Serranos, iluminada de antorchas y con heraldos, alabarderos y personajes en traje de época, ha constituido este año un pórtico de belleza difícilmente superable, en el que la señorita María Amparo Taulet Casanova, con su Corte de Honor, ha hecho la invitación al vecindario, a la región y a España. Las notas vibrantes del Himno a Valencia (ese himno que es una invocación a la unidad española), el tremolar de las banderas y el humo de las fogatas en los torreones, que en la noche parecen reortarse en un gigantesco «rat penat», han sido como una portada de serenidad a una semana que parece de desbordante locura.

Como en una «dispará», los actos se suceden ininterrumpidamente, con pasacalles y festejos. Cuando llegan las sombras de la noche y disminuyen los ruidos, se pueden ver todavía hombres en vela que circulan con bultos misteriosos, un que sí es o no es medio de tapadillo y que se lleva silenciosamente y hasta con prisas. De uno de los envoltorios parece que asoman unos pies humanos como en una estampa de peste bubónica en la que centenares de «minots» fuesen llevados a enterrar a toda prisa, cuando, en realidad, lo que se hace es trasladarlos desde los talleres a los lugares estratégicos para cuando suene la señal de la «plantá» simultánea de las ciento cincuenta y siete fallas monumentales con que obsequia al mundo este año la rumbosa ciudad del Turia.

EL ESTRUENDO DE LA «DESPERTA»

De la medianoche hasta los primeros rayos de la aurora suelen durar los martillazos discretos y los oportunos retoques de esos monumentos de la ironía y el sarcasmo más refinados. Luego, los hombres del montaje no suelen irse a dormir, sino que toman

parte alegremente en esa «desperta» que se lleva a efecto a las siete y media de la mañana.

Acompañados por una banda de música, los miembros más entusiastas de cada Comisión se juntan con los que acaban de terminar el montaje de la falla, y a las siete y media en punto de la madrugada comenzarán a prender fuego a millares de petardos y a dar vueltas con la música por lo que podemos llamar las calles de su jurisdicción fallera. Uno solo de esos grupos basta para producir un ruido bastante notable. Esta mezcla de música y ruido de explosiones debe ser multiplicada por las ciento cincuenta y siete fallas monumentales de este año si se quiere tener el producto de sonidos de esta «desperta». No cabe duda de que no existe un despertador tan gigantesco como eso de las fallas de Valencia, puestas todas de acuerdo para hacer saltar a la gente de sus camas a las siete y media de la mañana. Aunque no hay peor sordo que el que no quiere oír, es difícil no darse cuenta de la potencia despertadora de este festejo matutino, de esa diana floreada de explosiones.

Después, como niños en la madrugada de los Magos, hay que ir por plazas y calles a ver qué cosa traen las fallas del año.

A partir de la primera «desperta», exceptuando ciertos intervalos, Valencia se convierte en el más alegre infierno que se puede tener en este mundo. Naturalmente, que se necesitan algunos ratos de calma relativa, aunque sólo sea para que se note la «desperta», que tiene también lugar en los días sucesivos.

HUMOR, PIROTECNIA Y BUNUELOS

El humo de los buñuelos se mezcla con el de las pirotecnias. Las buñolerías más típicas es tradicional que tengan sobre la puerta un ramo de laurel, símbolo de la victoria y de la obra bien hecha. El laurel es el indicador de que allí se venden los buñuelos, símbolos de lo deforme e hinchado arbitrariamente. Entre el laurel de las coronas clásicas y esa flor de sartén que es el buñuelo fallero se ha formado aquí una asociación de símbolos, el de la obra bien hecha y el de la obra mal hecha, cuyo matrimonio tradicional nadie ha logrado penetrar.

Durante los tres días en que las fallas están plantadas y pueden ser admiradas y reídas por la multitud, parece que Valencia acentúa sus más socarronas cualidades del humanismo levantino. Es como una mezcla, bien dosificada, de sal y pimienta. Hay sentido crítico en los catafalcos de «minots», pero es algo que no llega nunca a hacer sangre, sino que es como una insinuación humorista que hace reír. Algo pasajero, que va a quedar pronto reducido a cenizas sin dejar huella. Si se hace una crítica de alguna gestión municipal, será el propio Servicio de Limpieza del Ayuntamiento el que, después de la «cremá», se lleve las cenizas.

Más que crítica es autocrítica, en la que la ciudad valenciana expone al forastero sus posibles defectillos para pegarles fuego en un deseo de perfeccionamiento y superación.



Los momentos de la típica «cremá» valenciana



Las restricciones de luz, el problema de la vivienda, las cuestiones del ensanche, los tranvías y el tráfico urbano, asuntos concretos de una barriada o de un mercado, se «plantan» en la calle ante los forasteros como una muestra de socarronería finísima que hace reír a todos los que entienden los versos en valenciano o que averiguan el significado de algún pequeño detalle por medio de los «librets» explicativos que suelen tener las más importantes fallas.

La caricatura, el humorismo y la ironía son algo sustancial a las fallas, que sin esos elementos quedarían en simples manifestaciones de gran arte plástico, pero sin intención alguna.

Este año, los temas que aluden directa o indirectamente a la Gran Valencia y sus proyectos de

urbanización han sido bastante numerosos. Las fallas «Proyectos a paso de tortuga», «Aprendamos a ir por la calle», «Sueños y realidades», «Valencia se urbaniza», «Valencia atracción», «Adiós al barrio del Carmen», «Proyectos», «Esperanzas de un barrio», «Che, mira que Valencia es grande» y «Valencia, cercada», son, entre otras varias, alusivas a temas del progreso de la ciudad.

CRECIMIENTO DE VALENCIA BELLA

La coincidencia de muchas fallas en el tema de urbanismo y circulación ciudadana indica que el asunto de la Gran Valencia se ha hecho popular, y que las gentes ven claramente la necesidad de que se lleven adelante los importantes proyectos de etapas de ese plan gigantesco.

El crecimiento incesante de la tercera capital española la envanece; pero, en el fondo, también le asusta un poco y hace sentir a las gentes como una sensación de crisis de crecimiento.

Pero—ya lo dicen las fallas—hay que romper el cerco de pasos a nivel y extender la ciudad por nuevos ensanches, aunque no se puedan tener, como ahora, tan al alcance de unos pasos las estaciones de ferrocarril, las salas de espectáculos preferidas o esos comercios que, en la Semana Fallera, venden más de lo habitual en un público predispuesto a comprar más que de ordinario.

La tercera ciudad española, pese al asombroso ensanche de los últimos tiempos, es aún hoy una ciudad comodísima, con ventajas de gran población urbana y monumental, pero sin haber sido atacada aún de la elefantiasis que caracteriza a las grandes aglomeraciones, y sin haber perdido todavía el sabor completo de un noble provincianismo a la europea, y casi estamos por decir que de categoría universal, como de capitalidad del «pool naranjan».

Todavía ahora se puede llegar siempre a tiempo a cualquier parte, y un atenense de los antiguos encontraría que si la ciudad valenciana de hoy es mucho más grande de lo que debe ser la «polis» o ciudad clásica, no ha rebasado esta medida con un estridente exceso. Pero Valencia crece, aunque alguna de las fallas pareciera decir humorísticamente lo contrario, y existen proyectos en curso que son verdaderamente muy importantes.

Entre esos planes está el de unir las dos Gran Vías, la de Ramón y Cajal y la de Germanías, por un túnel que pase bajo la estación del Norte. Un túnel subterráneo, en el que el tránsito rodado circulará a un nivel y los peatones a otro. Los automóviles que desde Madrid lleguen a Valencia por la avenida de Castilla encontrarán entonces un rápido y cómodo acceso en dirección al mar.

Otra mejora es la de la construcción del mercado de Ruzafa, que va a costar más de diecisiete millones de pesetas. Un mercado modernísimo para aquel importante y laborioso barrio valenciano. Un mercado que se puede comparar al magnífico mercado Cen-

tral que la ciudad ha sabido construir.

El Banco de Crédito Local concedió recientemente cuarenta millones de pesetas para las más urgentes necesidades municipales de Valencia, que, aunque susceptibles de nueva revisión, parecen ser: el mercado de Ruzafa, nuevo material de tráfico, material modernísimo contra incendios y atenciones diversas de tipo escolar y de pavimentación.

INQUIETUD POR MEJORAR LA CIUDAD

Entre las grandes salidas arteriales de la ciudad del Turia tiene un lugar destacadísimo la avenida de Valencia al mar, y constituyen otros capítulos del ensanche moderno la Ciudad Universitaria, la avenida Barón de Cárcer y la avenida de Castilla.

La inquietud temperamental de Valencia ha tomado sus posiciones favorables respecto a esas realidades y proyectos que afectan tan decisivamente al progreso de la ciudad. Y esa toma de posición se manifiesta abundantemente en el catafalco fallero de este año.

Hasta el problema urbanístico que plantea la reforma de la plaza de la Reina parece ponerse otra vez, en las discusiones de sección periodística y radiofónica, de actualidad local.

Y mientras esto ocurre, se señalan como puntos de avance los de un reajuste y mejora de los servicios públicos de limpieza, una más ordenada organización de los transportes urbanos y el incremento de las zonas verdes y jardines que den todavía mayor realce a la ciudad. Las peticiones de mejora de los transportes urbanos parece que se encauzan hacia la sustitución paulatina de los tranvías por modernísimos trolebuses.

Naturalmente que todos esos planes son susceptibles de correcciones de detalle y afinamientos que los adapten completamente a las necesidades variables del rapidísimo crecimiento de Valencia, igual que lo está su planteamiento general a las necesidades que podemos llamar permanentes.

Obras de arte urbanístico pide Valencia dignas del sentido ornamental y el fino instinto que para las artes decorativas—como para otras varias artes—tiene este pueblo. Tan arraigado y popular es aquí el sentido de lo bello, que hasta los picapedreros se sienten todos escultores y dignos de los antiguos colegas gremiales de los siglos XV y XVI y de los actuales, que, con la restauración del palacio de la Generalidad o Diputación valenciana, concluyeron en 1951 una obra asombrosa. El palacio antiguo ha sido ampliado al doble, y no se nota al contemplarlo, hasta el punto de que parece construido todo él en una misma época y por los mismos canteros.

Palacios y casonas valencianos del corazón de la urbe; palacios restaurados, como el rococó del marqués de Dos Aguas, que ha sido destinado a Museo Nacional de Cerámica y a esas artesanas suntuarias—sedas, abanicos, vidrios, bronceos y mobiliario artístico—en las que Valencia ha producido y realiza todavía hoy tan-

tas obras apreciadas en el mundo. Y arquitecturas de tanto rango como la de esa Lonja de la Seda, con sus gárgolas, ventanas y grecas de precisa y cuidada labor. La Lonja de la Seda, que, en estos días, es tan visitada con motivo de la Exposición del «mínimo» fallero.

EXPORTADORA DE GENIO Y BELLEZA

Arcadas de luces adornan muchas calles antiguas de señorial e histórica valencianía. Esas mismas calles en las que una intensa lluvia de pétalos se hace caer, en una densidad propia de este país de las flores, cuando por ellas pasa la imagen de la Virgen de los Desamparados, como un barquichuelo de vela blanco, encorvado por la fuerza de un viento sobrenatural y alado que no viene de este mundo.

Al ver cómo pasan junto a la fachada cóncava y barroca de la catedral esas muchachas falleras, las de las Cortes de Honor de las diversas Comisiones, nos parece que relampaguea en el brillo de esos trajes de labradura y en las bandas de la «senyera» el esplendor de la historia de Valencia; el brillo de esa región española que ha dado Papas a Roma, pintores y jardineros a Nápoles, filósofos a Oxford y Brujas, predicadores y taumaturgos al mundo de la Fe..., y todo ello sin quererlo estrictamente para sí, sino «para oírse» nuevas glorias a España».

En una tierra en cuya huerta maravillosa las flores se cultivan en surcos como si fueran hortalizas, la tradición popular tiene que cultivar también a sus mujeres más bellas en hileras de Corte de Honor, y hacerlas que paseen en carroza, y sentarlas en sillas para que presidan el festejo fallero.

La belleza y el garbo de las falleras, ataviadas con el traje típico, precede a la Comisión, que avanza para dejar quizá sobre una falla el estandarte que anuncie la concesión de un premio.

También hay como un aprendizaje de fallera en las Comisiones infantiles, en las que una niña puede ser nombrada fallera mayor como un ensayo y hasta un anticipo de lo que otro día puede ser en las fallas que podemos llamar adultas.

Siempre la exaltación de la mujer en estas fiestas del fuego y la belleza, que son un producto absolutamente natural y espontáneo que ha llegado a sus formas actuales después de varios siglos de decantación.

POR UNA NECESIDAD CASI FISICA

A nadie se le ocurrió un día ponerse a inventar las fallas, sino que esas han surgido de la misma tierra y del temperamento de sus hombres.

Cuando va a llegar la primavera, el hombre levantino parece tener una necesidad casi física de disparar cohetes y encender hogueras o llevar luminarias por la calle. Las gayatas de Castellón, las fallas de Valencia y las «fo-

gueras» de Alicante prueban el contagio de las tres provincias valencianas; un contagio en el tiempo mucho más que en el espacio. La comunidad de origen de unas fiestas diversas, pero que parecen ser ramas de un mismo tronco de costumbres ancestrales.

Las fallas más primitivas parece que consistían en una viga rematada por un tonel con alquitrán, sarmientos y otras materias leñosas que, con la brea, tenían una combustión muy larga.

Un elemento que ayudó a la concreción posterior de las fallas fué el Gremio de Carpinteros de Valencia, que, en la fiesta de San José, cambiaban su horario de trabajo y hacían pequeñas hogueras con los artefactos de madera que fabricaban todos los años para colgar los candiles en el taller. La mayor iluminación y el cambio de horario hacía innecesarios aquellos soportes que se solían quemar, por la fiesta patronal, delante de la puerta de las carpinterías. Resultaba más cómodo volver a construir aquellos artefactos de madera que guardarlos hasta el año siguiente.

Luego, por acumulación de elementos, la falla, que había sido o poste de tonel o bien pequeña fogata de carpintero, se transformó en pira de objetos inservibles, en la cual se colocó algún moni- gote grotesco.

Los muchachos de las barriadas recorrían las calles al aproximarse la fiesta de San José pidiendo esteras y trastos de des- ván.

Cuando el primitivo «ninet», casi un espantapájaros, tomó forma más suave e intención satírica, pronto se pensó en poner varias figuras sobre un tablado para aumentar así las posibilidades escénicas para el sarcasmo.

En 1889, don José Vives tuvo la idea de confeccionar en su taller fallero unas carátulas que reproducían los semblantes de todos los ministros del Gabinete que por entonces presidía Sagasta. Aquella falla se tituló «Orquesta nacional», y en ella hacía de director Sagasta, el bombo corría a cargo de Gamazo, el violín lo tocaba Moret, y así cada uno de los ministros simulaba tocar un instrumento musical, vestidos, además, con un traje de payaso.

La realización tuvo un gran éxito y se vió en seguida que con ella se habían roto los moldes de lo que no había pasado, hasta entonces, de ser pequeñas alustones a la vecina del tercero o al boticario de la barriada.

Los versos explicativos surgieron en seguida como un complemento indispensable de la gracia de la falla.

LA NOCHE DEL FUEGO Y LA LOCURA

Parece que fué Bernat y Baldevi, juez de Primera Instancia de Catarroja y alcalde de Sueca, quien creó el primer «llibret» de falla, que, por el precio de cinco céntimos, traía la relación explicativa y humorística de todos los detalles de una de las fallas.

Grandes impulsores de estos festejos han sido los dueños de

los cafetines y tabernas de la proximidad a la instalación de un catafalco fallero. El carpintero de la calle actúa como técnico por derecho propio y hasta por motivos de carácter gremial y religioso, y es el zapatero remendón el que solía aportar, en tiempos, las más luminosas ideas.

Las Comisiones de falla fueron hasta utilizadas como plataforma política para escalar el cargo de concejal u otros del Municipio. Y el formar parte de una Comisión fallera ha sido, con frecuencia, un buen entrenamiento para ensayarse en lides oratorias después de la paella triunfal que tiene lugar realizada la «cremá».

La guerra de Cuba, la del Transvaal, la de Marruecos, la primera guerra mundial, fueron temas de falla, como ahora lo son los «plattillos volantes» y las visitas de la flota norteamericana. La política y estrategia internacional, por lo que se ve, es un tema de lo más fallero.

Pero el tema local y las alusiones al Ayuntamiento, a los transportes y las viviendas, abunda hoy también muchísimo.

Durante estos tres días en que las fallas están visibles, la muchedumbre pasa de una a otra y escucha los comentarios de los entendidos en la materia y observa la admiración de los profanos, siempre un poco anonadados ante esas gigantescas figuras, alguna de las cuales es tan poderosa e impresionante como un Gulliver en el país de los enanos.

Mientras suenan las dulzainas y el tamboril, los pasacalles, atruena la traca y los cohetes y se celebran festejos grandes y pequeños, multitudinarios y de peña y barriada, se espera, entre banderas y colgaduras, el gran momento de la «nit del foc». Ese momento que, entre la gritería de la multitud, recorte toscamente esas figuras de cartón, de madera y de trapo, que, en medio del sonar de la música y el resplandor de los fuegos de artificio, se logran mantener un rato en pie entre las llamas para después, con una mueca risible, con una risotada quizá de las carátulas que dicen adiós a sus constructores, caer en un segundo con una pirueta trágica que tiene todo el parecido de la muerte. Pero una muerte de algo que volverá a surgir, si no de sus propias cenizas en el sentido más concreto, si



Un especialista da los últimos toques a uno de los muñecos que más tarde serán consumidos por las llamas

de su misma tradición inextinguible.

Los bomberos están preparados para un caso de emergencia, y todo está a punto para la noche de las grandes luminarias y los estruendos ensordecedores de la «cremá».

Aunque parezca el fin del mundo esta noche de locura, nosotros sabemos muy bien que no son los jinetes de la Apocalipsis los que andan por encima de las hogueras gigantescas de la noche del fuego, sobre el estallar redoblado de cohetes y petardos. Si por encima de las nubes de pólvora parece que se oye galopar grandes caballos, no son los de la Apocalipsis, sino que es más probable que sea el novio eterno de Valencia.

Por encima del gran estruendo y luminarias, en la noche del fuego de Valencia, el Cid cabalga.

F. COSTA TORRE
(Enviado especial)



La reproducción de edificios, como la Facultad de Medicina de Valencia que aquí vemos, ha sido motivo principal de muchas fallas

¿QUE PASA CON
"LA VERDAD
DESNUDITA"?

¡TONO, SI;
TONO, NO!

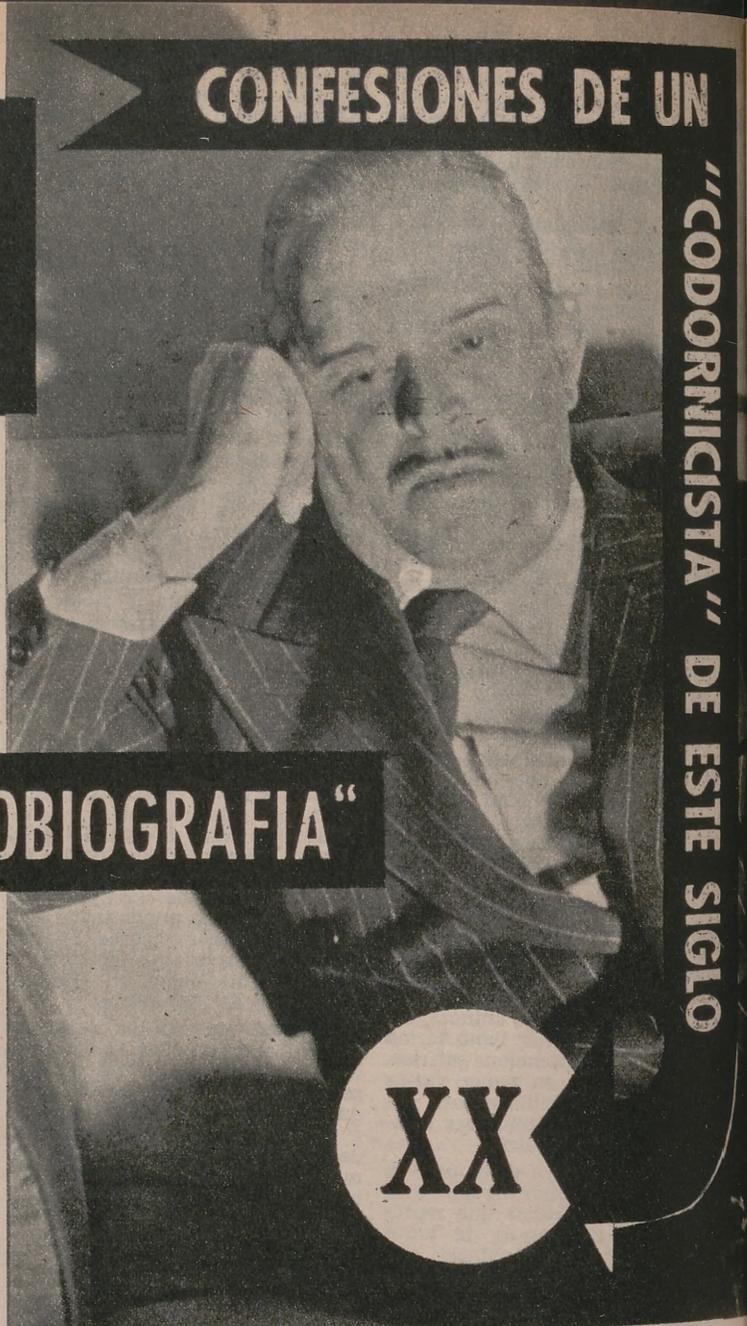
LA "MENTIROBIOGRAFIA"
NO ES UN
GENERO
NOVISIMO

MI verdadera vocación es la de inventor, aunque hasta ahora no he inventado nada importante. Para suplir la falta de ingresos causada por mi falta de inventos he dibujado, he hecho de periodista y hasta de autor teatral. Esto último nadie me lo ha echado en cara.»

Así comienza un libro de Tono que él titula «Automentirobiografía». Un libro serio, ilustrado con más de un centenar de «chistes animados» y muy recomendable para pesimistas.

Antonio de Lara, que éste es el verdadero nombre de Tono, vive en el rincón de la Sala. «Johny», Castellana, de Madrid. Una habitación amplia, biblioteca, miniaturas en las paredes, un cuadro al óleo de Ana Rosa, hija del autor y el indispensable tresillo en el rincón de la sala. «Johny», de buena casta, casi gigante, es un perro educado, cariñoso, que asiste a la charla guardando todas las normas de la urbanidad canina.

—He de confesar que nací pobre, y lo confieso con la frente muy alta, con los ojos muy altos y con la nariz más alta que la frente y que los ojos. A poco de nacer, alguien me dejó envuelto en un periódico al pie de un árbol, expuesto a todos los peligros. Fui recogido por unos húngaros que, compadecidos, me llevaron,



CONFESIONES DE UN

"CODORNICISTA" DE ESTE SIGLO

XX

envuelto en mi periódico, a su campamento. Unos propusieron criarme y tirar el periódico...; otros, criar el periódico y tirarme a mí... Por fin prevaleció la idea menos sensata, y tiraron el periódico, que, por cierto, no traía nada interesante, aparte de traerme a mí.

Si esta «Automentirobiografía» no fuese mentira, lo más cierto que habría en ella sería que todo ocurrió en Jaén, y hace más de medio siglo, porque en Jaén y allá por el 1897, nació don Antonio de Lara.

CINCO «MONOS» DIARIOS

A los veinte años, Tono marcha a Valencia. Aquí comienzan sus «monotonerías», sus chistes y dibujos en las páginas de los diarios levantinos. En Madrid colabora en las principales revistas. «La Esfera» publica sus dibujos de humor y en «Elegancias» aparecen diseños de modas que llevan la misma firma. El principiante tiene que hacer de todo.

Luego, a París. Muchas revistas francesas aprecian la gran cali-

dad del humor fino y a veces punzante que sale del lápiz de Tono. «Candide» es de los primeros periódicos donde salen los dibujos del humorista español. Ocho años en París le han acreditado como uno de los mejores dibujantes, sobre todo como uno de los más intencionados humoristas de la época.

En 1934, estando aún en París, Antonio de Lara se suma a la expedición de los escritores españoles que marchan a Hollywood. Con López Rubio, Edgar Neville y otros entra en la ciudad del cine. Va en calidad de guionista y trabaja para la Metro Goldwyn Mayer. Tono conserva muy buenos recuerdos de aquel año en Hollywood. Se trabajaba, pero se aprendía y se conocía un mundo nuevo, para el que él sentía una gran inclinación.

De vuelta a España. Otra vez a sus dibujos, a sus periódicos, a manejar de nuevo el lápiz y a dar a los demás ese humor sano, ingenioso, que a Tono le sale por todos los poros de su alma. Son los tiempos de «La Ametralladora», de «Vértice». Hay días

que fabrica sus cinco «monos» diarios. «Hierro», de Bilbao; «Voluntad», «La Voz de España», de San Sebastián; «Fe», de Sevilla, y un diario de Burgos. A todos tiene que atender. Tono puede decir que ha vivido de sus «monos».

«UN BIGOTE PARA DOS»

De los «monos», Antonio de Lara pasa al teatro. Es el año 1940. Un gran estreno en el María Guerrero. En los carteles, una obra de gran público. Un buen título: «Ni pobre, ni rico, sino todo lo contrario». Sus autores: Tono y Mihura.

Antes de este primer estreno, y con Mihura de director, se inaugura «La Codorniz», «Cámara», la popular revista de cine, la dirige Tono desde sus comienzos. Un año en Hollywood y su afición al cine la hacen pasarse al campo de la pantalla. «Canción de media noche», «Un bigote para dos», «Habitación para tres» son las primeras películas que Antonio de Lara dirige.

En Méjico, por estos días, estarán rodando su penúltimo guión: «Tres mosqueteros y medio». Tintán, el cómico mejicano, será el protagonista. Para Cantinflas, Tono tiene preparado su último guión. Una película que se rodará muy pronto en España: «Mi toro y yo». La tragedia de la lidia vista por el humor.

La novela no ha sido un campo vedado para Tono.

—A mí me va más la novela corta. Sobre todo porque se termina antes, porque se tarda menos en escribirla, ¿sabe usted?

Y como novelas cortas están su «Cuando yo me llamaba Tonokoff», novela rusa, o aquella de «Los caballeros las prefieren castañas». Esta última no es novela rusa.

«LA CODORNIZ» DE AHORA ES MÁS DE ANTES DE LA GUERRA

Tono es un hombre serio. No sabemos hasta qué punto puede favorecerle el que digamos esto, pero así lo hemos visto. Cualquiera diría que un buen humorista debería estar riendo y haciendo reír a todas horas. Tono se ríe más por dentro que por fuera. Con sus cincuenta y ocho años, algunas canas en la cabeza y un amplio bigote negro, el autor de «La verdad desnudita» cambia la risa de los demás en una leve sonrisa que aparece con frecuencia en sus labios.

—Don Antonio, ¿qué es el humor?

Don Antonio se sorprende un poco, como el alumno ante una pregunta que no espera.

—Hombre, eso es difícil. Yo creo que el humor es una manera muy personal de ver y comentar las cosas. Cada humorista puede verlas de distinto modo: con optimismo, con tristeza o con amargura.

—Un humor triste, ¿no sería más bien ironía?

—No. En la ironía hay un poco de venganza y un poco de protesta. En el humor, cuando menos, hay resignación y paciencia.

—¿Cómo cree usted que es el humor español?

—El español es un humor hu-

mano y profundo. Del francés diría que es un humor frívolo. El inglés, flemático.

Preguntamos ahora a Tono, autor de miles de «monos», de chistes, de dibujos, en los periódicos extranjeros y españoles:

—¿Ha cambiado el chiste y el dibujo de sus tiempos al de los dibujantes modernos?

—Sí, desde luego. Sobre todo en la forma. Ya no es aquel chiste de la pregunta y la respuesta. Hoy es más la idea escrita o dibujada. (¡Qué serio me ha salido ésto!)

—Y en «La Codorniz», ¿ve alguna diferencia entre la primera época y la de ahora?

—Sí. También hay diferencias. «La Codorniz» de los tiempos de Mihura era más optimista, más inocente, más humorística. «La Codorniz» de ahora es más de antes de la guerra.

Además de las revistas de humor existen los diarios donde el chiste y el dibujo también son necesarios. Nadie mejor que Tono puede hablar de ello.

—¿Cómo ve los «monos» en los periódicos diarios?

—Creo que deberían cultivarse más. Y creo que se debería prohibir totalmente la reproducción de dibujos extranjeros.

EL CINE, VEHICULO JUSTO

—¿Cuál es el mejor medio para expresar el humor?

Tono sonríe y no piensa la respuesta:

—Cuando el humorista es bueno, todos los medios lo son. Quizá el cine sea el más apropiado por el dominio que se puede ejercer sobre el actor. El actor de teatro está menos controlado por el director. Una vez que en el cine se ha conseguido lo que se pretende, ya no se puede variar.

—¿Existe en España cine de humor?

—«Bien venido, mister Marshall» es una magnífica película del humor español.

—¿El público prefiere el cine humorístico o el drama?

—Yo creo que en España estamos tan cerca de los actores, se les conoce tanto y los vemos tan a menudo en el café, que, cuando los vemos en una escena dramática, no nos creemos que de verdad les pasen esas cosas.

—¿Cuáles son, para usted, los mejores actores cómicos de la pantalla?

—Cantinflas es, indiscutiblemente, el mejor. Los actores americanos, como Bob Hope y Denny Kaye son malos.

—¿Y Charlot?

—Charlot es un cómico más li-



«Thony», el fiel amigo de Tono, también asiste a la entrevista



Entre bastidores se sigue la preparación del primer acto de «La verdad desnudita»

terario, más intelectual, de más ambiciones.

—Como director, ¿de cuál de sus películas está más contento? Tampoco ahora Tono piensa la respuesta ni se pasa la mano por la frente para recordar sus éxitos o fracasos:

—Contento no lo estoy de ninguna.

UNA VOCACION CUMPLIDA

Más que el cine y más que los «monos», la vocación de Tono está en el teatro.

—Yo empecé el teatro por el camino del humor, no por lo que estoy haciendo ahora. Si hago lo cómico es más por exigencia de las compañías.

—¿Cuál de sus obras de teatro le gusta más?

—Creo que «Rebeco». Aquí ya la concepción y el desarrollo son totalmente originales. «Un drama en el quinto pino» se ha representado también en Brasil, en Portugal y en Méjico.

Uno de los mayores éxitos, sin duda, de Tono fué el estreno de «Rebeco» en el Infanta Isabel de Madrid, por el año 1944.

—¿Hay buenos actores de humor en el teatro español?

—Sí, los hay, y muy buenos. José Luis Ozores, por ejemplo, es un actor que tiene un verdadero sentido del humor.

—¿No cree que existe en «La verdad desnudita» algún parecido con el vodevil?

Lea en el número 37 de

POESIA ESPAÑOLA

«POEMA DE LA MADRE QUE NO COMPRENDIA A SU HIJO SACERDOTE», ORIGINAL DE JESUS TOME, C. M. F.



A partir de este momento en que el telón fue levantado a «fuerza» de aplausos y el autor salió a recoger su triunfo, «la verdad desnudita» iba a sufrir la disección de la crítica en una fase muy discutida.

Tono sonríe, mientras mueve afirmativamente la cabeza:

—Sí, existe; pero es un parecido premeditado.

EL CONEJO «KUBALA»

En el estrecho escenario del teatro Reina Victoria de Madrid, todo está dispuesto para que comience el estreno de «La verdad desnudita». Los actores, vestidos y maquillados, ocupan los lugares señalados. El regidor de escena da la voz:

—¡Voy a empezar!

Tono ha llegado cuando ya está empezado el acto primero. Alguien pregunta por su tardanza.

—Yo aquí ya no tengo nada que hacer—es su comentario.

Lili Murati está elegantísima con el primero de los preciosos modelos que luce a lo largo de los tres actos. Está elegantísima y está también nervosísima.

—Esto no hay quien lo aguante—confiesa la actriz.

Luis García Ortega bromea:

—A quien diga que tiene miedo, me lo como. Y si es una mujer bonita, mejor.

En la compañía hay una actriz rubia, guapa y simpática; es Lolita Gómez. Ella no interviene hasta el acto segundo. Desde su camerino ha bajado, en bata, con Carmen Alonso.

—Venimos a cotillear.

Fuera, el público ríe las ocurrencias, a frases y los enredos de la obra.

Juny Orly, dama joven, espigada y sutil, viste un traje de tenis blanco que es una monería.

Viene al saloncillo de al lado y se mira en el espejo:

—Si no me peino se me descompone el flequillo.

Luego, marchosa y elástica, entra en escena con su raqueta de campeona.

Ha caído y se ha levantado repetidamente el telón. Es el acto primero. En el vestíbulo la gente tiene caras risueñas y comentarios jocosos. Por allí están Raquel Daina y Alfredo Mayo, cada uno con su grupo de amistades.

Dentro, en el escenario, Tono ha acabado de saludar y de corresponder a los aplausos.

—Bueno, ya va uno.

El saloncillo se va llenando de gente que entra a felicitarle. Víctor Ruiz Iriarte, José López Rubio, Vicente Uriel, Jorge Llopis y Mari Rosa de Lara, la hija de Tono, rodean al autor:

—Está gustando muchísimo.

—Los casados se rien menos que los solteros.

Tono pregunta:

—¿Está Alvaro?

—Sí, en la fila cero.

Ha empezado el segundo acto. El público se ha ido a sus butacas.

Un hombre alto, delgado, silencioso, vestido con un impresionante traje negro a grandes rayas blancas, se ha sentado cautelosamente en el saloncillo. Habla con Tono. Parece que es un personaje de la obra. Hay tantos... Por fin, alguien le conoce.

—Es Leocadio Mejías.

Enrique Nuñez ha cambiado su traje de gendarme por el de en-

fermero del tercer acto. En el trueque ha adquirido unos estupendos bigotes. Santamarta confiesa no haber jugado en su vida al tenis. Jesús Guzmán observa atentamente la escena y espera el momento de su intervención; José Martí Orus, con un abrigo azul, tiene todavía la cara llena de maquillaje:

—El lavabo del teatro es muy pequeño, y me voy a lavar a casa.

Las risas siguen en este segundo acto tan numerosas como en el primero. Lolita Gómez se dispone a coger las maletas y la jaula. La jaula del conejo.

—El conejo se llama «Kubala».

Sentado en las escaleras, un tramoyista rellena quinleías.

—Acierto muchas de once y de doce resultados, pero como sólo puedo hacer pocas, no llego a los catorce.

Lili Murati se ha cambiado de vestido. Este es un modelo amplio, de original diseño, que la actriz luce con un garbo estupendo.

—Vamos a la vista, vamos a la vista. La vista es la que trabaja.

Esto dice Paco Muñoz, que acaba de terminar una escena con el encargo de marcharse a las Salesas.

Celia Honrubia suspira por su sombrero. Porque este sombrero tan mono que se ha puesto se verá maltratado en el acto tercero, en una lucha personal y terrible con Lili Murati.

—Ha durado poco la vista.

Paco Muñoz vuelve a la escena.

Antonio Redondo es un tipo vestido de negro que interpreta el papel de un recaudador de contribuciones. Hace dos años que no trabaja en el teatro. Pero ahora, sí. Porque le llamaron para su papel a las diez de la noche.

Y él se lo aprendió. Menos mal que no tenía que hablar ni una sola palabra.

Alvaro de la Iglesia entra, al finalizar el acto segundo, a felicitar a Tono. Luego llegan Luis Tejedor y Miguel Mihura.

—Me acaban de poner la vacuna—dice éste.

Tono se queja de cansancio:

—Todo el día en el teatro...

El último acto está en marcha. La gente ríe con las ocurrencias y las frases.

Lili comenta, ya más tranquila:

—Esta es una obra muy bien construida, muy graciosa, con estupendos golpes de Tono.

Paco Muñoz entra y sale enfundado en una camisa de fuerza.

El acto tercero se ha terminado. Es la una de la noche del jueves 10 de marzo. Un estreno rápido y bien llevado.

Lili Murati da las enhorabuena.

—Ahora estoy tranquila.

Tono se marcha con unos amigos.

—Ya hemos salido del atolladero.

Los carpinteros preparan el decorado del acto primero para el día siguiente.

Un nuevo título en la historia teatral de Tono acaba de ser conocido. Para bien.

Ernesto SALCEDO



Tono, su hija Ana Rosa y un amigo en el saloncillo del teatro Reina Victoria.

"ARGELIA NO ES FRANCIA NI QUIERE CONVERTIRSE EN FRANCIA"

Las mujeres entreve-
rán con un exaltado
separatismo un femi-
nismo agresivo

Los "Jóvenes Arabes" quie- ren hacer, del amasijo de pueblos punos, una nación independiente

Por Luis Antonio DE VEGA (Enviado especial)

NO me pareció que el café de la Rosa Blanca fuera el lugar más adecuado para hablar de política con lo más exaltado del separatismo árabe. Está situado en la Kasbah, en una plazaleta minúscula, formada por seis casitas blancas. En cinco tiene su alojamiento lo más distinguido del barrio privado de Argel, y en la sexta se halla el café.

Mi extrañeza no la producía el que me hubieran citado en la orilla de las Bocas Pintadas, sino en un sitio donde había tanto ruido.

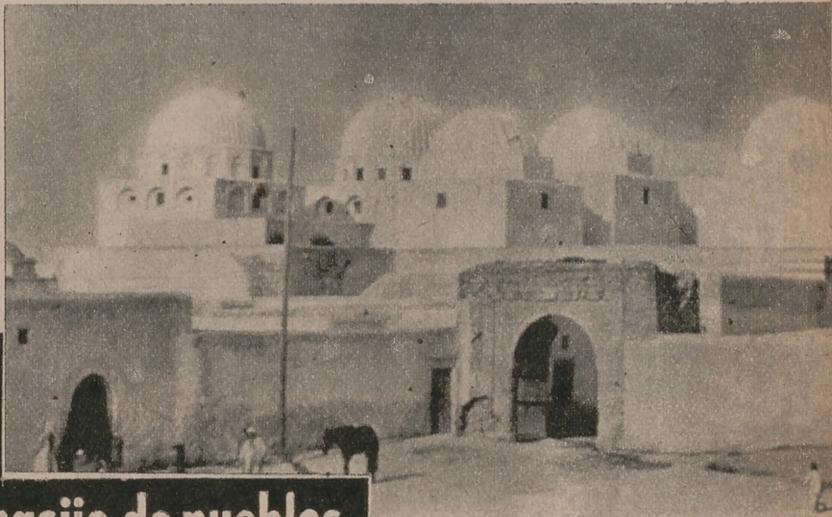
En el momento de entrar en el establecimiento estaba actuando un «Ailin», una especie de orquesta argelina que existe únicamente en las poblaciones más importantes y que hace años, antes de que entraran los aparatos de radio en los hogares musulmanes acudían a las casas de los ricos cuando éstos celebraban fiestas familiares.

No se debe confundir una «nuba» con un «ailin». La primera es música andaluza, y la segunda, música turca. El «ailin» se compone de violín, «luth» de cuatro cuerdas y tamboril. Los músicos cantan melodías orientales al son de sus instrumentos.

Yo había oído a los «ailin» en Túnez y en Constantina. Por tanto no tenía por qué sorprenderme que actuara uno de ellos en un café de la Kasbah de Argel. Me causó extrañeza que los músicos fuesen músicas. Cinco

muchachas vestidas de argelinas, sin velos en los rostros, mostrando cinco morenas caras, cantando la canción, casi olvidada de «Las hijas de las higueras».

*Las tropas de la mañana a
[nosotros se acercan;
el alba pisa las huellas de las ti-
[nieblas
que escapan hacia Occidente.
Los cirios lloran lágrimas de ce-
[ra por nuestra separación.*



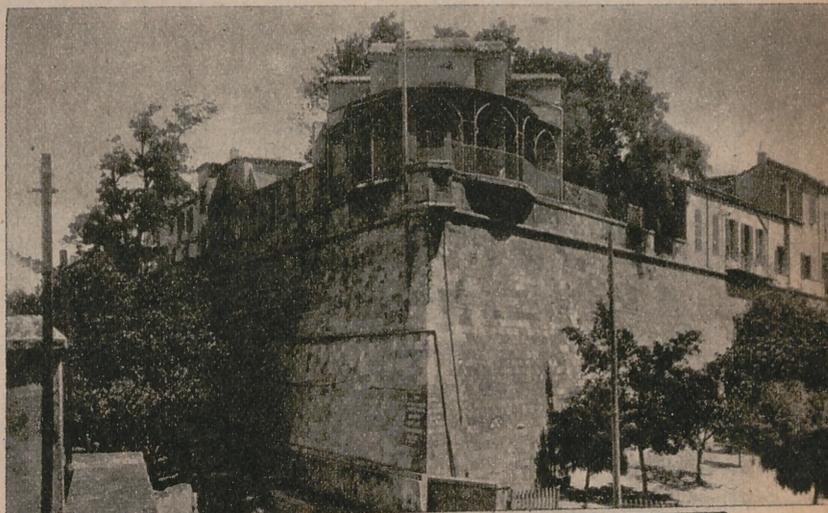
Una pueril preocupación me detuvo al borde del estrado de las «ailinas».

—¿Me quito o no me quito la boina?... Esto de que hayan cambiado las reglas de educación...

El público estaba prendido de la música y de la letra.

—¿Por qué tanta atención?

Me di cuenta de que si las muchachas de las casitas próximas y los Jóvenes Arabes escuchaban tan atentamente al «ailin» era porque la letra es como una especie de alegoría. «Las Hijas de las Higueras», amorosa y bélica, es la más adecuada para un lugar donde se congrega una juventud que solamente piensa en amores y en luchas.



El «Castillo Nuevo», de Orán, que fue residencia de los gobernadores españoles desde 1509 a 1792.—Arriba: La Mezquita de las Espadas, una de las más famosas de Argelia



Pequeño comercio en un zoco



La tienda de un perfumista

*Los soldados de la noche hu-
[yen en derrota...
Las flores se esponjan al primer
[sol...*

Desde un palco me hicieron señas de que subiera. No lo hice hasta que las cantoras terminaron el «ailina». Detrás de mí subieron dos muchachas músicas.

Presentaciones a la europea:

—Nkulchum Tlemcenia... Mi hermana Jalina.

En otro país me hubiera extrañado que un letrado, una persona exaltada, pero sería, me presentase a su hermana en un café clavado en pleno barrio del vicio y que, después de todo, no era sino la antesala de las cinco casitas que le rodeaban... En Argelia carecía de importancia. La muchacha podía ser una azucena. Posiblemente lo era.

—Con el bien, Nkulchum Tlemcenia. Con el bien, Jalina.

—¿Por qué dices «con el bien»? Es una antigualla. Se dice mucho gusto o encantado de conoceros.

—Disculpadme... No lo sabía.. Me ha sorprendido veros fornan-do un «ailina».

Sonrió Jalina.

—¿Te hubiera gustado más vernos formando un «haufi»?

—No sé dónde hubiéramos podido colgar las bambas floridas.

—¿Le ponemos un 8 en folklore?—preguntó Jalina, y todos se rieron.

El «haufi» es un género popular arraigado en el Oranesado y en Tlemecén, en el que no figuran cantores ni músicos profesionales. Es muy grato a los mozos, y principalmente a las mujeres. Una especie de canción de estío que las muchachas cantan meciéndose en los columpios floridos.

DOS TENDENCIAS DISTINTAS

En el café de la Rosa Blanca, un solo anhelo separatista, pero

dos tendencias, sino encontradas, distintas: la de los Jóvenes Arabes, que no es historia, que son historias, y la de las Jóvenes Arabes. Un nacionalismo todavía balbuciente, al que unen un feminismo que no puedo decir que esté traducido del grupo egipcio Beztz en Nail, porque ambos se expresan en el mismo idioma.

Los Jóvenes Arabes parten de una base falsa, la de que en alguna ocasión existiera una nación que se llamase Argelia.

Argelia, como territorio colonial, como agrupación de diversos países bajo un solo Gobierno o, si se prefiere, bajo un solo gobernador, es una creación francesa.

Comencemos por lo absurdo de su nombre, dedicado a un país en el que las dos terceras partes son desierto: El Gezeir (La Isla). La parte Norte del territorio, una franja próxima a la costa, la dominaron los turcos. El resto de lo que en la actualidad figura en los mapas como territorio argelino estaba poblado—estaba, mejor dicho, despoblado—por tribus y pueblos extraños, nómadas y sedentarios, sin relación ni dependencia unos con otros: tuaregs, medaganats, chaambas, mozabitas...

El M'Zab no fué nunca argelino. In Salah no fué argelino, ni lo fué El Hoggar, ni Figuig, ni la Chebka. El brazo del Bey de Argel no llegaba tan lejos; los corsarios no miraban hacia el Su., ni les interesaba lo más mínimo dominar oasis, palmeranías ni imponer su ley a los nómadas. Pirateaban por el Mediterráneo sin sentirse animados por una política anexionista ni colonial.

Francia fué quien dijo: «Esto es Argelia. Y empujó los límites hacia el Mediodía, y cuando tropezó con la arena opinó que también el desierto de Sahara es Argelia. Y «la Isla» que era ni más ni me-

nos que el reducto de Argel, se convirtió en un país con más de un millón de kilómetros cuadrados.

Los Jóvenes Arabes han aceptado los límites fijados por los franceses, y del amasijo de pueblos punos quieren hacer una nación independiente.

Parece un disparate, ¿verdad? Pues no lo es tanto. Veamos el caso de Nueva Granada. Jamás existió en América una nación con tal nombre ni nación de ninguna especie en aquella zona de América.

Los españoles dijeron: «Desde aquí hasta allí es Nueva Granada».

Vino la independencia y surgió una nación con el mismo nombre y con los mismos límites que le habían fijado sus conquistadores: Nueva Granada.

Les regalo a los argelinos este precedente histórico.

A las muchachas no parecía inquietarles la historia de un país que desde la destrucción de Cartago no ha dejado de ser colonia en las zonas ocupadas por bárbaros del sur de Europa y bárbaros del norte de Europa, turcos y franceses. El resto, anarquía un poco frenada por el elogiado despotismo de los jefes de tribu y por el Korán.

Las Jóvenes Arabes, lo mismo aquellas con quienes conversé en un salón de una de las casas de mejor alcurnia (Al Kurnia, dosel de las musias—ricas camas—, de tabies u otras preciosas telas) que las que formaban el «ailina» del café de la Rosa Blanca, entreteneraban con un exaltado separatismo, un feminismo agresivo y su modelo y heroína no es ninguna y cartaginesa, sino una egipcia: Doria Shafik, la fundadora y jefe del Bente en Nil (Hijas del Nilo), que con acierto, energía y gracia combatieron contra Faruk y un día se apoderaron del Parlamento, no porque tuvieron más votos que los otros par-



Vista del puerto y la ciudad de Argel desde el mar

tidos políticos, sino que se presentaron en la Cámara, la tomaron por asalto y corrieron por los pasillos a los diputados.

Doria Shafik es una de las mujeres más guapas, más cultas y más elegantes de Egipto. Fundadora y directora de dos periódicos: «El Bent en Nil» y el «Amara Yedida» («La Mujer Nueva»)

LA REVOLUCION DE 1937 Y LA DE 1955

Cada joven argelina aspira a ser la Doria Shafik de su país, y para ellas la Historia comienza poco más o menos antes de ayer. Las hazañas de los rojies les dejan indiferentes, porque no se sienten vinculadas a la cabila, a la montaña, al oasis ni al fellagha. El suyo es un separatismo de tipo urbano y de estilo europeo.

A los franceses no les molestaban en absoluto los derviches, ni los santones, ni los aissauas. A quienes quitaban el sueño era a los Jóvenes Pálidos. Y han terminado con ellos. Ya no se ve un zelje, ni un encantador de serpientes, ni un guerraua por ninguna parte. Quieren hacer una Argelia aséptica, sin pintoresquismo, sin burneuses, sin ganduras, sin dromedarios.

Los jóvenes argelinos son los primeros separatistas de Argelia, porque Argelia es eso: largas teorías de dromedarios, ganduras, poligamia, derviches, santones, encantadores de serpientes, tuaregs.

No me explico qué puede ganar este mundo tan pintoresco, tan disparatado, tan noble, con que la vistan con «monos» de mecánicos.

Si a ellas no les interesa la historia de Argelia, a ellos les apasiona, pero solamente a partir del año 1830, de la ocupación por parte de Francia. Pude observar que no la quieren ver más que desde un ángulo. No les censuro. No hago más que señalar el hecho.

Incluso el autor de «Los movimientos de independencia en el Mogreb árabe» se limita a esta parcial visión histórica. En Argelia se ha hecho algo más que pelear contra los franceses los cabecillas de ayer, y los doctores y profesores de hoy, un poquito apoyados por los fellaghas. Y si se aceptan los límites señalados por los franceses, la historia de Argelia será la de todas las tribus nómadas, la de todos los pueblos sedentarios, la de El Hoggar, la del Mezkab, la de la Kabilla, la del Tellh, la de Es Sahel, que, unas con otras, han tenido escasísima relación.

No puede uno tener la pretensión de ir a la Regencia o como le llamen ahora al territorio, o como le quieran denominar mañana a enseñar la historia de Argelia a los argelinos, y menos cuando ese uno soy yo, que estoy tan escasamente versado en la materia.

Que antes de que se publica-

ra el periódico «Al Umma» («La Nación») hubiera existido otro titulado «Al Ikdam» («La Decisión») puede interesar mañana a los cronistas de la independencia del Mogreb Medio. Hoy lo que importa es el perfil separatista de 1955, que se orienta o se desorienta por caminos distintos. Uno de ellos, erudito, siempre con muchas ganas de polémica.

Estos profesores, estos doctores son terriblemente dialécticos. Los Jóvenes Arabes de cincuenta y algunos años cuentan con una preparación de adolescencia de cuando frecuentaban las medarasas y se iniciaban en sutilezas teológicas hasta encontrar cincuenta interpretaciones a un versículo, una sura o una palabra de un capítulo coránico.

En el mes de Ramadán ya se sabe que no se puede comer ni beber cosa alguna mientras se pueda distinguir un hilo blanco de un hilo negro. Bien. Entonces, cuando las costureras muer-



El baile del «Al-karraz». La alcarraza ha sido sustituida por una botella



Un típico paisaje argelino

den el hilo del cáñamo con que enhebran sus agujas, ¿cometen o no cometen pecado?

Considero que gran parte de los periódicos separatistas no podían llegar, cuando alguien se los leyese, a las clases ilustradas, por el gran número de sutilezas, de distingos, de erudición y de filosofía que contienen. Los de Marruecos eran más escuetos; los de Argelia, más didácticos; los de Túnez, barroquismo florido.

Bien escritos. En un periódico separatista árabe de Argelia nunca tenía cabida la pluma de un pelafustán de las letras; pero yo no sé si son los pelafustanes de las letras, con sus concepciones y sus escritos primarios, los que pueden llegar a ser comprendidos por una masa también primaria. Es algo de lo que le sucedió al socialismo, tan bajo, tan a flor de tierra, que el que no lo comprendiese en todo su grosero materialismo podía decirse que estaba incapacitado para comprender nada de nada. Probablemente fué ésta la causa principal de su difusión.

Un socialista precisamente fué quien disolvió la «Estrella Nordafricana», León Blum, de la que se ha dicho con manifiesto error que «no constituye, por lo menos en sus principios, una organización separatista».

En la Asamblea general celebrada en 1933 se aprobó el siguiente punto:

«Independencia completa de Argelia, nacionalización de toda

Patrulla de Policía del desierto



la riqueza económica del Estado argelino, expropiación de todo lo usurpado y restitución de las tierras usurpadas a sus dueños primitivos.»

Sospecho haber descubierto de qué manantial procede el giro didáctico, polémico y erudito de la Prensa nacionalista argelina. Tal vez no hayan sido los artesanos de esta orientación los Jóvenes Arabes, todos ellos quincuagenarios, que de niños acudieron a las medarsas y de adolescentes de las Universidades francesas, sino los ulemas.

Hay algo de una importancia sorprendente. He señalado que, con excepción de la promulgación de la Ley Bereber de 1930, la mayor torpeza que cometieron los europeos, si lo que deseaban era quedarse permanentemente en Mauritania, fué la de no apoyar a las Cofradías.

No sé, tampoco, cómo no se han dado cuenta de la sutileza de las gentes con quienes tienen que contender. Bien que esto les suceda a los que se presentan en Rabat o en Tetuán con un nombramiento de Cualquiersosa y con un desconocimiento absoluto de Cualquiersosa que se relacione con el mundo árabe y judío, pero no a los que llevaban un siglo en Argelia al producirse el movimiento «salafita».

LOS ULEMAS Y LAS COFRADÍAS

El primer acierto de los ulemas fué llamarlas «Sectas» siempre que se referían a las Cofradías. Hay diferencias entre un sectario y un cofrade. Ningún aussaua ni ningún harmacha —las dos cofradías más populares y menos cultas del Mogreb— suponía ser un heterodoxo del Islam. Por el contrario, se estimaba más y mejor musulmán que los otros.

Antes de que lo hicieran los

Jóvenes Arabes, los ulemas que se libraron de dar matiz político a su agrupación difundieron la cultura árabe desde el periódico «El Chihab».

El de los ulemas no es, con toda probabilidad, uno de los canales que sigue el movimiento separatista, es su propio manantial el que desposeyó a Argelia de un sentimiento cabileño y ha dado a la protesta su perfil letrado, su espíritu polémico «el movimiento mejor organizado y la propaganda de mayor efectividad, ya que pudieron unir en torno suyo a todos los miembros del pueblo argelino».

Unidos ahora en 1955, para unirlos, comenzó en 1928 la destrucción de lo que pudo ser la gran fuerza de sus enemigos: las cofradías.

Por esta causa yo me irritaba cuando se pretendía disminuir a los Jóvenes Arabes atribuyéndoles ignorancia, ausencia de cultura y queriendo dar a entender que el movimiento nacionalista era obra de cuatro chiflados. No están chiflados, y no solamente no son ignorantes, sino muy cultos; su actuación interesa al mundo entero y de una manera excepcional a cuatrocientos sesenta millones de musulmanes.

Si se pretende resolver un problema, lo primero de todo es plantearlo bien.

Los Jóvenes Arabes del café de la Rosa Blanca no concedieron demasiada importancia a la revolución de 1937. Sería interesante saber quién dió la orden de que estallara, si el impulso fué o no fué marxista.

—¿Podía no serlo?— me preguntaron.

—Sí, podía no serlo— contesté—. Estaba un judío en el Poder, mandaba el Frente Popular. A los socialistas no les convenían estas rebeliones, aunque a los comunistas sí. Por tanto, la revolución pudo tener carácter comunista. Es casi seguro que lo tuvo, pero no se puede descartar la posibilidad de que no lo tuviera.

—¿Este hombre es un alim?— preguntó un Joven Árabe.

—De los cristianos— le contesté: En la revolución de 1937 se echaron por primera vez a la calle las mujeres argelinas, pero este recuerdo, esta primogenitura en la acción parece que no les causa el menor entusiasmo a los separatistas de 1955.

Fué el arrabal. ¿Y eso qué tiene que ver? También fué el arrabal quien en Madrid el Dos de Mayo de 1808 atacó a los franceses, y Manolita Malasaña no había cursado estudios en las Universidades de Alcalá ni de Salamanca.

Veamos más diferencias habidas entre las revoluciones de 1937 y 1955.

1937.—Comienza con huelgas —en las pocas fábricas y en las pocas minas que hay en Argelia— que se extienden al campo. Los revolucionarios se apoderaron de las carreteras e hicieron desalojar las granjas. Matanzas en Sidi Musa, en Bir Tuta, en Husein Dey, Rufiya, Kudia el Ma, Bir Jaden, Estania y Bugia. Muchos muertos en Bel Abbea,

muchos muertos en Orán. Más huelgas, incendios, ataques a la Legión Extranjera. Muchas greñas, muchos gritos y muchas blasfemias.

Si. Tiene todo el estilo marxista.

1955. — Rebelión en diversos puntos, principalmente en el Aurés Comandor. Fellaghas bien equipados y entrenados fuera del territorio de Argelia. Movilización de 170.000 hombres, y en el momento de conquistar el Auriel, la sorpresa de que los fellaghas han desaparecido.

OTRO SIGNIFICADO Y OTRA POLITICA

Los Jóvenes Arabes no ocultan la satisfacción que les produce que sean sus raciales puntos de vista los que han prevalecido en la conjunción de los diversos partidos nacionalistas; su aspiración es la independencia absoluta, total, rechazando cualquier otra solución que se les proponga, lo que tampoco constituye una novedad, pues los ponderados ulemas en 1936 situaron la posición política de los Viejos Turbantes argelinos en un artículo publicado en la revista «Al Chihah», del que transcribo el siguiente párrafo:

«Nosotros vemos que la nación argelina existe y que está constituida a semejanza de las demás naciones de la tierra. Sigue y seguirá viviendo. Esta nación tiene una brillante historia, una unidad religiosa y lingüística y tradiciones, buenas y malas, como todas las demás naciones del mundo. Y esta nación argelina no es Francia ni quiere convertirse en Francia, y es imposible que se convierta en Francia, aunque la nacionalicen.

«El partido de la Unión Democrática—acaudillado por Farth Abbas, el que antes se llamó Amigos del Manifiesto—intento conciliar a la metrópoli y a la colonia.

«Esta solución reclamaba la concesión a Argelia de «cierta» independencia.»

La «cierta» independencia consistía en la constitución de una República argelina con su Gobierno y su Parlamento, ligada a la Unión Francesa y solidaria de Francia en su política, relacionada con los asuntos exteriores, financieros y militares, con la condición de que dicha independencia fuese provisional hasta el día que Argelia pudiera lograr su total independencia.»

El Partido Popular no aceptaba la independencia de Argelia dentro de la Unión Francesa. Fueron a las elecciones y las ganaron en todos los distritos. Derrotaron a los socialistas, a los comunistas, a los Amigos del Manifiesto. Coparon.

En lo que se relaciona con las cuestiones árabes, nunca me conformo con lo que se me enseña.

Ganaron las elecciones. Coparon en Constantina y en Argel y creo recordar que también en Orán. En las ciudades el Partido Popular tenía una indiscutible fuerza; los argelinos que han trabajado en Francia y pertenecieron a la Estrella Nordafricana, son separatistas; se colocaron junto a quienes no aceptaban que



Argelia formara parte de la Unión Francesa, actuaron de mufidores en la elección. Las mujeres realizaron una enorme propaganda en favor del Partido Popular. Todo esto es cierto.

¿Pero los fellaghas? ¿Quién dijo al fellagha por qué partido tenía que votar? Deshechas las cofradías, quien tuviera sobre él una influencia religiosa. La Asociación de los Ulemas, los Viejos Turbantes, más astutos, más taimados; pero no menos separatistas que los Jóvenes Arabes.

Farhat Abbas y sus colaboradores comprendieron que habían sido derrotados por el Partido Popular. El periódico que editaban los Amigos del Manifiesto se titulaba «Igualdad», lo que no indicaba que la publicación tuviera matiz u orientación marxista, sino que se refería a la igualdad de derechos entre franceses y argelinos. «Igualdad» pasó a llamarse «República Argelina».

Otro significado y otra política.

CUANDO ARGELIA NO SE PARECIA A ARGELIA

Era muy de noche cuando salimos del café de la Rosa Blan-

Ghardaia, en el Sahara, un poblado tranquilo donde siempre hay tiempo para conversar

ca. Estaba deliciosa la Kasbah con sus callejas románticas, sus luces y sus sombras. Un mundo abigarrado y pintoresco.

—¿Pensáis destruir todo esto? —pregunté a un Joven Arabe.

—No somos nostálgicos.

—¿Lo vais a destruir?

—Probablemente.

En aquel «probablemente» aparecía el perfil que no me gusta del joven arabismo. Su horror a lo folklórico, a lo pintoresco, a la tradición.

Son muy separatistas. Pero mucho más que de Francia de la propia Argelia, de su espíritu, de su historia, de sus chambas, de sus medaganats, de sus mozabitas, de sus derviches... Se van a separar de Francia y van a hacer otra Francia con todas las cosas feas y agrias, con comicios, con radicales socialistas. Argel se parecerá a Marsella. Blida a Clermont-Ferrand. Orán a Angulema, y Argelia no se parecerá a Argelia, que es a la que debe parecerse...

CURIOSIDADES NORTEAMERICANAS

¿QUE no dirían los niños españoles si fuesen que aprender las capitales de las cincuenta provincias, y que los nombres de éstas no coincidiesen? Si, por ejemplo, la capital de la provincia de Madrid fuese Alcalá de Henares; la de Barcelona, Vich; la de Sevilla, Carmona; la de Valencia, Játiva, y así sucesivamente. Se me objetará que también aquí tenemos provincias, cuya capital se llama de modo distinto. Es verdad, pero—afortunadamente para los alumnos—son pocas: Navarra, cuya capital es Pamplona; Alava, con Vitoria; Guipúzcoa, con San Sebastián; Vizcaya, con Bilbao; Baleares, con Palma de Mallorca, y las dos provincias que forman el archipiélago de Canarias. ¿Y Asturias? Pues no; Asturias es la región, que oficialmente se llama provincia de Oviedo.

Los niños norteamericanos envidiarían a los españoles si supiesen hasta qué punto se les ofrece la geografía, ya mascada. Ellos, los pobres, tienen que aprender las capitales de los cuarenta y ocho Estados, sin que tengan un solo punto de apoyo, con excepción de sólo dos: Indiana, cuya capital es Indianápolis, y Oklahoma, con Oklahoma City. En todos los demás se trata de estudio, sin poder adivinar ni suponer. Porque, vamos a ver, ¿qué relación existe entre los nombres de Massachusetts y Boston; Nueva York y Albany; Illinois y Springfield, etc.? «¿Acaso pretende usted enseñarnos algo que no nos interesa?», oigo preguntar al lector. En absoluto; sólo me permito indicarle un pequeño «truco» que pueda resultarle útil si algún día se traslada a Norteamérica. Lo mismo que en las novelas o dramas detectivescos hay que eliminar desde un principio al personaje que mayores probabilidades presenta en apariencia, de ser el criminal, en los Estados Unidos, con las excepciones ya indicadas, y pocas más, jamás es capital la ciudad más importante y más poblada. Cuántas veces leemos: «Nueva York, cuya capital...», expresión que en cuatro palabras contiene dos errores garrafales: uno geográfico, otro gramatical. Nueva York es la ciudad más poblada de los Estados Unidos y de las tres Américas; sin embargo, no es capital de nada, ni siquiera del Estado que lleva su nombre. Repito que hay que eliminar las ciudades grandes que en Europa serían capitales por derecho propio. Si se hablan de California, posiblemente no sabréis cómo se llama su capital, pero de antemano debéis prescindir de San Francisco, Los Angeles, Oakland, San Diego y otras ciudades conocidas, pues la capital es Sacramento. Lo mismo pasa con Chicago, que no es capital de Illinois; ni lo es Nueva Orleans de Luisiana; ni Milwaukee de Wisconsin (la patria chica de Joe McCarthy); ni Filadelfia de Pensilvania; ni Miami de Florida (que por cierto los naturales del país pronuncian «Flórida», como la Flórida de Garcilaso). Las capitales de los Estados norteamericanos son casi siempre ciudades de segunda o tercera categoría. ¿Por qué?

Por varias razones. En otros tiempos había que pensar en las inmensas distancias y procurar que las capitales tuviesen posición céntrica. En otros casos se quería evitar la rivalidad entre dos ciudades, dando categoría de capital a una tercera, al «dark horse» de tantas y tantas elecciones presidenciales o parlamentarias. Finalmente, se estima que los funcionarios públicos trabajan mejor en ciudades pequeñas que en grandes aglomeraciones; mejor en Albany que en Nueva York; en Sacramento que en Los Angeles; en Baton Rouge que en Nueva Orleans; en Columbia que en Charleston (Carolina del Sur); en Jefferson que en Kansas City, que, por cierto, no está situada en el Estado de Kansas, sino en Missouri (patria chica de Harry Truman); en la pequeña Carson City, con sólo 4.000 habitantes, que en Reno o en Las Vegas, etc.

La Unión está formada por Estados casi soberanos, con igualdad de derechos simbolizada por el hecho de que cada uno de ellos envía dos senadores al Congreso de Washington que sea exiguo como Rhode Island, con 3.232 kilómetros cuadrados—poco más que Alava—, o inmenso como Tejas, que con sus 688.643 kilómetros cuadrados, es más extenso que la Península Ibérica. Dos senadores, si es tan poco poblado como Nevada (tierra del llorado Pat McCarran, amigo entusiasta de España), con sus 180.000 habitantes, o el Estado de Nueva York, con unos 15 millones. Dos senadores, aun en el caso de que sólo envía un diputado (o representante), como los Estados de Nevada, Wyoming, Delaware y Vermont, o 43, como Nueva York. Igualdad completa y absoluta, aunque Tejas es 213 veces más extenso que Rhode Island (en el Nordeste), y el Estado de Nueva York 84 veces más poblado que Nevada. En realidad, Nevada es un inmenso desierto, imponente al par que atrayente en su austeridad, con sus horizontes ilimitados. Una de las impresiones inolvidables del viajero es el Oeste de verdad, tal como lo conocemos de las películas y las novelas; docenas de kilómetros, sin un solo ser vivo, ni siquiera un jinete solitario, sin un solo árbol, nada más que páramo, yermo, erial, hierba mala. El excelente libro de John Gunther, «Inside U. S. A.» contiene un dibujo muy interesante: ¿cuál sería el mapa de los Estados Unidos, si las regiones figurasen por la densidad de su población, y no por su extensión territorial? La pequeña isla de Manhattan, o sea el corazón de Nueva York, ocuparía mayor espacio que los extensos Estados de Arizona, Nueva Méjico y Utah (tierra de los mormones) juntos; Nevada, Idaho y Wyoming casi desaparecerían; los Estados que ahogarían los demás serían Nueva York, Pensilvania, California y Nueva Jersey. Tejas, tan orgulloso de su extensión, tendría que resignarse a ocupar menos espacio que la gran Nueva York, o sea Manhattan y Long Island. Curiosidades, contradicciones, situaciones paradójicas que interesan, atraen y agujerean la imaginación.

¿No conoce aún la gran revista

POESIA ESPAÑOLA?

PIDA HOY MISMO UN EJEMPLAR DE MUESTRA

Redacción y Administración: Pinar, 5, Madrid

EL "GRAN KILOTON," LA NUEVA TERRIBLE UNIDAD DE DESTRUCCION ATOMICA

**DESAFIO SOVIETICO:
"Inglaterra es un
excelente blanco
en caso de guerra
atómica"**

**Un punto esencialmente
débil en la U. R. S. S.: Su
red de comunicaciones**

TRAS de sus cincuenta explosión experimental, los americanos están procediendo a estallar ahora un cierto número de bombas nucleares en Nevada. Para después del verano hay anunciadas desde hace tiempo nuevos experimentos, esta vez en los islotes coralinos del gran océano de Bikini y Eniwetok, por otra parte ya famosos como polígonos ocasionales de las más tremendas explosiones que el ingenio humano provocara jamás.

Pero se diría que esta vez a las explosiones citadas se ha añadido el estruendo aun mayor, de esa otra bomba dialéctica que en la pugna actual del mundo acaba de lanzar la Unión Soviética. A los rusos, sin duda alguna, les ha irritado con exceso las experiencias de Las Vegas, así como la decisión británica de fabricar, a su vez, bombas de hidrógeno. Y es que la U. R. S. S. no anda a este respecto tan adelantada como el Occidente. Sus experiencias atómicas y termonucleares no han pasado de diez o doce. Y, como es de rigor, en tales casos el Kremlin se ha lanzado ahora a proferir amenazas y a gesticular con exceso, aunque la realidad exacta es que anda retrasada su técnica y su fabricación, sin duda alguna, con respecto a la de los Estados Unidos. A la postre, trata ahora de disimular Rusia con aspavientos su propia inferioridad a este respecto.

PUGNA DIALECTICA EN TORNO A LAS ARMAS ATOMICAS

Vale la pena de registrar aquí ahora las incidencias de esta pugna dialéctica en torno de las armas atómicas. Es aleccionadora. Abre el fuego el polígono de Nevada, esta vez con «fuego real». El de las terribles explosiones experimentales citadas. Se trata de artefactos muy diferentes. Probablemente algún detonador atómico para cierta bomba de hidróge-

no en experimentación. Bombas de esta última clase incluso, de eficacia limitada—relativamente limitada, entiéndase bien, por cuanto ésta pueda ser equivalente a la mitad de las arrojadas en la guerra última sobre el Japón—; bombas «baby», cuyo resplandor se advirtió, en efecto, a 480 kilómetros de distancia—la



Obreros de una factoría atómica inglesa son transportados a esta manera de un lugar a otro de la fábrica para evitar el desprendimiento de polvo radiactivo



separación existente, en línea recta, entre Madrid y Cádiz—, y, en fin, otras máquinas infernales semejantes, porque las bombas más grandes, las de más colosal efecto destructor, ésas se experimentarán justamente en el otoño próximo, como decimos.

En torno de semejantes experiencias, Washington dijo a su tiempo lo suficiente. Pero en Rusia la cuestión provocó muy grave preocupación. Se lanzaron ofertas de paz orientadas hacia un acuerdo para la destrucción de semejantes armas. Es indudable que jamás el Kremlin hubiera proferido semejante oferta de no estar cierto de su inferioridad técnica e industrial a este respecto. Pese a los Pontecorvo que por todos los procedimientos—incluso el rapto—se ha procurado, la verdad, en efecto, sencillamente parece ser ésta. Aunque Rusia logró pronto, gracias a las insensateces ajenas y a su propio espionaje, la fabricación de la bomba atómica e incluso se anticipó a los Estados Unidos en la de hidrógeno, es seguro que, recuperada pronto por América su tarea, interrumpida por extraños manejos, en la fabricación de esta última, las disponibilidades técnicas e industriales de la gran República la han permitido pronto no sólo ganar lo perdido, sino abiertamente superar a su rival soviético en la carrera decisiva de tales armamentos.

LA GUERRA DE MAÑANA

A su vez, Inglaterra se ha decidido a lanzarse por el mismo camino. «Su seguridad—ha afirmado Churchill—, no puede esperar más.» Fatalmente, las Islas, antaño invulnerables, atraerán en el futuro el riesgo terrible de la bomba de hidrógeno al decir del propio «premier». El jefe del Gobierno británico, en efecto, ha sido sincero y elocuente en el Parlamento. Patético, incluso. Esta vez no se trata ya de defender a Inglaterra en el continente mismo; ni sobre las aguas marinas, antaño su dominio propio; ni siquiera de guardar el cielo británico contra la aviación enemiga ante el riesgo de un nuevo Coventry. Esta vez, como en el drama famoso, se trata de ser o no ser. E Inglaterra, en consecuencia, ha decidido fabricar ella también bombas de hidrógeno. La Gran Bretaña tenía, es bien sabido ya, bombas atómicas. Las había hecho estallar alguna vez en Australia. Ahora, la fabricación de las de hidrógeno no resulta difícil. ¡Terrible decisión, sin duda, ésta, pero obligada! Inglaterra debe de procurar su defensa en esta época angustiosa y amenazadora en que vivimos. La guerra de mañana, en efecto, puede ser la guerra de las destrucciones en masa. La que aniquile una ciudad entera con el nuevo impacto de una sola bomba de esta clase. Tal es el porvenir, más que de zozobra, trágico de este pobre mundo, «si Dios se cansa de la Humanidad». Ese porvenir «no importa tanto a los viejos, que de todos modos pronto se marcharán. Pero me conmueve pensar en la juventud—añade el «premier»—en toda su actividad y su ardor, y sobre todo el ver a los niños absortes en sus alegres juegos infantiles».

Pero, sin duda, Churchill dice bien cuando afirma que es preciso que Inglaterra fabrique la bomba de hidrógeno. A la postre, ella le servirá a su mejor seguridad. Contra este tipo de proyectil es verdad que no hay defensa pero al menos intimidará indudablemente a Rusia el pensar que si se decidiera a lanzarse alevosa y criminalmente al ataque, ello podría equivaler a su propio suicidio.

Moscú, como decimos, se ha irritado. Ha sacado a escena a los técnicos extranjeros que la fabrican tales nuevas armas; y la Prensa y la radio han recibido órdenes de amenazar. Por último, las emisoras chinas, previamente conectadas con las soviéticas, han lanzado también el «slogan» desafiante: «Inglaterra es un excelente blanco en caso de la guerra atómica». Se trata de amedrentar a los ingleses esta vez, como se hizo antes con los franceses durante las gestiones políticas que acarrearán los acuerdos de París. Rusia aspira a que en el exterior le produzcan los mismos éxitos sus mismas fórmulas terroríficas que con tal criminal fortuna prodiga en el interior de la U. R. S. S.

LA SUPREMACIA TERMONUCLEAR

Inglaterra no parece dispuesta a impresionarse demasiado. En cuanto a las reservas atómicas, Churchill ha explicado que la Gran Bretaña está en condicio-

nes de colocarse pronto al nivel de Rusia. En lo que se refiere a las bombas de hidrógeno, Inglaterra se dispone, como hemos dicho, a fabricarlas. La U. R. S. S. ciertamente le saca, en consecuencia, ventaja; pero en todo caso son los Estados Unidos los que de momento tienen la primacía de tales armamentos. Tal es la conclusión a que llegan los propios americanos, naturalmente no dispuestos en modo alguno, a dejarse amedrentar. En cuestiones de armas nucleares, acaba de declarar el secretario de Marina norteamericano, C. Thomas, «cuentan con una base casi infalible» los Estados Unidos. La capacidad de represalia atómica de este país no podrían destruirla los rusos, aunque se empeñaran. En realidad, los más decisivos esfuerzos del Pentágono parecen dirigidos hacia esta finalidad: mantener abrumadoramente la supremacía termonuclear. Los nuevos aviones de reacción de la Escuadra, siguió diciendo el secretario, los buques con proyectiles dirigidos, los submarinos nucleares, los colosales portaaviones, etcétera, constituyen la base de la represalia americana, muy completa y variada. El secretario adjunto de Defensa yanqui, a su vez, R. Anderson, ha desmentido las declaraciones soviéticas afirmativas de una supuesta superioridad rusa en armamentos termonucleares. A este respecto, como en otras armas novísimas, la ventaja yanqui resulta, ha afirmado, indudable. Eisenhower, en fin, ha añadido, con toda la autoridad que le da su gran responsabilidad política fuera y dentro de los Estados Unidos, que el mundo occidental dispone de un gran adelanto sobre Rusia en materia de bombas atómicas y de hidrógeno, aunque es problemático que esta delantera pueda conservarse. Este último extremo lo aclara luego el Presidente en su reciente charla con la Prensa añadiendo que ese adelanto occidental en realidad significará poca cosa, cuando la Unión Soviética disponga de suficientes armas para llegar, en caso de un ataque, a conclusiones definitivas. Es decir—y el argumento también fué esgrimido en la cámara por Winston Churchill—, pudiera surgir el equilibrio, si no cuantitativo si de hecho, cuando los dos bandos, Oriente y Occidente, dispusieran de suficiente número de bombas de hidrógeno como para aniquilarse mutuamente. Porque, en efecto, para bombas de semejante capacidad de destrucción los blancos son pocos, y, por tanto, los proyectiles no requieren un amplísimo arsenal. Bastarán unas cuantas, no muchas—al revés, poquísimas—, bombas de esta clase para poner fuera de combate al adversario aniquilando inmediatamente sus principales centros demográficos y fabriles.

CONTRA LA BOMBA DE HIDROGENO NO HAY DEFENSA

He aquí una conclusión evidente esta que antecede, que nos lleva de la mano a analizar someramente lo que pueda haber de verdad en esa afirmación soviética de que Inglaterra es un excelente blanco en caso de guerra atómica. No falta, sin duda, base

a esta afirmación amenazadora. El Reino Unido es demasiado pequeño. Apenas si mide 245.000 kilómetros cuadrados. Es decir, Inglaterra es la mitad de extensa que Francia o que España, y, en cambio, la inmensa Rusia tiene una superficie casi noventa veces mayor que la británica. Inglaterra está, además, superpoblada. Sus 52 millones de habitantes representan una densidad media de 206 por kilómetro cuadrado, esto es, aproximadamente, el doble que Cataluña. Escocia, la región menos poblada de las Islas Británicas, tiene una densidad de población, sin embargo, superior a la de España y análoga a la de nuestra provincia de Murcia; Irlanda tiene la misma densidad humana que Cádiz; el País de Gales, como La Coruña, y, en fin, Inglaterra propiamente dicha, como vez y media nuestra provincia de Vizcaya, la más poblada de España. Se comprende, en efecto, bien que semejantes características geográficas demográficas hagan de este país—el británico—demasiado buen blanco ante las terribles posibilidades de los armamentos de destrucción en masa. El mal se agrava por cuanto que esa población de las Islas se acumula, por añadidura, en grandes urbes. Sólo la de las ciudades de más de 100.000 habitantes acumula el 80 por 100 de los ingleses. Cincuenta y ocho ciudades de semejante censo existen en las Islas, y de ellas, Glasgow y Birmingham tienen más de un millón de habitantes cada una. El gran Londres, sobre todo, reúne 8.346.000 habitantes—una población superior a la de Grecia y Suecia y análoga a la de Bélgica y Portugal—apenas en el área de un círculo de 16 kilómetros de radio, que tiene por centro Westminster. Y Londres es la capital del Reino Unido; éste es, a la postre, también la clave de ese arco que es el Imperio, la «sociedad de naciones» británica—British Commonwealth of Nations—, que significa la integración política de la tercera parte de las tierras del mundo y la cuarta parte de toda la humanidad.

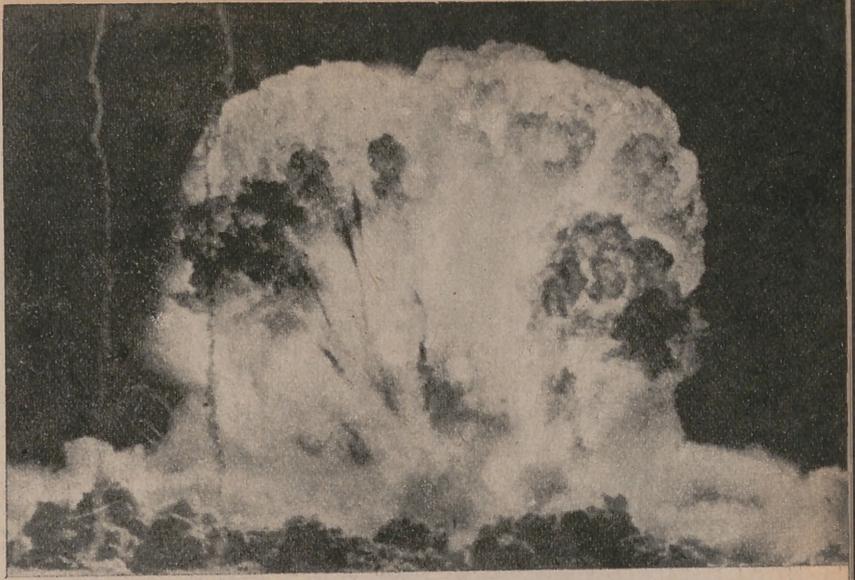
Pero la verdad es que, como ha dicho Churchill, contra la bomba de hidrógeno no hay defensa. Así lá inmensa U. R. S. S., grande ella sola como dos veces y pico toda Europa y poblada por más de 200 millones de hombres, lo que significa una densidad apenas de nueve habitantes por kilómetro cuadrado (menos de la sexta parte de España y la tercera parte de Palencia), no está a la postre mucho más garantizada que Albión ante semejante riesgo. ¡Es simple cuestión de algunas bombas más! Mero asunto de municionamiento. Rusia concentra gran parte de su población también en grandes urbes. Nos falta estadística reciente que citar. Porque, sencillamente, la estadística es también en Rusia secreto de Estado. Pero no menos de un centenar de ciudades—40 más que Inglaterra—tenía la U. R. S. S. con población superior a 100.000 habitantes antes de estallar la última gran guerra. Es indudable que este número se ha incrementado luego. Pero es igual cien ciudades, o ciento y pico; a la postre, no significa cosa muy

diferente en la estrategia nuclear. Naturalmente, no se trata tampoco de destruirlas todas. Ni se trata de ello ni sería menester tampoco en caso de una guerra. Hay entre las grandes ciudades rusas tres, desde luego, con una población aproximada de un millón de habitantes: Gorki, Kiev y Jarkov. Leningrado, con 3.300.000, es doble que Madrid. Y Moscú, con 4.500.000, mayor que la mitad del gran Londres. En torno de las grandes ciudades se acumulan en Rusia, como en todos sitios, las grandes industrias pesadas y de armamentos. Un punto esencialmente débil de la U. R. S. S. es precisamente su red de comunicaciones, que unas cuantas bombas termonucleares — muy pocas — podrían destruir paralyzando el tráfico; como, por ejemplo, bastaría un simple ataque de esta clase para aniquilar su producción petrolífera del Cáucaso, esencial para alimentar los aviones, la flota y los carros y las unidades motorizadas del Ejército rojo. Pese, pues, a toda la bravuconería soviética, Rusia no es, ni mucho menos, invulnerable a las nuevas armas. Es seguro que el Kremlin acepta esta evidencia tanto como nosotros. De aquí su cautela hasta el momento. El Estado Mayor político y militar rojo sabe muy bien que una agresión soviética a este respecto podría significar el suicidio de Rusia y de su régimen. Es por esto por lo que Moscú gusta de apuntarse triunfos fáciles allí donde los demás vacilan o no se entienden y cambia de objetivo y de táctica cuando encuentra resistencia decidida, lo mismo en el campo de la acción militar — como en Corea — que en el terreno de la política.

LA CARRERA DE LOS NUEVOS ARMAMENTOS

Nos encontramos, no obstante, lanzados vertiginosamente por la carrera de los nuevos armamentos. He aquí una simple referencia a ellos para juzgar, a través de su capacidad trascendental de aniquilación, el valor decisivo que podrán tener en caso de una guerra, y, por tanto, su enorme peso también en las discusiones políticas del momento. He aquí una breve historia de un proceso que, empezado en la postrimería de la última gran guerra, ignoramos, naturalmente, ahora hasta donde podrá conducirnos. Probablemente a ningún resultado sensato, como Churchill comentara en su discurso. Sólo, en efecto, Dios podrá salvar a esta pobre humanidad, empeñada en destruirse.

La guerra va ser dirigida por una nueva técnica. La química y los explosivos habían hecho progresos indudables desde que, no se sabe si los chinos o quién, inventaran la pólvora. Puede ser que la invención fuera de Schwartz, en el siglo XIV. Aunque pudiera ocurrir que éste no hiciera a la postre más que inventarla otra vez. Lo cierto es que aquella mezcla de azufre, salitre y carbón sirvió de alimento de las armas de fuego durante cinco largos siglos. Luego, las pólvoras y los explosivos darían ciertamente pasos de gigante hasta llegar, a principios del siglo actual, al «trinitrotolueno», ese explosivo que los periódicos designan con las iniciales «T. N. T.», y que, en rea-



He aquí una terrible explosión atómica efectuada en Las Vegas

lidad, es lo que llamamos en español, desde los días de nuestro ilustre general Aranzaz, sencilla y lisamente *trilita*. ¡Una palabra más corta, más fácil y, además, española! Con trilita se venían cargando, hasta ahora, los grandes y los pequeños proyectiles de artillería, e incluso las bombas de aviación. Esas bombas que durante la guerra última hicieron tan terribles estragos. No lo olvidemos.

En 1940, al comenzar la última guerra, los alemanes desencadenaron una tremenda ofensiva aérea contra la Gran Bretaña — la llamada *batalla de Inglaterra* —, uno de cuyos episodios más espeluznantes fué la destrucción de Coventry. En total, 2.000 aviones arrojaron así 80.000 toneladas de trilita. Pero en la réplica la R. A. F. lanzó sobre la industrial región del Ruhr 120.000 toneladas de bombas. Durante toda la guerra, la aviación inglesa arrojó, singularmente sobre Alemania, nada menos que 955.000 toneladas de explosivo. Y la americana se calcula destruyó en Alemania más de tres millones y medio de casas, causando un millón de bajas; de ellas, alrededor de un tercio definitivas. En la postrimería de la contienda, ataques aéreos feroces fueron a su vez desencadenados sobre el Japón, llegando en algún día a arrojar la aviación yanqui sobre este país hasta 10.000 toneladas de ex-

plosivo. Aquellas bombas de la Gran Guerra que lanzaban los aviones tenían como tamaño corrientemente máximo una carga explosiva de una tonelada, aunque las hubiera ciertamente también mayores. Pero tomamos aquí nuestra unidad, en esta evolución de los armamentos, en esa bomba exactamente de una tonelada.

Pero de este punto de partida en nuestro relato se pasó pronto. No había terminado aún la última gran guerra — terminaría precisamente de este modo —, cuando un avión americano lanzaba sobre Hiroshima, desde la altura de 10.000 metros, una sola bomba atómica. El nuevo y tremendo proyectil estalló a 600 metros sobre el suelo. En un espacio de 10 kilómetros cuadrados, sobre el casco de aquella ciudad, todo quedó aniquilado. 80.000 japoneses murieron a consecuencia de aquel solo impacto. Ocurrió ello exactamente el 6 de agosto de 1945. Tres días después el terrible ataque se repetía sobre Hiroshima. Esta vez los muertos fueron 40.000. Al poco tiempo, una Comisión inglesa que visitó las ciudades arrasadas — la guerra había terminado con tales bombardeos — emitía un informe estremecedor. En un radio de 400



Sobre este cuerpo se aprecian los espantosos efectos de la bomba atómica. Los contaminados, a distancia, por las radiaciones sufren progresivas quemaduras que destruyen el cuerpo humano en horribles sufrimientos

metros alrededor del punto donde la bomba estalló habían muerto el 95 por 100 de los habitantes; entre los 400 y 800 metros de distancia a dicho punto, el 85 por 100; entre 800 y 1.200, el 58; entre los 1.200 y 1.600, el 35; entre los 1.600 y 2.400, el 13, y entre los 2.400 y los 3.000, el 0,5. ¡Es decir, que los efectos, aunque naturalmente muy atenuados ya llegaron hasta tres kilómetros de distancia del lugar de la explosión!

La citada Comisión pensaba que quizá en Europa y en el Nuevo Mundo un lanzamiento análogo produciría efectos más limitados por la mayor resistencia de nuestras construcciones; pero no tan pocos como para no significar la destrucción por una sola bomba atómica de 30.000 casas, la avería grave de otras 35.000 y daños más o menos importantes, pero sí lo suficientes para obligar a deshabitarlos en otros 50.000 o 100.000 edificios más.

UNA NUEVA ETAPA EN LA DINAMICA Y EN LA EVOLUCION DE LA GUERRA

Hiroshima y Nagasaki, las dos ciudades mártires niponas, inauguraban con sus respectivas catástrofes colosales una nueva etapa en la dinámica y en la evolución de la guerra. Ellas fueron el inicio de esa era atómica, efectivamente, en la que estamos más que metidos, porque, en realidad, en cuestión de armamentos concretamente comenzamos, en cierto sentido, a superarla. Las dos bombas arrojadas en agosto de 1945 sobre dichas poblaciones representaban cada una una fuerza destructora equivalente a veinte veces las anteriores bombas de una tonelada de trilita. Exactamente, esas repetidas bombas atómicas equivalían cada una, por su eficacia, a veinte mil kilogramos de aquel explosivo; o dicho con el moderno nombre de este sistema métrico terrible, a «veinte kilotoneladas», o simplifícadamente, veinte «kilotones».

Parecía llegado el final de los armamentos, porque, en efecto, ¿qué cabía imaginarse ya superior en capacidad destructiva a estas bombas que arrasaban así ciudades enteras?

En septiembre de 1949 fueron los rusos los que exponían en Siberia un nuevo ingenio, más terrible aún que la anterior bomba atómica. Se trataba de la bomba de hidrógeno. En realidad, esta nueva arma está constituida por una triple bomba: por una bomba atómica, esto es, de uranio, que al estallar actúa como de espoleta de otra segunda bomba de tritodeuterio, que actuará, a su vez, sobre la tercera bomba, la principal: de hidrógeno. El resultado de semejante y lacónico proceso es terrible. Pero antes de aludir a sus tremendos efectos, expliquemos por qué esta vez se adelantó Rusia. Ciertamente que los Estados Unidos, tan en vanguardia en el proceso de la producción de armas nucleares, habían iniciado la fabricación de las bombas «H». Pero semejante empeño se suspendió, contra la protesta de no pocos políticos y de todos los militares del Polígono, en forma, a decir verdad, un tanto extraña. Fueron los causantes principales de semejante suspensión, de un lado, David E. Li-

enthal, y, de otro, Oppenheimer, el primero presidente nada menos que de la Comisión de Energía Atómica y el segundo que lo era a la sazón de la Comisión Asesora Científica de tales actividades. Hubo un proceso por medio para aclarar las cosas—porque estas cuestiones atómicas han sido objeto de toda clase de actividades turbias—, y al fin el estallido de Siberia, que causó general clamor en Norteamérica, debería poner los trabajos nuevamente en actividad. Esta vez ya inusitada, en gran parte debida a la perseverante y clarividente gestión de Lewis Straus, miembro de la primera Comisión citada. De este modo, en marzo de 1952 los americanos, a su vez, estallaban en los islotes coralinos del Pacífico su primer proyectil de hidrógeno. Los rusos habían tardado cuatro años en lograrle. Los yanquis, siete.

EL «GRAN KILOTON»

Las bombas de hidrógeno estalladas en aquella experiencia, ahora hace tres años, tenían un poder de destrucción asombroso. Su fuerza explosiva equivalía, en efecto, según los datos publicados, a una carga colosal de veinte millones de toneladas de trilita; esto es, era igual a veinte millones de bombas como las más grandes arrojadas sobre Inglaterra por los alemanes o por los ingleses y americanos sobre Alemania luego. Dicho de otro modo: la nueva bomba experimentada de hidrógeno equivalía a mil veces por su poder destructivo a las arrojadas al final de la última gran guerra sobre Hiroshima y Nagasaki. Esto es, a mil kilotonnes. Así se originó la nueva terrible unidad de la destrucción atómica: el megatón o, dicho de otro modo, el gran kilotón.

Una bomba no de veinte megatonnes, sino de la mitad, según los datos apuntados como más exactos, sembraría al estallar el exterminio sobre un enorme radio de acción. La destrucción total, en un área de 140 kilómetros cuadrados, o sea, el interior de una circunferencia de 7 kilómetros de radio; daños gravísimos, en 560 kilómetros cuadrados o en un círculo de 13 kilómetros de radio; destrucciones menos graves, en una superficie de 1.680 (casi la de Guipúzcoa), es decir, en un radio de 24 kilómetros; daños parciales, en una extensión de 2.240 kilómetros cuadrados (superficie de Vizcaya) o en un radio de 30 kilómetros, y deterioros menos importantes en una superficie de 5.400 kilómetros cuadrados (la de la provincia de Santander) o en un radio de 43 kilómetros.

Pero ¡ha terminado aquí la carrera precipitada hacia la destrucción del mundo! Pudiera ser, sin embargo, que todavía no. Los sabios están trabajando, no importa lo que cueste su tarea, en descubrir armas aun más terribles. El propio almirante antes citado, Lewis L. Straus, que preside actualmente la mencionada Comisión de Energía Atómica Americana, ha asegurado que las nuevas bombas de hidrógeno son más o menos eficaces sobre una extensión total de 7.000 millas cuadradas. Esto es, superficie equivalente a 18.000 kilómetros cuadrados; es decir, la extensión

del país vasco y de Navarra. El poder destructor de semejante proyectil equivale al de veinte mil bombas atómicas como las del Japón. Pero la ciencia nuclear progresa arrolladoramente. Y así no faltan catastróficos vaticinios que aseguran que no más lejos de 1950 —apenas dentro de cinco años— podrán lograrse bombas termonucleares capaces de aniquilar, con su sola explosión, jostados enteros!

EL INFORME DE LA COMISION DE ENERGIA ATOMICA

No ha merecido gran atención de la Prensa el reciente «Informe» presentado al pueblo americano por la Comisión de Energía Atómica, en relación con este diabólico proyectil que es la bomba de hidrógeno. Y, sin embargo, vale bien la referencia. Procuraremos sintetizarle cuanto sea posible a continuación. El «Informe», que acaba de ser hecho público, se motiva en el deseo de que el pueblo americano esté bien enterado de la cuestión. Ciertamente que no se sabe, ni es fácil predecir, cuáles serán las características de las bombas termonucleares que pueda el enemigo arrojar un día sobre los Estados Unidos. Pero, sin duda, sus efectos serían terribles. La explosión nuclear produce cuatro fenómenos importantes y característicos: la onda explosiva, como cualquier proyectil, sólo que mucho más intensa; calor, en un grado también infinitamente superior al que producen las explosiones de los proyectiles de trilita; radiación nuclear y radioacción residual, la primera instantánea y la segunda retardada, ambas, naturalmente, sin correspondencia en los proyectiles ordinarios. Los efectos de la onda explosiva y del calor, se explica, son los arriba adelantados, en lo que respecta a la bomba atómica, mientras que en la de hidrógeno equivale, como se ha apuntado también, a los de varios millones de bombas de trilita de una tonelada. Contra el calor y la onda explosiva la protección constituye un modo de reducir las bajas. Aunque pudiera incendiarse el edificio o construcción que nos cobije, incluso nuestras mismas ropas. En todo caso, en las proximidades de explosión de una bomba los edificios urbanos ordinarios no proporcionan suficiente protección. En cuanto a la radiación nuclear inmediata, es decir, a los neutrones y rayos gamma, no causan daños graves fuera de la zona en la que el calor y la onda explosiva represente un peligro. Las partículas de la radioactividad residual crean, al contrario, una zona mucho más extensa de peligro que la afectada por el calor y la onda explosiva. Pero la extensión en la que pueden caer las mencionadas materias radioactivas depende de diferentes factores. Por ejemplo, si la explosión es en el aire, y la «bola de fuego» no toca el suelo, la radioactividad producida se condensa para formar partículas sólidas al contacto con los vapores de la atmósfera y nunca con materiales procedentes del piso. Estas sustancias diminutas pueden afectar a distancias inmensas, incluso dar la vuelta al mundo. Pero no causan graves daños, en general. Pero si el proyectil incide en tierra, las par-

LA SUPREMACIA AMERICANA

tículas que se forman al estallar aquél son pesadas, formándose dos zonas de contaminación: una, más pequeña y peligrosa, y otra, mucho más extensa, pero de menos riesgo. En general se forma una área alargada de contaminación, de la forma de un enorme cigarro puro, dirigido según la dirección del viento. En la explosión de Bikini de 1954, las partículas radioactivas consistían, principalmente, en cal no apagada —aquel islote, como coralino, es calizo— que los vientos llevaron hacia el Este, cayendo hasta 280 kilómetros de distancia una lluvia menuda, de pequeñas partículas blanquecinas, que semejaba nieve. Las explosiones en tierra han producido un fenómeno semejante, pero extendiendo la figura del supuesto puro a lo largo de 400 kilómetros, teniendo dicho imaginado cigarro, una anchura de 70. Estas observaciones y distancias permiten incluso, sigue el «Informe», calcular el número de bajas, en el caso de una explosión de esta clase sobre una ciudad o país habitado. En la explosión de marzo de 1954 hubo suficiente radioactividad para amenazar muy gravemente la vida humana sobre el área de un gigantesco «puro» de 152 kilómetros de largo y 36 de anchura. Sobre un área de 18.000 kilómetros cuadrados la supervivencia resultaría así difícil, de producirse una de estas explosiones, salvo el caso de ciertas medidas protectoras, como la evacuación inmediata o la utilización de refugios. Una casa de madera proporciona doble protección que la simple intemperie. Un piso bajo de una casa corriente reduce las pérdidas al 10 por 100. Un refugio enterrado constituye relativamente una gran seguridad.

Las pruebas que se realizan ahora en Nevada son de ingenios «relativamente» pequeños. Estos proyectiles sólo se lanzan cuando las condiciones meteorológicas son buenas. Quien lee, en efecto, es probable que se haya extrañado de las informaciones que recogían últimamente las incidencias en el polígono de Las Vegas, entre las que no era rara la noticia de suspensión y retraso de la experiencia simplemente por causas meteorológicas. Se trataba —ahora ello puede parecer bien explicado— de reducir así, a falta de viento, la extensión del área radioactiva y el tamaño del «cigarro puro» en cuestión.

Dos isótopos, el radioestroncio y el radioyodo, parecen constituir los principales peligros internos de la radioactividad, producida por la explosión de estas nuevas armas. El último se concentra en las glándulas tiroideas y el primero en el sistema óseo. Pero al parecer, la cantidad de ambos isótopos fijados a la tierra, como consecuencia de semejantes explosiones, es insignificante.

Hasta aquí el «Informe» de la Comisión de Energía Atómica dirigido al pueblo americano. Se trata, sin duda, de informarle, con rectitud y ponderación; de explicarle los gravísimos riesgos de las nuevas armas y de apuntarle también, ello sabido, las posibilidades que hay de atenuar aquéllos. Tal parece ser, sin duda, el alcance del «Informe» en definitiva.

Hasta aquí, también, lo que cabe decir, del modo más breve y sencillo posible, de las nuevas armas y de sus efectos tremendos sobre las grandes concentraciones humanas. Si el mundo vive hasta ahora en paz, ello es debido, a no dudarlo, a la supremacía americana en bombas atómicas y de hidrógeno. Rusia no se arriesga, en modo alguno, a lanzarse a una agresión abiertamente, ante la seguridad de que recibiría golpes terribles en la proporción de cierto por uno. Es aquí en donde ha surgido la tesis de «la guerra preventiva». Es decir, hacer ahora la guerra chica para evitar luego la guerra grande. En definitiva, adelantarse ahora, atacando a Rusia, que está en notoria inferioridad de medios de esta clase, para ponerla rápidamente fuera de combate, mientras que si se la deja ahora sus armamentos mañana pueden alcanzar un desarrollo inusitado y en su día los golpes que devolviera —más o menos que los que recibiera— serían, en todo caso, lo suficientemente contundentes para nivelar la guerra brutal y despiadada de las armas atómicas o al menos para hacer vender tan cara su derrota que el triunfo ajeno sería apenas una tremenda victoria pírrica. Pero ni el pueblo americano siente atracción por semejante guerra preventiva, ni sus dirigentes, políticos y militares, la aceptan, ni la aconsejan. Los Estados Unidos sienten su terrible responsabilidad histórica y no optarán jamás por lanzarse a una guerra, cuyo alcance y proporciones nadie sabría imaginar. Ni en la primera ni en la segunda guerra mundial, América hizo, por otra parte, nada semejante. En la primera, la política norteamericana era, sin duda, intervencionista; pero las formas eran al menos guardadas por Washington. Fué Alemania la que torpemente empujó a los Estados Unidos a la participación armada cuando, el 30 de enero de 1917, aquella potencia proclamó la guerra submarina integral. Tres días después de esa fecha, el Presidente Wilson rompió las relaciones diplomáticas con Alemania. Un mes más tarde, con motivo de haber sido torpedeados varios buques yanquis, el mismo Presidente americano, con la aprobación del Congreso, decretaba la guerra. En la segunda guerra mundial las cosas no fueron muy diferentes. Roosevelt era intervencionista. Pero América guardaba aun las formas cuando, súbitamente, los japoneses atacaban la flota yanqui en la bahía de las Perlas, en Hawai. Fué extraño lo que ocurrió entonces en torno de aquel ataque, porque a pesar de la excelente información previa recibida en la Casa Blanca, la agresión constituyó una sorpresa evidente para la Escuadra. Pero ello, aparte la realidad, es que la intervención armada americana en la guerra no se produjo hasta la consumación del brutal ataque nipón. Esta vez, también, los Estados Unidos no aceptarán, en modo alguno, el papel de agresores. Sus autoridades más responsables lo han proclamado siempre así. ¿Y entonces?

Pues entonces, dando esto por



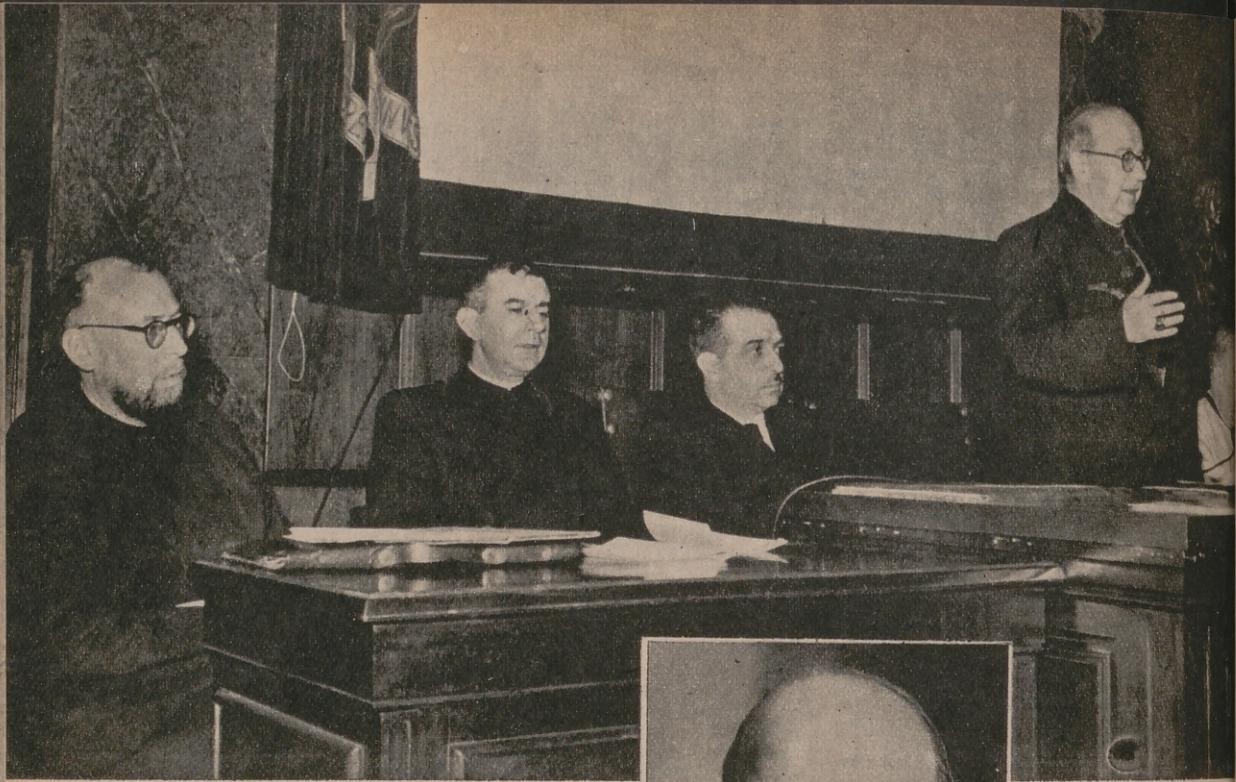
Pescadores japoneses alcanzados por la bomba «H» son llevados a Tokio para su tratamiento y observación



En una fábrica inglesa de producción atómica se estudian los efectos radiactivos sobre la ropa especial que es preciso usar

supuesto, es indudable que la carrera de los superarmamentos atómicos y termonucleares proseguirá intensamente. Los Estados Unidos se armarán así más y más y lo mismo Rusia y ahora Inglaterra, incluso también. Pero cuando los arsenales de estas potencias —y las de las que sigan por el mismo derrotero, que sin duda serán varias— estén rebosantes de bombas «A» y «B», ¿qué pasará? ¿Será llegado entonces el momento de la guerra? Pues bien: he aquí que, por curiosa paradoja, puede ocurrir que no llegue ésta o al menos llegue, pero sin armas atómicas y termonucleares, porque todos a una sientan terror de usar aquéllas, seguros de las represalias feroces del adversario. Es posible y aun probable que se llegue al fin a semejante conclusión. A menos —¿quién puede garantizar, en efecto, nada de Rusia!— que este país se ciegue ante tanto incidente como suele producir la tensión internacional o bien que por una grave situación interna Moscú busque la salida en una aventura exterior y surja, al fin, lo irremediable. Pero si así ocurriera, lo que no hay duda tampoco es que cuales fueran las catástrofes que tal decisión ocasionara en el Occidente —al sufrir la agresividad atómica soviética—, sería Rusia la que, sin duda alguna, sucumbiría en la prueba, porque el Occidente, sobre las ventajas citadas en estos armamentos, dispone, también, de los medios más eficaces para los lanzamientos de estas superbombas, dada también la enorme superioridad de su aviación estratégica; de su flota de portaaviones (110 buques, por ninguno de Rusia), e incluso, asimismo, por el adelanto que lleva en la fabricación de esos nuevos ingenios que se llaman proyectiles dirigidos, incluso los intercontinentales. Ninguna otra cosa como la superioridad de los armamentos occidentales puede asegurar la paz del mundo frente a la agresividad soviética. También aquí «el miedo guarda la viña». Para Rusia la lógica de la fuerza es la única razón que la convence.

José DIAZ DE VILLEGAS



Don Luis Almarcha Hernández, obispo de León. En la fotografía de arriba le vemos interviniendo como Asesor Eclesiástico Nacional de la Organización Sindical española en las Conversaciones de Asesores Provinciales

te. Pero ama estos muros que se le antojan los más preciosos del mundo entero. Bien orgulloso que anda él haciendo de cicerone, mientras me precede escaleras arriba, mientras me habla del señor obispo, que anteayer estuvo «un poco malo».

—Claro, este clima para él..., un levantino...

—Si fuese eso sólo, pero ¡trabaja tanto...!

DESDE EL SOL DE LEVANTE

Mientras anda flotan sus vestes. Un salón, dos, tres, un largo corredor. Al paso quedan cuadros, muebles de gran valor, una simple imagen, una cortina, nada. Don Manuel, el familiar, me dice que el señor obispo está esperando. Y como no es ésta la primera entrevista que la cordialidad del señor obispo me concede, sé de antemano lo que ha de ser esta conversación.

—Ilustrísima...

—Buenas tardes, María-Jesús. ¿Qué tal va ese frío leonés y ese trabajo?

Me cuenta él a su vez sus curtas de meridional ante este terrible frío de León.

—Aunque yo, a pesar de que eche de menos el sol, me siento de sobra compensado con el calor de la gente leonesa.

Y así desde el sol de Levante, desde el calor de Orihuela, nos venimos hasta esta evocadora capital. Subimos idealmente desde la estatua de Guzmán hasta la plaza de la Catedral, nos enganchemos en el encanto de su filigrana gótica, recorremos las viejas calles de la parroquia de Santa Marina y nos vamos sin titu-

RESUEÑAN las pisadas en el claustro. Hay un vaho de tibieza que envía la piedra gris. Y es el patio acogedor y sugerente al mismo tiempo.

Teniendo cuidado de no pisar las largas rayas cubiertas de verdín de las baldosas he recorrido ya la primera galería, medio asombrada de ver mi imagen proyectándose en negro sobre los arcos oscurecidos. Y es que ayer cuando vine por primera vez al Palacio del Obispo eran las cuatro de la tarde y la luz inundaba los capiteles y andaba de acá para allá haciendo juegos y muecas hasta sobre la cara de Maximino. De Maximino, que es quien abre la puerta de la mansión del señor obispo, cuando se viene a ver al señor obispo.

Hoy no ocurre nada de eso. La luz del día hace rato que se ha ido. Todo es sombra: bajo los arcos, entre el verdín sobre el silencio. Por eso me toca asustarme un poco de mi fantasma, si no quiero quedar mal con las negras cuatro esquinas del patio.

—Maximino, esos montones de cal parecen encapuchados...; dan miedo. ¿Por qué hay tantos montones de cal, de piedras o de lo que sea?

Llegamos ya casi a puerto seguro, junto al pie de la escalera que lleva a la residencia del excelentísimo señor doctor Luis Almarcha. Por eso me atrevo a hablar. Quiero que se anime la cabezota grande y buena del hombre.

—Ya usted ve...; hay que arreglar un poco esto.

Acciona con sus manos enormes y empuja la puerta sin llamar. El no entiende de siglos ni de ar-

"TODO LO QUE FRUCTIFICA ES BUENO"

CHARLA CON EL EXCELENTISIMO SEÑOR DON LUIS ALMARCHA OBISPO DE LEON

"LOS PROBLEMAS SOCIALES EN NUESTRO TIEMPO TIENEN UNA IMPORTANCIA DE PRIMER ORDEN"

UN LEVANTINO EN TIERRAS LEONESAS

bear a San Isidoro y a San Marcos. Todo lo que hay de histórico y de gloria en esta ciudad de León interesa vivamente al señor obispo.

—Me gusta la diócesis porque ideológicamente es semejante a aquella de la que provengo: honrada, trabajadora...

Habla, y detrás de él, yo veo otro obispo con las vestiduras granas batidas por el viento, mientras contempla estático, al pasar por una calle, un arco, un escudo, una simple piedra. El instinto de arqueólogo le lleva a admirar mil rincones distintos, a interesarse por obras como la de la iglesia de Renueva.

—Ilustrísima, casi todo León me ha hablado ya de la labor llevada a cabo por usted en la iglesia de Renueva.

Toda la portada de San Pedro de Esclonza, que creo que estaba en un trágico punto de ruina, ha venido a insertarse en este nuevo templo de la capital leonesa.

El me lo explica todo, sencillamente, con esa fruición que pone el científico en aquello que él ha retenido en el laboratorio durante tiempo y tiempo. Y ese todo es sencillo, muy sencillo: numerar las piedras, verificar el traslado...

EL HOMBRE DE LA TIERRA

Ahora, ahí está la iglesia de Renueva. Yo la recuerdo gris, hermosa entre el aire matutino.

Son obras como ésta las que se llevan la atención de don Luis Almarcha.

—Ahora se va a verificar el traslado del palacio de Renedo de Valtuéjar al santuario de la Virgen del Camino.

Su instinto arqueológico le lleva a la investigación. Y ya desde los primeros meses de su venida a León comienza una labor que por otra parte no es sino continuación de la muy copiosa realizada en tierras levantinas.

Me habla el prelado de sus años de Levante, porque es este un tema que acude con facilidad a su mente. Orihuela, su ciudad natal, los grandes campos levantinos, la infancia transcurrida junto a la naturaleza. Todo se viene de golpe hasta el primer plano de nuestra conversación en este despacho de tapices, donde los libros se apilan aquí y allá, colmada ya la medida cuidadosa de las estanterías. El sentido poético del doctor Almarcha se abre ante todo este recuerdo. El, que ha pasado siempre su vida abierto al sol con un sentido franciscano de la naturaleza.

—El hombre de la tierra, es el hombre rey.

Vence sobre todo este sentimiento puro. Como la vida de hombre recto y estudioso del prelado. Pero esta pureza casi química de la naturaleza indiferente no mueve al doctor Almarcha, que busca siempre el contacto con los hombres, la labor de apostolado.

—Guardo grato recuerdo de las obras realizadas allí.

Son numerosas: en el orden social las grandes cooperativas de Levante, luego en el terreno literario y en el artístico la creación del Patronato del Oacer, con su gran biblioteca y museo, y la reforma de la catedral con el adosamiento de un claustro del



siglo XIV, y esto sin contar la creación del gran Museo Diocesano, que guarda obras de Velázquez, Ribera, Osona, Yáñez y Llanos y Vicente López.

Las grandes cooperativas de Levante, sobre todo, han sido la causa de la transformación de miles y miles de hectáreas de secano en regadío, en cooperación con Riegos de Levante.

El es el buen amigo de los colonos de las tierras de Orihuela durante sus años de seminarista, durante sus años de canónigo y vicario general de la diócesis. Era fácil ver pasar al doctor Almarcha, paseante infatigable, con su libro entre las manos. Como música de fondo, la eterna cantata de las gentes:

—Buenas tardes nos dé Dios.

—Que El te guíe, hijo...

ESTA EN TODOS LOS SITIOS

Tiene el prelado en sus gestos un infinito reposo paternal. Tras los cristales de sus gafas, los ojos claros e inteligentes marcan un camino de deber y de ideales. El doctor en Teología y Derecho Canónico por la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma, no es el «científico». Es un ser humano implicado en el existir en sus semejantes. Por eso quizá sus estudios preferidos son los sociológicos.

—La Sociología me atrae, pero más que como ciencia como experiencia. La vida trae cada día nuevos problemas, nuevos avatares. Los problemas sociales en nuestros días tienen una importancia de primer orden. Se estudia Sociología, sí. Los estudios se hacen con minuciosidad de laboratorio, con insistencia de hormiga. Pero los problemas no están, ni en el laboratorio ni en el libro. Los problemas se producen en la calle, entre el tráfico del quehacer diario.

Y la actividad sociológica del doctor Almarcha está en todos los sitios. Entre las casuchas más humildes, al lado de los trabaja-

dores entre los pupitres escolares.

Se anima su gesto blando cuando entra

de lleno en el terreno de las soluciones, de lo conseguido en la diócesis. En su diócesis, que él ama tanto.

—Porque la Iglesia ajusta siempre su acción a necesidades del presente.

A esto se debe, sin duda alguna la serie de ideas aportadas por nuestro prelado. A ese espíritu siempre nuevo y siempre joven de nuestra Iglesia, que nace y se hace cada día.

LA PREOCUPACION POR LA MUJER

—¿Problemas, dice usted? Los problemas siempre son numerosos cuando uno se enfrenta con una nueva diócesis. Aunque se trate de una diócesis tan magnífica como ésta, en la que todos están siempre dispuestos a ayudar y a secundar todo proyecto. El clero es joven, trabajador, animoso. Diga usted..., escriba usted, que cuentan con mi voto de confianza por este magnífico espíritu con el que se lanzan a su vida de obediencia y de apostolado.

La vida siempre, en cada hora trae un problema nuevo. Esto sin contar los problemas viejos. Como siempre, lo social adquiere relieve extraordinario.

—Había que hacer algo. Por ejemplo, en la cuestión de educación de muchachas de la clase media más modesta, que antes no querían trabajar, y, sin embargo, no podrían ahora subsistir sin tener un medio honroso de vida.

Por eso nace la Escuela Social para la Mujer, la Escuela del Magisterio, de la Iglesia. En ellas se dan a las jóvenes una serie de oportunidades que hasta ahora no tenía.

—Es una manera de combatir los problemas de inadaptación.

EL SEÑOR OBISPO TRABAJA

Desde este despacho tranquilo, casi forrado de libros, bajo la imagen de un crucifijo, yo recuerdo otra vez las sombras del jardín cuando he llegado —siete y media de la tarde—, casi noche cerrada en esta época del año. Quieta, oigo a la vez las palabras del obispo y presiento lo inmenso del silencio repartiéndose por el Palacio. El estará siempre aquí trabajando. Dentro. Leyendo «todo lo que viene con tinta fresca». Escribiendo libros jugosos, pastorales. Afuera siempre quedará, como ahora, este silencio y esa inmensidad de cosas presentidas, tan sólo presentidas, jugando entre el verdín de las baldosas, escondiéndose por entre los montones de cal o de piedras que imitan encapuchados. Pienso que él, no pensará en tonterías de duendes. Ni tendrá miedo de su sombra ni de fantasmales absurdos. Ventajas de vivir en paz. El solo, puede ocupar este inmenso caserón. Tan grande para la soledad. Tan pequeño para la compañía de Dios. Casi, casi creo que se ha de resquebrajar como un cascarón de nuez al que la pulpa se le creciera por dentro de repente, en las horas de plena paz, en las horas de comunicación con Dios. De vez en cuando se oirá por los pasillos el revolotear de la sotana de don Manuel, los pasos lentos de Maximino, el caminar leve de la hermana del doctor Almarcha. No importan la luz o las sombras. Aquí será por siempre ese silencio limpio, a ratos transparente, que se estalla en agrios cohetes al llegar al último arco, sobre el dintel al que mutilan de otra vida las luces de colores de los anuncios luminosos. Aquí siempre será la paz antigua y nueva que los ciento veintidos prelados, embezando por San Froilán impregnaron a estas paredes. Todo quietud. Paz.

—El señor obispo, trabaja...

EL OBISPO Y LOS ARCHIVOS

Pero la vida de un obispo no puede reducirse nunca a las cuatro paredes de un despacho o de una celda. El obispo se debe a su diócesis y a sus problemas. Don Luis Almarcha es también el hombre de las iniciativas. Quiero que me cuente cosas del Centro de Estudios de San Isidoro por él creado, de la revista «Archivos Leoneses», de la Filmoteca, de la Biblioteca, del Museo Diocesano, del Seminario Menor...

—¡Pero si casi no hay tiempo! No. No hay tiempo.

Y él, como hombre que sabe ir despacio en la vida, me dice resumiendo el bosque en un árbol: —Hace poco hemos recogido entre un montón de papelotes para vender, un «tumbón».

Y es que el actual Archivo no era sino un montón informe de papeles y de legajos, que han permanecido tapiados durante más de dos siglos, cuando nuestro prelado llegó a su diócesis.

Va y viene don Luis Almarcha por el despacho trayendo y llevando libros y papeles que enseñarle mi curiosidad.

—¿Hay muchos sacerdotes interesados en estas materias?

El gesto de mi interlocutor es rápido.

—¡Ya lo creo! Y creo que hemos hablado hace un rato de lo que los sacerdotes jóvenes significan en la diócesis. Luego, en el Instituto Episcopal «Beato Avila» hay unos 800 sacerdotes.

Esta es una de las Instituciones de más valor creadas por el doctor Almarcha.

—Aunque casi más...

—¿Casi más...?

—Lo es el Seminario menor.

«TODO LO QUE FRUCTIFICA ES BUENO»

El diario paseo del señor obispo de León tiene casi siempre una misma dirección. El, el andariego, siempre termina sus caminatas en el Seminario menor. Carretera de Asturias adelante es fácil dejarse llevar por Dios hasta donde Él quiera. Y Dios quiere siempre llevar a don Luis Almarcha hasta el Seminario menor.

—Me gusta que sean buenos músicos, aunque yo no lo sea. Por eso he formado la Schola del Seminario y la Escolanía de Nuestra Señora de la Blanca.

Ellos cantan bellos motivos de Vitoria o de Palestrina y don Luis Almarcha disfruta entre estos pequeños futuros sacerdotes.

—Mire—y su voz tiene ahora un intonso tono trascendental—, esto de las vocaciones es un problema muy importante. Gracias a Dios no es esta diócesis de las que más problema tiene. Al contrario. Sin embargo, la escasez de clero no se puede negar, ya que tenemos mil parroquias y sólo 700 párrocos. La solución estará en estos pequeños y jóvenes seminaristas. Dentro de cinco o seis años el déficit estará cubierto.

Las manos del doctor Almarcha reposan sobre el magnífico pectoral. Van sus ojos buscando por entre los arabescos de los damascos el hilo de sus razonamientos. Sobre todo ahora que casi sin querer hemos venido a dar con el problema de las nuevas técnicas de apostolado. «Todo lo que fructifica es bueno», comienza a decir.

—La técnica es un reajustamiento de la acción a la vida que se vive en los días que corren. Y yo creo que es función de cultura adaptarse a ello. Por eso la juventud de la Iglesia merece un voto de alabanza.

No es cuestión de orden moral, sino de edad y de gusto esto de las técnicas de apostolado.

—Que en resumidas cuentas no es sino el viejo problema de padres e hijos. La cuestión no afecta a las reglas morales, constantes, permanentes, sino a los gustos de la época.

Es sólo, pues, el punto de vista lo que es diferente.

Por eso este hombre aquietado al que «interesan más las cosas que hace, que las cosas que escribe» nos define el conflicto de una manera real y poética.

Lo que fluye y lo permanente. Andan por esos mundos de Dios las gentes, sin atreverse a soltar el lastre del pasado, sin darse cuenta de que el pasado es, en estas cuestiones, punto de partida. Pero nunca eterno lugar de retorno. Es a ese fluir al que debe de acostumbrarse el católico, para estar dispuesto a ser nuevo cada día. Nuevo en su fe, renovado en la lucha.

—¿Como está ocurriendo ya entre las monjas de clausura?

—Sí. Igual. Tenían estas santas mujeres hasta hace muy poco enormes problemas de subsistencia; pero, ¿qué hacer para ganar un necesario sustento sin abandonar la contemplación de Dios?

Era difícil la solución. Hasta que vino la «Sponsa Christi» a dar normas y directrices en este sentido.

—En la diócesis las nuevas normas que han de regir se han aceptado con una gran alegría. Ahí tiene usted a las «carvajalas».

—Ahí tengo a las «carvajalas» y a muchas otras. Ahí tengo también la solución de soluciones que en la diócesis ha de ser la Escuela Superior de Arte Sagrado, confiada a las discípulas de Jesús. Son monjas muy jóvenes, muy animosas. La superiora es licenciada en Letras. A ellas he confiado las clases prácticas y teóricas de una serie de especialidades artísticas casi exclusivamente religiosas, que de esta manera tomarán nuevo incremento en el seno de la Iglesia.

Yo evoco los amplios talleres, las paredes encaladas, el patio de luz por el que he marchado esta mañana. En las aulas se han sentido ya un buen número de religiosos de clausura que acuden a aprender tapices, repujado, encuadernación, Historia del Arte.

—Que luego a su vez enseñarán a otras religiosas en sus conventos y les ha de servir de medio de vida.

CASI UN LEONES DEL TODO

Poco o nada quiere decirme el señor obispo de su vida.

—Mi vida la constituyen todas estas cosas de las que hemos hablado. ¿Qué vida quiere usted que tenga un obispo? Mi vida no me pertenece a mí sino a Dios a través de mi diócesis.

Y esa vida de Dios comienza temprano cada día, la jornada de oración y de trabajo.

—¡Si ya lo sabe usted todo! —dice como excusándose—. Mis paseos, mis lecturas, mis aficiones mis teorías...

—¿Cooperativismo y caridad...?

—Sí.

Es mejor ir por el camino de la vida haciendo y dando. Es mejor estar con los otros, con los humildes, juntando espalda con espalda para soportar el peso de la existencia.

—Pero, ¿y usted, doctor Almarcha? ¿Y usted?

—Yo estoy bien aquí. Haciéndome leonés día a día. Aprendiendo de ellos, que son serios y profundamente humanos. Casi soy ya leonés del todo...

Y ese casi se queda enganchado en el exceso de calorías que supone la alimentación «a la leonesa».

—Es de lo único que no soy partidario. Soy leonés en todo, menos en esto de acumular más calorías de las que convenga a la salud.

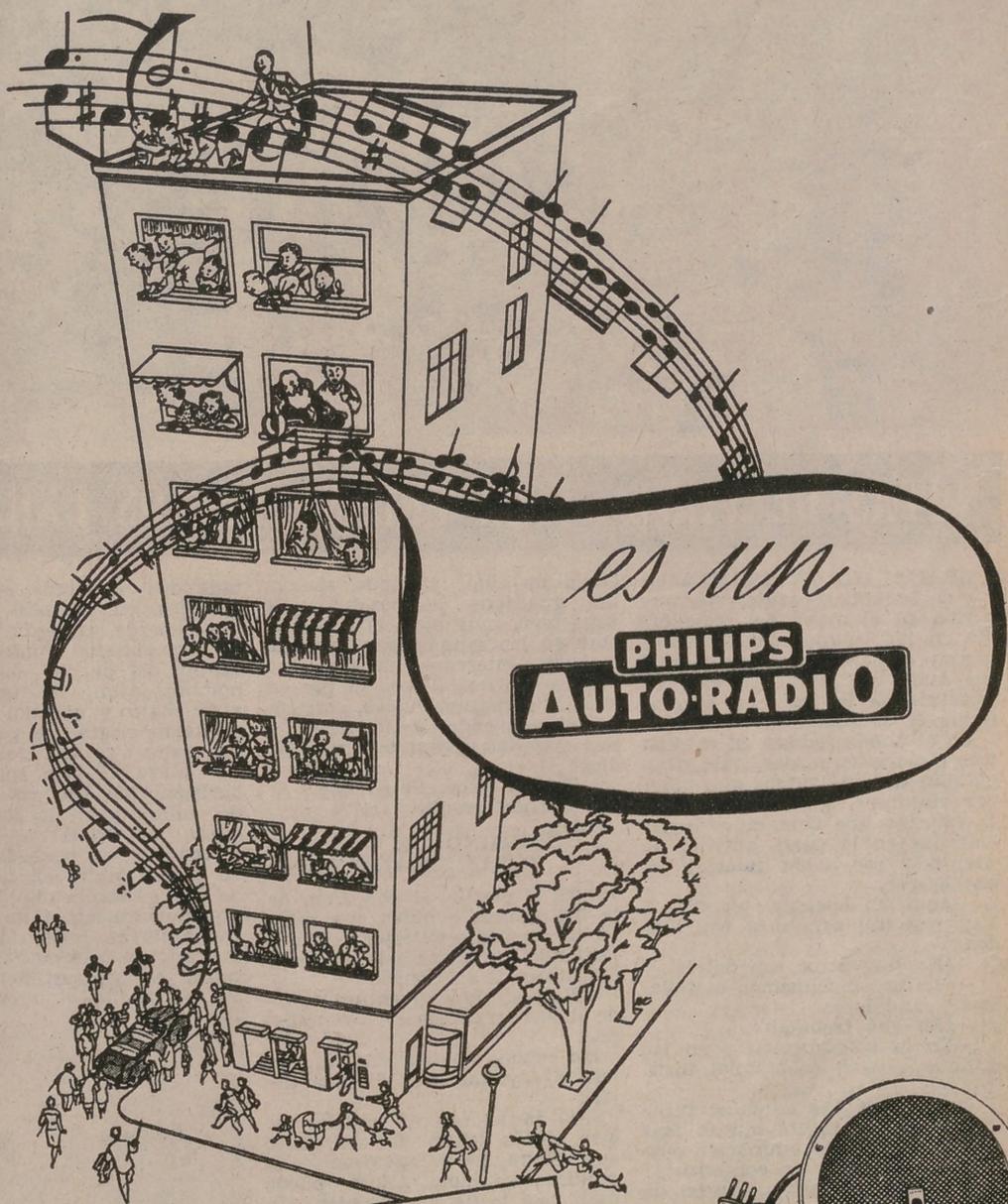
El está por las verduras y los frutos. Verduras y frutos de su tierra, llenas de colorido como la ciudad de su infancia.

—Yo, un hijo de labradores... ¡qué quiere usted que ame!

Estamos en la tierra otra vez. Casi anclados en ella. Como los frutos, y como los árboles. Y como ellos también pendientes de Dios.

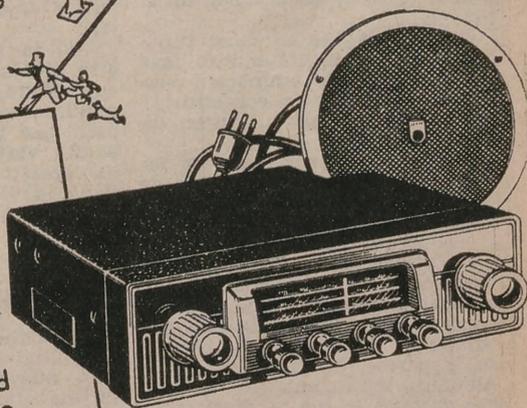
El silencio es una enorme bola, acurrucada al fondo del Palacio.

María-Jesús ECHEVARRIA
(Enviado especial.)

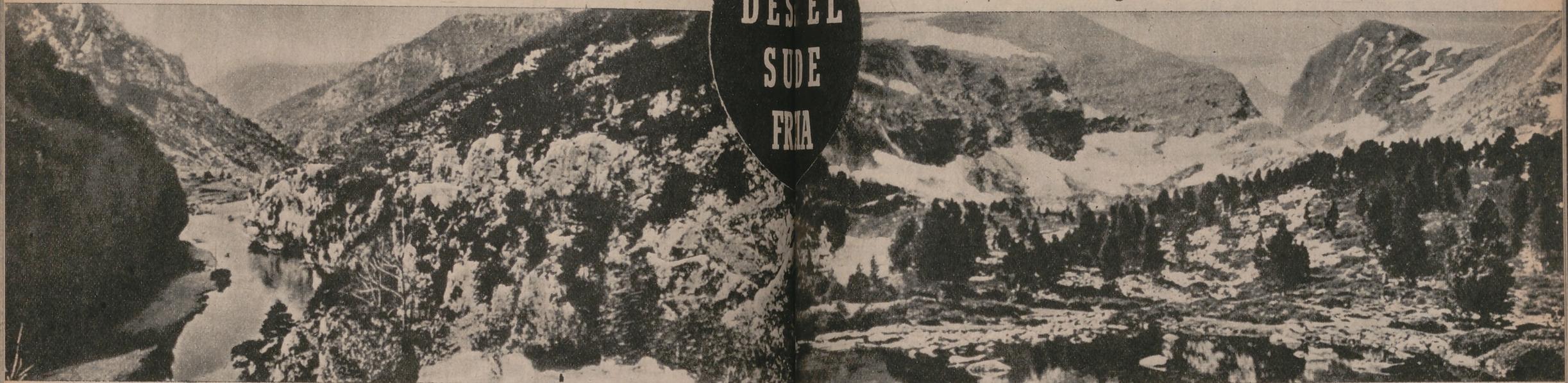


es un
**PHILIPS
AUTO-RADIO**

- Sintonía automática por pulsadores, evitando quitar la vista de la carretera.
- Tamaño reducidísimo, fácilmente adaptable a cualquier tipo de automóvil.
- Sintonía por permeabilidad, a prueba de movimientos bruscos por carreteras en mal estado.
- Eficaz control automático de sensibilidad que asegura una señal estable en todo momento a lo largo de toda la ruta.



LOS TIROLESES, S. A.



NOTAS DE VIAJE - LA PRENSA DE LOS EXILADOS - LA ESTUDIANTIL - EXISTENCIALISMO - CONFUSION

PARADA: seis minutos. Estamos en Lecaute. Lecaute está muy arriba en el mapa del Rosellón. Ya en las lagunas de Norbonne, y muy cerca del límite comarcal del Aude, en Lecaute—a cien kilómetros de la frontera, aun se habla el catalán.

En el andén hablan en catalán tres mujerucas pardas, hablan en catalán dos individuos que parecen viajeros. Y un empleado de la estación que lleva cinco o seis estrellas en la gorra adivina mi acento y me habla también en esa lengua:

—Aquí, en Lecaute—me dice—, hay tres mil catalanes emigrantes.

—¿No hay otros españoles? —Sí; hay muchísimos castellanos y andaluces.

—¿En qué trabajan?

—En la construcción y en las salinas. ¿Usted es español turista?

Comprendo que «español turista» es una variante mucho más pulida de la denominación «español blanco», y le contesto:

—Sí, sí; soy eso que usted dice.

—Aquí llegan periódicos de España. Y llegan varios diarios de Toulouse. ¿Quiere leer uno? Es de mi yerno...

—¿Por qué no?

Se pierde entre la gente. Espero. Miro en derredor. Lecaute es pueblo salinero. Toda Francia conoce las grandes salineras naturales de su lago, que es inmenso, y parece, en cierto modo, la Albufera valenciana. No sé por qué razones le dió al Mediterráneo por hurgar bajo tierra e inundar la comarca. El país no es muy sano. Los soldados de César pasaron sus apuros en la llamada Gallia Narbonense. En una «gare» de esa Gallia me encuentro ahora yo. A pesar de la higiene y de la sal, esa cesárea

Galia ha sido, y sigue siendo, una guardería de mosquitos. Se paga bien, muy bien, la mano de obra en las salinas, pero a nadie le gusta enterrarse en ellas.

Silba el tren. Tengo el pie en el estribo cuando vuelve, corriendo, el empleado de las cinco o seis estrellas, agitando un periódico:

—Tenga usted. Se lo doy.
—Muchas gracias, amigo.

TERMINO DE UNA HISTORIA SENTIMENTAL

En el pasillo, el don Juan de la brillantina a quien me referí en mi reportaje anterior continúa lanzando miraditas a la francesa. Me acerco a él. Sonríe.

—Bonita, ¿eh?—aventuro. ¡Ande, hombre, decidase! No muerde...

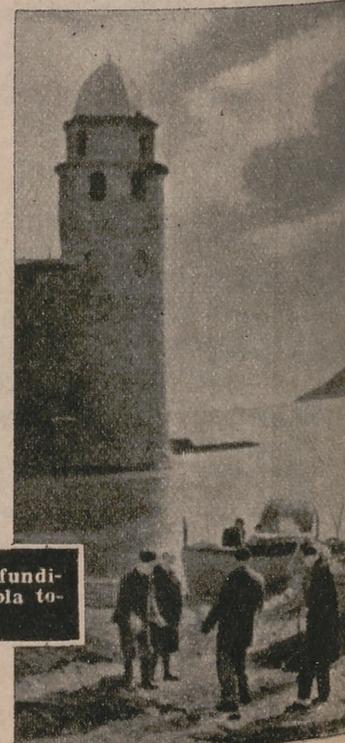
Me expone su filosofía, una filosofía especial, muy de esta tierra:

—Si la abordo es posible que esto pierda sabor. Y, ocurra lo que ocurra, he de apearme en la próxima estación. Ahora puedo decir que lo he pasado bien. Un bonito viaje. Pero, «et bien», si me acerco y me entero de que tiene la voz ronca, o un diente picado, ¿entiende usted?... ¡Sería terrible!... ¡Bah, todo se reduce a producir recuerdos, recuerdos de viaje!... No se hace daño a nadie, «monsieur»...

OLOR, COLOR Y GUSTOS

De nuevo en mi compartimento, me encuentro ante un cambio muy notable. En el asiento situado frente a mí se han sen-

tado dos argelinos sucios, mal vestidos, con el pelo greñudo y residuos de sal entre las ropas. Al otro extremo, junto a la ventanilla del pasillo, observo a un hombre joven, de unos veinte años, bajo y cepado, que viste pantalón negro, de pana, jersey de cuello alto y astrosa gabardina. Lleva el pelo cortado a lo parisien. Me fijo en sus orejas de coliflor y en la forma de su nariz, aplastada a puñetazos. Puede que sea boxeador aficionado y que milite en la categoría de los gallos. Nadie habla. Los argelinos huelen. A no ser porque me hallo en misión informativa —y esto es información—abandonaría el compartimento. Pasan por el pasillo viajeros que bus-



Collioure es un pueblo de inconfundible aire latino, en el que se habla todavía en catalán



En la ciudad del antiguo reino catalano-occitano se celebra con típicas procesiones la Semana Santa

can un lugar donde sentarse. Hay tres asientos libres junto a mí. Pero nadie entra a ocuparlos. No creo que sea por miedo a la facha del púgil. Intento hablar con estos hombres. Ni siquiera contestan. El boxeador guarda su inteligencia para la hora de los guantazos. Los «paisas», medio adormecidos, depositan los pies en el asiento de enfrente. No deben vivir mal.

A poco que les rinda su trabajo percibirán unos cuarenta mil francos al mes. Si están casados y tienen descendencia, más aún. Pueden vestir mejor.

Más adelante—en Toulouse, en Pau, en Bayona, por ejemplo—me encontraré con cientos de argelinos repetidos, iguales los unos a los otros, vestidos con harapos parecidos y oliendo a suciedad porosa. Estos tipos, a veces, por la noche, salen con una gabardina nueva ocultando sus harapos, y andan errabundos, casi siempre solitarios, por los cafés más céntricos, gastando sus billetes de cien francos. Casi nunca se sientan a pedir. De barra en barra—tambaleándose más bien como sonámbulos que como borrachos—piden sus «grog's», sus «Pilsen», sus docenas de ostras de Arcachon, sus botellitas de «Jurançon» dorado, y beben, callan, sorben la indiferencia general hasta que les da un soponcio en una esquina, y les pilla la ronda, y se pasan la noche en una Prefectura.

Son pacíficos, melancólicos, y sus manos parecen untadas de betún. En todas las brigadas de obras públicas, en las de electrificación, y ahora pongo etcétera, comparten el trabajo con muy pocos franceses, y en los Pirineos colaboran con cientos y millares de emigrantes españoles. Media entre unos y otros—hablando de los argelinos y de estos últimos—una gran diferencia. Los españoles cantan y trabajan con ahínco. Hay en sus ojos un estupendo brillo de aventura en tierra ajena que les humaniza. Los argelinos van tirando. No se sabe qué buscan, ni qué esperan, en Francia. Si bien ser ahorrativos. Quizá ansían reunir unos miles de francos para volver allá, al país que les trajo. De vez en cuando, en plena calle

de Toulouse, junto a unos aduquines levantados, veré, más adelante, a algún que otro grupo de andaluces pasándose el botijo y piropeando a señoritas modelo «sobre Vespa». Los «paisas», a su lado, no dirán ni palabra. Mirarán, mirarán, con ojos africanos, perezosos...

Muy distintos de esos argelinos son los que visten uniforme, los encuadrados en sectores del Ejército francés. Alegres, limpios, muy disciplinados, se parecen a los otros lo mismo que se puede parecer un huevo a una castaña.

Existen, además—en el caso concreto de Toulouse—, los argelinos estudiantes: altos, finos, que suelen tener éxito entre las muchachas, porque bailan muy bien y son muy educados y hacen juego con la moda de este año. En el «Milk», del boulevard Strasbourg, las señoritas bien se reúnen en torno a una orquestina y unas cuantas horchatas, de seis a siete y media de la tarde, para bailar con negros, con argelinos, con vietnamitas y con algún francés de vez en cuando. Los que tienen más éxito son los primeros. Los argelinos se defienden bien. En cambio, a los estudiantes vietnamitas no se les hace mucho caso. Suelen ser perqueñitos, y en sus rostros se cruzan en estigma tagalo y el de la milenaria China. Muy educados, muy ceremoniosos, no levantan la voz ni aun para entonar sus bonitas canciones de origen ancestral. Los franceses opinan que estos buenos muchachos vietnamitas son de raza inferior, de raza inclinada a la opacidad mental. Puede ser que, en el fondo, haya resentimiento contra el hecho chocante de que la «piastra» vietnamita esté tan alta, tan incommensurablemente elevada por encima del franco como para permitir que cualquier funcio-

nario mediano de Saigón costee la carrera de su vástago en Francia, una carrera a todo pasto, a base, como mínimo, de una «Vespa» y pensión en hotel de primera.

Bien. Me salgo de cauce. Creo que les hablaba de mi paso «turístico», en tercera—y en un compartimento perfumado áspereamente—, por las bellas lagunas de Lecaute, que tienen mucha sal.

Mi paso por estas saladas lagunas pudo haber sido poético de no mediar los hechos ya indicados, a más de la estimable circunstancia de tener entre manos un semanario publicado por los exilados activistas «toulousains»: «El Socialista».

De esto intentaré hablar, con su permiso.

LA PRENSA DE LOS EMIGRANTES ACTIVISTAS

Para un español que haya tenido, o tenga, ocasión de conocer la actual marcha de España, el panfletismo viperino, viscoso, repugnante, el panfletismo pobre, retórico y bajo de techo que esta publicación emplea con el simple propósito, creo yo, de mantener el interés de sus abogados, habla a las claras de muchas, de mil cosas. Hojear «El Socialista» (que es el más moderado, por lo que luego me será dado comprobar, de estos siete sapos criados en Toulouse, y empleo una definición muy barojiana) significa volver al ambiente cargado, calumnioso, de los bienios. La honestidad, la calma en el aprecio objetivo del concepto, el rigor verosímil al trazar el esquema de la noticia, y algunas cosas más, se echan en falta ante estas páginas. En ellas no hay altura de miras, ni tesis doctrinal, sino ataques, ataques y, además, defensas. Los socialistas españoles se defienden de todo y contra todo, y atacan, sin cuartel, por medio de sistemas aptos y no aptos. No hay calma cons-

tructiva, sino adocenamiento destructor.

Ignoro aún lo que piensan los sectores franceses ante esta actitud tan primitiva, aunque los sectores franceses, en materia política, están saturadísimo y, además, el nivel cultural de esos sectores es elevado. Esas campañas antiespañolas sistemáticas, demoleadoras, viles, sostenidas por semanarios como «El Socialista», parecen preparados para uso de una masa ignorante, para uso de una masa incapaz de enjuiciar los hechos debidamente.

«El Socialista» es órgano del partido socialista obrero español y está a mata y degüella con el partido socialista unificado de Cataluña (vulgarmente el «pa amb suc»). Tiene su redacción—lo cual es un decir—en el número 69 de al rue du Taur, en Toulouse, y es su director el conocido «idealista» Gabriel Pradal. Lo administra, desde París, un tal Carlos Martínez, que tiene sus reales y sus dineros en 31, rue Général Beuret. Y se edita en Marsella, 20, rue Sainte.

«DINEROS SON CALIDAD»

Las secciones locales del partido se distraen renovando sus Juntas y aumentando las cuotas. No se nota otra cosa de mayor importancia, al parecer, en los resúmenes de sus reuniones.

Citaré algún ejemplo:

He aquí lo que notifica el Comité Local de Besanzón:

«BESANZON

En el local de la SFIO celebró nuestra sección local del PSEO Junta general el día 9 de enero. Actuó de presidente de Mesa Miguel F. de la Sierra, y de secretario, Ramón Fernández.

Se aprobó la correspondencia tramitada últimamente. Sobre petición formulada por la sección local juvenil socialista para que fuese constituido el Comité local de SDE, se propuso el nombre del compañero Ramón Fernández, y quedó aprobado. Se aprobó tam-

bien la circular número 15 de la Comisión Ejecutiva, con la fórmula del aumento de cuota en 20 francos.

La Comisión Revisora dió dictamen consignando haber hallado las cuentas en perfecto estado. Para la Revisora fueron nombrados los compañeros Santos Borbolla, Gregorio Fernández y Ramiro Moya.

La Asamblea terminó en un ambiente de excelente camaradería.—P. B.»

Anota el Comité de Tarbes:

«TARBES

El 2 de enero se reunió nuestra sección en Asamblea.

Con referencia a la circular número 15 de la Ejecutiva se discutieron varias proposiciones presentadas en el acto de la reunión por distintos compañeros asistentes a la misma, y al fin, por gran mayoría, se acordó aumentar a cien francos la cotización mensual de cada afiliado, destinándose ochenta y cinco a la Ejecutiva, esto sin perjuicio de seguir entregando, como hasta ahora, los cupones de cotización voluntaria de cincuenta francos, cuyo importe va íntegramente al organismo central citado. Este acuerdo entrará en vigor en 1 de febrero próximo.»

Y el de Toulouse, para no variar, anota:

«TOULOUSE

La Agrupación Socialista de Toulouse se reunió en Asamblea general extraordinaria el 18 de diciembre para tratar sobre una propuesta presentada por el Comité de la Agrupación en virtud de la cual se aumentaría la cuota, en principio, en 20 francos más de los que actualmente se pagan.

Al español no avisado (al español turista, puede impresionarle el hecho de que existan tantos Comités socialistas y tantos locales del P. S. O. E. y del S. F. I. O. y de la porra. Les diré (ahora, al reparar mis notas, cuando conozco bien estos detalles) que los cargos de Junta directiva pasan de unos a otros personajillos, es

Muchos españoles se han establecido en ciudades del sur de Francia. Aquí reproducimos la tarjeta del bar-restaurant «L'Ambiance», del albaceteño Angel Rodríguez, en Tarbes. Empezó como camarero en Lourdes y ahora tiene ahorrados dos millones de francos. A la derecha vemos el anuncio de un taller de pintura al infrarrojo de Toulouse, que explotan dos catalanes, Emilio Burch, de Barcelona, y Forté, de Alburcias

L'AMBIANCE

BAR - BRASSERIE
CHAMBRES

A. RODRIGUEZ

15, RUE GEORGES-LASSALLE

TARBES (H.-P.)

CUISINE SOIGNÉE
PRIX MODÉRÉS

Téléphone
1470

SOCIÉTÉ LANGUEDOCIENNE

1, C. 403 TOULOUSE

TEL. CA 29-97



AGL. TELEPHONE

CENTRAL TOULOUSE

BUREAUX ET ATELIERS
95, RUE DES AMIDONNIERS
TOULOUSE

PEINTURE TOLERIE CARROSSERIE FLOCKAGE

PRESENTE
**UNE RÉVOLUTION
DANS LA PEINTURE**

AVEC SON
FOUR-TUNNEL
**INFRA
ROUGE**

250 ÉMETTEURS

SÉCHAGE PAR
RAYONNEMENT
ET FUSION
CONVECTION



502-CB 31

decir, que no existen, o casi no existen, los soldados rasos. Además, los locales son cafés, simples cafés que ceden sus salones a primera hora de las mañanas de los días festivos con el deseo de lucrarse en la «aditica» de unos cuantos «vermutos».

LA VIDA ESTUDIANTIL

El tren se ha detenido en La Nouvelle. Como Lecaute, La Nouvelle es un pueblo que vive de su sal. Los argelinos y el bozeador me dejan. Menos mal. Me quedo solo, «solo con mis pensamientos» Pero es por poco tiempo. Un grupo de muchachos estudiantes me rodea en seguida. Hablan francés. Cataluña cae lejos, sí, cada vez más lejos. No obstante, de vez en cuando—y provenientes del pasillo—, percibo retazos de un diálogo en catalán «patois».

Uno está acostumbrado al estudiante español. El estudiante de mi Patria es un ser racional, vestido con chaqueta «sport», con los gastos pagados en la fonda y veinte duros semanales para fumar, beber y meterse en un cine con la novia.

Generalizo, y esto es peligroso. Quiero decir que el estudiante ibérico de ahora es un tipo normal, corriente. Le interesan las cosas de su carrera, los pases de Kubala, lo que cuesta una moto, los «films» de la Mangano, lo que le acaeció a Teresa con el novio. Es adicto a las formas de vida nacionales, va a misa, se confiesa, tropieza alguna vez, pide perdón y vuelve a tropezar. Es sincero, cabal. La vida marcha así.

El estudiante de mi tierra es recio, deportivo. Se pasará tres noches sin dormir, o tres días durmiendo, o un fin de mes a pan y agua en la pensión; aprobará, o no aprobará; volverá al pueblo, se comprará unos pantalones «Texas», llenará una quiniela, o seis, o siete... Sin querer, o queriendo—o medio de ambas cosas—, ese estudiante se irá formando, se irá «intelectualizando» hasta caer en el vicio «gafas Truman». Normal, normal, normal... Y más bien voluntarioso. Y patriota. Sin barbas, sin posturas de neurótico, ese estudiante «standard» de mi generalización, no se parece en casi nada al francés, al estudiante francés tipo «auto-stop».

Uno—se ha dicho—está acostumbrado al estudiante hispano. Y se sorprende ante este grupo de intelectuales francés. Son cinco, todos jóvenes y todos sumamente laicos. Hablamos, y en seguida evidencian un interés morbosos por las cosas de España. —Ustedes, en España, viven con gran retraso religioso...—me increpa el dominante, un individuo de barba rifeña que viste un sobretodo original, muy



El cuadro artístico del «Casal Catalá», de Toulouse. Están ataviados para una representación de «El Ferrer de Tall», la conocida obra de Pitarrá

parecido a una «chilaba» moruna.

—España es el único pueblo de la tierra con gitanos católicos...

—opone un jovencito imberbe, con muchos granos entre peca y peca, que fuma en una boquilla larga, de mujer fatal.

—¿Todos ustedes son ateos? —les pregunto.

—Sí, señor; al principio éramos protestantes. Pero no nos iba. Nosotros somos «existencialistas» Desde luego, usted ignora lo que es eso, «n'est pas?»...

—Creo tener una ideica...

El jovencito imberbe me larga una cartulina:

—¿Va usted a Marsella?—me pide.

—No, señor. Voy a Toulouse...

—Ah...

Me arrebató la cartulina. Y añade:

—Pues esto no le serviría. En Toulouse, si lo nuestro le interesa, puede acudir a una residencia estudiantil que hay en la rue des Lois. Es algo formidable. Todo el mundo, allí, hace lo que le viene en gana. Incluso el camarero, que estudia Filosofía...

Me da la dirección de esa residencia, impresa en una tarjeta. En el fondo del impreso veo una hoz y un martillo:

—¿Es que son comunistas?

—Nada de eso. Lo que pasa es que uno se hace un lío con las tarjetas. Algunos de nosotros simpatizan con ese movimiento. Le he dado, por error, la tarjeta de ese grupo, que no es un grupo, sino un subgrupo. ¿Entiende?... —Psé...

PRIMERAS CONCLUSIONES GENERALES

Todo esto me marea. ¡Uf!... Grupos, subgrupos, agrupaciones, reagrupamientos... Los estudiantes hablan entre sí de cosas tremebundas e importantes: de obrerismo, de crisis espiritual, de entronques y afinidades sociales entre anarquistas y comunistas, de Marx, de Trotsky, de la Biblia...

Pasan muchos minutos antes

de que me entere—por una simple referencia asociativa—de que todos estudian en la Facultad de Medicina. Dan la impresión de que eso—la Medicina—es lo que menos llega a interesarles en la vida.

¿Cómo es Francia, me pregunto. Francia, a cada kilómetro, me parece distinta, como siempre. Francia es un pueblo grande, vasto, rico, capaz, un pueblo de función diversa en el mapa de Europa, un pueblo liberal, muy tolerante y muy expansivo.

Me acuerdo del «paysan» «Français», de sus palabras:

—Francia, «monsieur» es un país desorganizado...

No creo que sea tan desorganizado como «Français» me aseguraba hace algunas cuartillas. Pienso que estoy en un país frondoso, intrincado, difícil de entender, aunque fácil de amar.

Los «paysans», y los estudiantes, y los tipos de razas coloniales, y las muchachas pobres con maleta, y los judíos, y los comunistas, y los revisores, y los recaderos, y los superguapos, y, en fin, toda esa gama de seres minuciosamente pintorescos, de seres enrevesados y pimpantes, me parece un retablo, un gran «ballet»... Me parece un gran todo movido por un hilo misterioso, una unidad fluctuante, de forma frívola pero de fondo preocupado y laborioso.

Muy cerca de Narbonne, en donde debo transbordar camino de Toulouse, pienso otra vez en los españoles que perdieron la guerra, pienso en los dirigentes que medran en torno a esos españoles, y me pregunto cuál, en realidad, es el papel que la desconcertante bella Francia reserva a estos hermanos y a su drama. Y, al entornar los ojos, me dejo confortar por el murmullo, por la algarabía de esos estudiantes, en general, barbudos, melencidos, histéricos y fundamentalmente inteligentes, que, en su penúltimo sarampión ideológico, larvan una época futura indescribible...

Jaime POL GIRBAL

(Enviado especial.)

LEA Y VEA

TODOS LOS SABADOS

“EL ESPAÑOL”



EL YUGO

NOVELA

Por A. NUÑEZ ALONSO

I

—¿Y A llegamos a la frontera?
Era la tercera vez en media hora que Carmen Palacios formulaba la misma pregunta. Marcel Dulac no contestó, y, como en la ocasión anterior, se redujo a sonreír. Sonrió con la mejor buena fe, con la mayor despreocupación, a fin de que su sonrisa le diera a su compañera de viaje la tranquilidad que en aquellos momentos necesitaba.

Marcel Dulac atravesaba con frecuencia la frontera y estaba acostumbrado a ver cómo los viajeros perdían su seguridad y aplomo al enfrentarse con los requisitos de control aduanero y policíaco. Y hasta tenía sus ideas personales sobre stos trámites fronterizos, que consideraba tan eficaces para molestar a la gente honesta como inútiles para reprimir el contrabando. Pues en su experiencia de viajero internacional había comprobado desde hacía tiempo que los contrabandos no se descubren por la inspección, sino por el olfato de los agentes, bien desarrollado y sensible para percibir a distancia, sin que ningún signo la revelase, la mercancía subrepticia.

Pero en esta ocasión le divertía ver que fuese Carmen Palacios, su compañera de viaje, la que se perturbaba con una mal disimulada nerviosidad. «Sería curioso—pensó—que resultase ser una contrabandista, una traficante de divisas o de drogas. Sería curioso... Y, en ese caso, ¿cambiaría en algo la situación?» Porque lo cierto es que Marcel Dulac confrontaba que desde hacía unas diez horas se había establecido una «situación» entre su

compañera de viaje y él. Una situación cuyas proyecciones no se paraba a calcular, pero que las sentía ya envolviéndole el corazón en un compromiso de tibios halagos, casi de estimulantes reacciones.

Era mucho mejor no pensar en nada y quedarse contemplando las manos de Carmen Palacios. Unas manos blancas que se ribeteaban con luminosa palidez en los bordes de sus largos, finos, cónicos, expresivos dedos. Unas manos que habían sido mucho más elocuentes en la contenida emoción del diálogo confidencial que las mismas palabras, sobre todo cuando él, Marcel Dulac, tuvo la decisión de colocar algunas preguntas intencionadas fuera de los límites que la amistad muy reciente, muy condicionada, imponía. Esas manos le habían dicho algo de lo que bullía en la cabeza de Carmen Palacios y que el corazón de ella debió de registrar con 'quién sabe qué sutil y tibia aceleración de latidos. Pero ahora las manos de Carmen Palacios permanecían quietas, un poco cohibidas, un tanto medrosas, sobre la mesa del vagón-restaurante, con un cigarrillo largo y tembloroso en los dedos, el mismo cigarrillo que él le había ofrecido después del desayuno. «¿Qué pasaría si Carmen tuviese un incidente en la frontera? ¿Cómo reaccionaría él, Marcel Dulac, si Carmen resultase ser una delincuente?» Aun esta posibilidad un tanto incisiva le divertía. Sí, le divertía; pero sólo hasta un cierto límite, pues no quería admitir que Carmen Palacios, la «tres jolie espagnole», cometiera una infracción de carácter mayor. Cualquier detalle pequeño él podría subsanarlo. Invocaría su amistad con M. Lefranc, del departamento diplomático del ministerio de Negocios Extranjeros; invocaría también—si se trataba de un deslíz que lesionara al fisco—a su íntimo M. Dubois, del ministerio de Finanzas. Sí, hasta ese punto todo sería correcto; no solo perdonable, sino hasta deseable; pues Marcel Dulac, que tan seducido se encontraba por la belleza, la gracia personal, la distinción de Carmen Palacios, deseaba demostrarle el poder de su influencia, y, más que esto, su disposición a prestarle con las máximas eficacia y rapidez un servicio.

Mientras Marcel Dulac se hallaba en estas suposiciones oyó que Carmen Palacios le preguntaba:
—¿Tiene usted algo que declarar?

La voz cálida, acariciadora de la española vibraba en una inexplicable inquietud. Dulac contestó:
—No mucho, pero sí de una cierta intensidad: que empiezo a sentirme prendido de su gracia.

El mismo Dulac reconoció que no había estado feliz en la contestación. El, como hombre de negocios, solía ser más directo, a veces más brutal. Pero sobre sí gravitaban los prejuicios que circulan por el mundo sobre la mujer española, y en su acato veía a Carmen Palacios como a una mujer de otra época, a la que habría que convencer y conquistar con frases muy galantes, muy untadas de cortesía, muy chorreadas de finura y halago. Por otra parte, en aquellas circunstancias tan del momento, tan transitorias, pedirse una frase mejor sería demasiada exigencia consigo mismo.

Era natural que no se le ocurriese nada más realista ante aquel paisaje vasco cubierto de nieve, lleno de saipaduras de sol, que se pegaba como una vulgar tarjeta de Noel al vidrio de la ventanilla; un paisaje muy conocido, muy repetido, muy grabado en su memoria visual.

Carmen Palacios no debió de encontrar mal la galante insinuación, pues se concretó a aclarar el sentido de la pregunta que había formulado:

—Entiéndame, señor Dulac... Me refiero a... Yo no sé si deba declarar en la Aduana ciertas prendas personales... que sobrepasan, creo yo, la cuota permitida: llevo, entre otras pieles, dos abrigos de visón.

—¡Oh, la la!—se escandalizó con cómica alarma. Marcel Dulac—. Usted tendrá que declarar que es una mujer muy elegante, cosa obvia por evidente, y le obligarán a pagar, además del arancel de importación y de la multa, el impuesto de lujo.

—¡Pero si yo voy a París como simple turista!
—Ya, ya... Eso se ve en seguida... Pero las bellezas que exceden ciertos cánones admitidos pagan impuesto de lujo. Y no sé si habrá alguna multa especial por incitación al desorden público.

—Yo soy una mujer decente—concluyó diciendo con seriedad Carmen Palacios.

Marcel Dulac seguía divirtiéndose. Y pensaba que Carmen Palacios sabía hacer muy bien su pa-

pel (¿Oro? ¿Divisas? ¿Drogas?). El jefe de los viasas de Módena le había dicho una vez que los contrabandistas primerizos suelen llevar visible un contrabando de pequeña cuantía, casi inocente—pieles, perfumes, sedas, etc.—para encubrir el contrabando importante e invisible. Ese contrabando externo les valía tanto para despistar a los aduaneros como para justificar posibles nerviosidad y torpeza en el momento del registro. Pero si burlan una vez a la Aduana, rara vez pueden reincidir impunemente. Pues los aduaneros conocen todos los indicios psicológicos del contrabando. Aun esa aparente tranquilidad que demuestran y hasta la misma servicial colaboración que prestan los contrabandistas a la hora del registro delata frecuentemente el tráfico clandestino.

Hasta ese momento su compañera de viaje se había mostrado discreta y segura, condiciones que acentuaban su peculiar encanto físico. Muy peculiar, por cierto: con una nariz respingadilla, que se cortaba con cierta brusquedad el perfil perfecto del rostro, aportaba, sin embargo, una dosis de sal y pimienta a su seductora expresión. Aquella nariz era como el grito subversivo, como la cana al aire, como el ¡manos arriba! de la serena belleza de Carmen Palacios. Tampoco había dejado de observar una leve prominencia de los pómulos, que daba una sintomática angulosidad de misterio al rostro. Porque Marcel Dulac sabía por experiencia que las mujeres de nariz respingada y pómulos salientes son peligrosas como secretarias. Por eso ni en su oficina de Zurich, ni en la de París, ni en la de Turín tenía secretarias de pómulos prominentes. Mas los ojos negros, grandes y húmedos de Carmen Palacios, así como la línea de sus labios, no denunciaban ningún misterio inquietante, sino aquel propio, inherente a las mujeres de países meridionales y, sobre todo, de ascendencia árabe... No terminó. Pensar en la palabra árabe, y mucho más pronunciarla, le causaba una irreprimible repugnancia desde el día que tuvo una aventura poco afortunada en Tánger, siendo muy joven. Por eso prefería considerar a Carmen Palacios de ascendencia «mediterránea».

Su amigo M. Lefranc le había dicho alguna vez que en los servicios secretos las mujeres de pómulos prominentes, de rostro anguloso, daban mucho mayor rendimiento que las agentes de rostro redondo u ovalado. Monsieur Lefranc no daba las razones en que apoyaba su argumento, pero la afirmaba con la suficiencia a que tenía derecho una persona que había estado cinco años adscrita al buró de servicios confidenciales del Estado Mayor francés.

—Yo he viajado siempre con mis pieles—murmuró Carmen Palacios.

Y una mujer que ha viajado siempre con sus pieles se muestra nerviosa porque el expreso Madrid-París se acerca a Irún! se dijo, no sin cierta malicia, Dulac. También él, Marcel Dulac, viajaba con sus llaves. Eran cinco llaves casi iguales que entraban en la cerradura de sus cinco coches: largos, estirados, lustrosos automóviles que le esperaban en todas las grandes ciudades de Europa; las mismas ciudades que aparecían en las visas consulares de su pasaporte. Pero él prefería hacer los viajes en tren. Sobre todo, desde que su socio, Charles Martin, había muerto en un accidente de aviación. Fué como una llamada. Como un aviso. Y como él le tenía aversión a la carretera, optaba por hacer sus viajes largos en tren o vapor. Y nunca tuvo de qué arrepentirse. Todo lo contrario, pues en dos ocasiones el hecho de llegar con atraso a una cita le impidió hacer un negocio que había resultado catastrófico. No, no tenía por qué arrepentirse, y mucho menos ahora que había encontrado una compañera de viaje como Carmen Palacios. Estupenda, magnífica mujer. En todos los sentidos... Bien, no en todos, pues si lo del contrabando resultaba cierto...

—No se ponga nerviosa—le dijo Marcel a Carmen—. Siga mi ejemplo. Yo estoy completamente tranquilo... Hágase la idea que es la enésima vez que atraviesa usted esta frontera... ¿No quiere tomarme el pulso?

Y Marcel Dulac extendió su mano, mostrándole la muñeca, en la que confluía, en minúscula trabazón de hilos azules, un haz de venas.

Carmen Palacios volvió a observar que aquel hombre no llevaba al dedo ningún signo matrimonial. Tuvo un ligero titubeo; pero en seguida decidió que bien merecía la pena tomarle el pulso



a una mano varonil que tan libre de yugos se había mantenido en la vida. Y al sentir en las yemas de su propio dedo el palpito de aquel ser hasta entonces desconocido, sintió como si se le revelara un callado designio que acabaría quizá con su larga, vacía, monótona viudez. Porque un soltero de cuarenta y dos años, de la posición y estampa de Marcel Dulac, no se encuentra todos los días. Ni tampoco ella, con sus treinta y siete, estaba para hacerle melindres a una oportunidad que bien pudiera ser la última. Y si se trataba de la penúltima, con menos razón.

Bien es cierto que en los cálculos de reincidencia matrimonial que se hacía con alguna frecuencia Carmen Palacios jamás pensó en la posibilidad de enamorarse de un francés. De no tratarse de un español, saltaba mucho más allá de los Pirineos, y alguna vez estuvo dispuesta a ceder a los requerimientos de un noruego. No pocas veces supuso que un alemán, y hasta un inglés, podrían satisfacer su ambición femenina. Pero ahora sentíase fácil a aceptar su equivocación al encontrarse con aquel francés tan a la moderna, tan grave en lo general y de tan discreto humor en lo oportuno, con aquel tonillo de burla intrascendente y el ánimo tan mundano. Exhibía también como incentivo dos prematuros mechones de canas en las sienas, de galán maduro, conquistados en sus negocios del caucho.

Marcel Dulac se quedó un poco abstraído contemplando la mano que había extendido a Carmen Palacios: la muñeca donde se fraguaban los pulsos tan libres de yugos. Y habría permanecido así más tiempo si un empleado del tren no hubiese dicho en voz alta a los viajeros que pasasen a sus respectivos departamentos, pues iba a cerrarse el vagón-restaurante. El tren atravesaba la estación de Irún y se dirigía hacia la de Hendaya.

Oír al empleado y ponerse en pie Carmen Palacios todo fué uno. Y por un momento su azoro se hizo tan visible que parecía que la hubiesen sorprendido cometiendo una infracción.

—No se apure, «madame»—le dijo con una sonrisa tranquilizadora Marcel Dulac—. Yo estaré en la Aduana en el momento de la inspección para darle ánimo y prestarle la ayuda que necesite. Después tomaremos una copa en el bar. «D'accord?»

—Oui, oui, d'accord. Merci bien, monsieur Dulac!»

—Para usted, «madame» mi nombre es Marcel. Lo había dicho sin inspiración. Lo reconocía. Pero con mucha sinceridad.

II

A los pocos momentos de que Dulac entrara en su departamento del vagón-cama llegaron los gendarmes franceses, recogiendo los pasaportes. Marcel Dulac les entregó el suyo. Después encendió un cigarrillo y volvió a pensar en Carmen Palacios.

La había visto subir al tren en la estación del Norte. No obstante que faltaban aún siete minutos para la salida, Carmen Palacios llegó apresurada, nerviosa. Luego se tropezaron en el corredor y cambiaron una sonrisa. Y, por último, habían coincidido a la hora de la cena en la mesa del del coche-restaurante. Habían coincidido porque Marcel Dulac decidió sentarse frente a la mujer que tan gratamente le había impresionado.

Marcel Dulac no sabía hasta qué punto esa coincidencia de la que se consideraba exclusivo promotor pudiese haber sido provocada por un tático y misterioso deseo de ambos; pues en cuanto se sentó a la mesa comenzaron los dos a charlar del modo más animado y bilingüe, con muchas sonrisas, con alguna que otra frase simpática de doble, si bien sano, sentido. Y consumidas con el primer plato las informaciones de embocadura («Me fastidian los viajes.» «Yo voy a París a pasar una corta temporada.» «No, yo voy a Bruselas, y sólo estaré un día en París.») entraron en una charla de pormenores sociales y psicológicos («Yo tengo verdadera pasión por los gatos...») «¡Qué coincidencia, a mí me encantan!» «Soy alérgica a los vinos espumosos.» «Me gusta beber, pero con mesura.»; hablaron de cómo debe ser el hombre para la mujer y cómo la mujer para el hombre, como si se descubriesen una nueva fórmula de vida, como si Dios, por mano de la Naturaleza, no lo tuviera todo certeramente dispuesto. Y antes de llegar a los postres se habían

descubierto tan semejantes aficiones, gustos tan similares, claroscuros de carácter tan acoplados, que en la intimidad de su pensamiento aventuraban admitir que el uno había nacido para el otro. Y en el momento del postre, Dulac se preguntaba si sería posible que una mujer como Carmen Palacios (ya se habían dicho los nombres), tan a su medida espiritual, tan justa en la edad, estuviese libre de compromiso. «Mais oui!». Aquella belleza, con su naricilla chatunga, con aquellas piernas largas que daban a sus pasos (la había visto correr por el andén) una elegancia de antilope, no sólo tenía casa en Madrid, sino también un chalet en Palma de Mallorca (los barones de Dreux, sus huéspedes, habían pasado la luna de miel allí). Y era viuda y sin hijos.

Si—pensaba ahora Dulac—, era demasiada belleza para que detrás de todo eso no hubiera una ficha antropométrica en potencia. Lo de las Baleares olía a contrabando, y lo de los barones de Dreux a farmacopea clandestina, a estupefacientes. Pero se antojaba hermoso pensar—soñar, quizá—que Carmen Palacios era una mujer libre, libre de yugo matrimonial, como él también lo era. Por lo demás, con una mujer así, Dulac podía pensar seriamente en retirarse de los negocios del caucho. A las Baleares. Siempre le habían tentado las Baleares como meta y retiro de una vida de vertiginosa inquietud bursátil, pues suponía que Mallorca, por isla, no tendría carreteras. Y al llegar a este pensamiento, Marcel Dulac se metió la mano en el bolsillo para apretar el llavero que sujetaba las cinco llaves de sus cinco largos, estirados, lustrosos automóviles, que para él suponían otros tantas opacas, extendidas, inacabables preocupaciones. Si lo mejor sería venderlos, liquidar el negocio y retirarse a Palma de Mallorca.

El tren, disminuyendo la marcha, se acercaba a Hendaya. Entraron dos agentes en el departamento, que le preguntaron si en el equipaje de mano tenía algo que declarar a la Aduana. Les contestó que no, y salió tras ellos al pasillo del vagón.

Marcel Dulac sonrió a solas. En ese instante no se acordaba de Carmen Palacios ni de sus preocupaciones aduaneras, sino de su socio Pierre Brum, que le esperaba en la estación para decirle, como siempre—cariacotenido, cejijunto—, que las cosas no marchaban bien del todo. Brum era de esos hombres quejumbrosos para quienes los negocios nunca marchan a la medida de sus deseos. ¡Menuda cara pondría cuando él, Marcel Dulac, le expusiera su decisión de retirarse!

El convoy se detuvo. Dulac vió en seguida en el andén a Carmen Palacios, que se dirigía con otros pasajeros a la oficina de inspección aduanera. Verla andar con aquella elegancia, bien erguida, aparentando un dominio que no tenía, le conmovió. Tuvo la impresión de que algo suyo, algo que comenzaba a serle propio, algo que era como una extensión de su persona, de su aliento, de su pulso corría hacia el peligro. E hizo el movimiento de acudir a su ayuda, pero se detuvo. Se detuvo porque creyó más conveniente entrar en la oficina con el último de los viajeros, cuando ya Carmen estuviese en una situación complicada que le indujera a notar su presencia como la entrada de un héroe. Porque Marcel Dulac sabía capitalizar ciertos efectos.

Mientras se ponía con parsimonia el abrigo y se calzaba los guantes recordó, quién sabe por qué, a su primera amiga, Renée. Hacía veinte años había sentido una verdadera pasión por esa mujer. Pero entonces los negocios no iban bien, Dulac no «controlaba» el mercado del caucho, y Renée, que no tenía pómulos salientes, había caído en la seducción que le provocaba la prosperidad de Claude Mollet. Aquellas relaciones le obligaron a bochornosas y frecuentes indignidades, y, al fin, ante la «presión financiera» de Mollet, tuvo que renunciar a Renée. Desde entonces los nombres de mujer le dejaban un gusto amargo en la boca al pronunciarlos. Y más tarde, las escaramuzas con sus secretarías no hicieron más que acentuar su menosprecio por el «voraz sexo débil».

Quizá el hecho de que Carmen Palacios le hubiese impresionado de tal modo, denunciaba una cierta decadencia espiritual, un cierto cansancio un probable «surmenage». Pero un «surmenage» que apuntaba como crónico, pues por una relación de sensaciones, al rozar con sus dedos las llaves de los cinco largos, estirados, lustrosos automó-



viles, venía a pensar en los neumáticos y, como derivación, en el caucho. Y acudía a su recuerdo olfativo el olor peculiar del hule, no del hule saliendo de la factoría, sino el del caucho de las ruedas untándose en el pavimento de las carreteras internacionales al coger las curvas cerradas, sin apenas apretar el pedal del freno, sin separar el pie del acelerador. Eran las pruebas—las vertiginosas carreras, que parecían escalofriantes huidas—para probar la alta calidad de resistencia de los neumáticos.

Con estos pensamientos de basca Marcel Dulac se sonreía para adentro, como si se burlase de sí mismo.

Y cuando se disponía a abandonar el vagón vio venir por el pasillo un tipo que tenía toda la semejanza a Jules Buron, un viejo conocido, antipático y zorro, al que hacía tiempo no veía. La última vez que topó con él surgieron una serie de dificultades bastantes molestas. Y todo por un negocio que Marcos Attolini, de Turín, no supo rematar con la prontitud y visión con que Dulac lo había iniciado. Pero no creía que Jules Buron viniese de París a recibirle (sintió como un trillazo en el corazón y pensó en Pierre Brum y en alguna de sus torpezas). Pero no por la presencia de Jules Buron él iba a dejar sola Carmen Palacios. No iba a permitir que esta súbita aparición, tan inoportuna como inescrupulosa de Jules Buron, le echara a perder todo un plan, un plan sentimental maravilloso con marcha nupcial y Palma de Mallorca al alcance de la mano.

Mas Jules Buron pensaba quizá otra cosa y avanzaba, avanzaba hacia él, con la inexorabilidad de un aguafiestas de vocación. Y cuando Marcel Dulac le oyó reírse con aquella risa pectoral que tanto le irritaba, sintió que en la boca del estómago se le ponía una bola de caucho que pugnaba por salirsele con presiones de basca en un vómito que tenía sabor a hule recalentado.

III

Carmen Palacios ocupó su turno en la larga fila de viajeros que avanzaba pegada al enorme mostrador rectangular. Se sintió más cohibida en aquel espacioso salón de muros claros, iluminado con lámparas fluorescentes, con los rótulos de gas neón. Hacía varios años que no había atravesado una frontera, y cuando lo hizo de casada su marido atendía a estos trámites de inspección, por eso ahora, a cada paso que daba en dirección a los aduaneros, aumentaba su miedo y su timidez. Lo espacioso de la sala y la profusa iluminación se le antojaba que hacían más impúdico el registro. Veía delante de ella las maletas, los baúles abiertos. Veía entrar en el fondo de los equipajes las

manos hábiles de los aduaneros. A veces salían engarabitadas como garfios arrastrando tras de sí las más íntimas prendas. Todo lo tocaban. Hurgaban en los lugares más insospechados para sacar, precisamente, aquello que habían oído; un sobre de medias, y dentro un fajo de billetes. No, ella no llevaba ese contrabando. Ella llevaba sus pieles, y bien visibles... Sin embargo, notó que otros muchos bultos pasaban ante los ojos de los agentes sin sufrir el registro, pues los empleados parecían fiarse de la declaración de los propios interesados. En tales casos el agente hacía un gesto de asentimiento y con tiza ponía un garabato en el equipaje. Quizá también a ella le concedieran esa franquicia; quizá su rostro, sus palabras, el tono de su voz inspirara la confianza de los inspectores.

Uno de los funcionarios de Aduana le dijo que se pusiera a la cola de la ventanilla de Policía para recoger el pasaporte. Carmen iba a expresar una duda respecto al equipaje; pero el funcionario le dijo que no se preocupara, que el mozo que llevaba los baúles y las maletas en la carretilla de mano atendería el trámite.

—Déjele usted las llaves.

Carmen Palacios hurgó en la bolsa. Aparecían todos los minúsculos objetos. Hasta traía la llave de su caja de banco y las llaves de los roperos de casa, pero no las del equipaje. Se sintió desolada. En ese momento hubiera deseado tener en su traje sastre más bolsillos para buscarlas entre todos ellos. No era posible que las hubiera olvidado en el tren. Estaba segura de haberlas tenido en la mano hacía unos instantes, poco después que el señor Dulac se retirara a su departamento. ¿Y dónde estaba el señor Dulac? ¿Por qué no venía, tal como le había ofrecido? ¿Es que él no iba a pasar inspección? Las llaves, las llaves... Y dió unos pasos porque la cola avanzaba. Y ocurrió de un modo inevitable: con la nerviosidad, el espejito de «vanity» cayó al suelo y se estrelló. Mala suerte. Mal agüero de su entrada en Francia. Se agachó, pero en seguida volvió a erguirse al recapacitar en lo ridículo que resultaba coger los pedazos del espejo. Por fin, francamente nerviosa, terriblemente disgustada consigo misma, volcó el contenido de la bolsa sobre el mostrador. Si, aparecieron las llaves, pero también tres monedas de oro; tres monedas de oro que por quién sabe qué estúpida idea se le ocurrió meter en la bolsa. Miró al funcionario de Aduanas. No, no se sonreía. Permanecía impávido, inmovible ante su nerviosidad, ante su torpeza. ¿Sería contrabando pasar tres monedas de oro? Dió las llaves al funcionario. «No», rechazó éste. E indicó con un movimiento de cabeza al

mozo de equipajes. Carmen las dió al mozo. Metió precipitadamente todas las menedencias dentro de la bolsa. Al recoger las monedas de oro sintió que le quemaban en las yemas de los dedos. Por unos instantes temió que el funcionario le apresara la mano y le dijera como a un vulgar ratero: «No, el oro no.» Mas cuando sintió el chasquido del cierre de la bolsa sintióse aliviada. Consideró oportuno sonreír, con el encanto que ella lo hacía, al funcionario. Pero éste absorbió la sonrisa con la mayor indiferencia, con una indiferencia que parecía decirle: «Se ha equivocado usted, «madame». A mí no se me soborna con sonrisas.»

Se fué a la cola de la ventanilla de Policía. (¿Por qué tardaba tanto el señor Dulac?) Creyó ser observada con una curiosidad especial por todos los viajeros, y le pareció que todos tenían en los labios una sonrisa irónica. No podía menos de echar un vistazo al mozo que avanzaba hacia donde estaban los aduaneros. Miró también al funcionario y se sintió mortificada al ver que él también la miraba, pero no por azar, sino con esa intención humillante de no quitarle ojo. Y siempre que disimuladamente le miraba se encontraba con la vista de él, penetrante, inquisitiva. (¿Por qué tardaba tanto el señor Dulac?) Avanzó unos pasos más. Pudo observar que el trámite de policía no era tan complicado. Se daba el nombre, y el empleado devolvía el pasaporte. Y en ese momento vió al mozo poner su equipaje sobre el mostrador. El agente iba a marcarlos con tiza sin pedir que se abrieran. Se sintió feliz. Pero en ese instante, el funcionario, que no le perdía ojo, ordenó al agente que abriera el equipaje. El mozo le dió las llaves...

—¿Su nombre?

Le había tocado el turno. Dejó de mirar hacia el mostrador.

—Carmen Palacios Rúa...

El de la ventanilla abrió el pasaporte. La miró a ella y miró el retrato. ¿Por qué no se lo devolvía como a los demás? El empleado estuvo leyendo, casi deletreando los datos de la filiación, el motivo de viaje.

—¿Turismo?—preguntó con un tono que a Carmen le se antojó de ofensiva incredulidad.

—«Oui, monsieur»...—le contestó con voz temblorosa.

Sí, turismo. ¿No era eso lo que decía el pasaporte? ¿Por qué ese tonillo capcioso? Turismo. Que otra cosa, si no, iba ella a hacer en Francia? Sin embargo, se creyó obligada a asegurárselo, en obvio de mayores dudas:

—Sí, hace ocho años ya que no he venido a París...

El empleado se quedó como si tal cosa. Volvió a mirarla; pero ahora con intención, con la misma intención del funcionario aduanero. Esa intención que no dice nada, pero que resulta humillante... Sintió que todos los que estaban detrás de ella la miraban inquisitivamente. Pero al empleado de la ventanilla parecía no importarle nada que ella hubiese estado en París o no hacía ocho años. Y seguía mirando y remirando en el pasaporte cada una de las anotaciones, la visa del Consulado de Francia en Madrid... Ella, Carmen Palacios, podía decirle hasta en el hotel en que se había hospedado con su marido, en el «Louvre», muy cerca de la Comedia Francesa. Desde el balcón del cuarto que habían ocupado se veía la Opera... Podía decirle más: las restricciones sin cuento que había en París, las molestias que sufrían los turistas... Se sintió sofocar. Miró hacia el mostrador y la escena hizo brotar a los ojos una humedad de lágrima: toda la ropa estaba a la vista del público, y en un montón sus abrigos y sus chaquetones, sus estolas de pieles.

—Perfecto, «madame»...

Cogió el pasaporte y se volvió tan bruscamente que tropezó con un mozo de equipaje.

—¡Perdón, «madame»!

—Perdón, «monsieur»...

Corrió hacia el mostrador. El funcionario la acogió con la misma sonrisa glacial. Ya más decidida, pasado el primer sofoco del pasaporte, preguntó:

—¿Alguna novedad?

Y el funcionario dijo secamente:

—Esto no es un equipo personal, «madame». Esto es una importación masiva. Se registrará minu-

ciosamente el equipaje. Y tendrá usted que declarar todo el oro y divisas que traiga...

—¡Pero perderé el tren!

—No se preocupe. Si pierde éste, en la tarde tiene usted otro...

Carmen Palacios sintió que le temblaban las piernas, no de miedo ni de indignación. De vergüenza. Todos los demás viajeros la miraban. Y todos tenían para ella una sonrisa malévola.

Miró al mozo de equipaje, y éste fué el único que parecía solidarizarse con su situación: movió dubitativamente la cabeza, hizo un movimiento de hombros y permaneció callado.

IV

Mientras tanto, Marcel Dulac y Jules Buron tomaban unos tragos en el bar. Dulac, comprendiendo que no tenía escape, decidió soportar a su viejo conocido. Charlaban viéndose por el espejo de la estantería. Poco tenían que hablar. En realidad, sólo esperaban que llegara Carmen Palacios.

—¡Quién lo iba a pensar al cabo de seis años!—comentó Dulac, llevándose la copa a los labios.

El otro no contestó. Dió también un sorbo y se concretó a reír de modo pectoral que lo hacía. Después, mirando fijamente a Dulac en el espejo, comentó:

—El mundo es muy chico, Dulac. Y con esto de los aviones...

—Sí—dijo Marcel—. Demasiado chico. Por eso desde hace algún tiempo utilizo el tren en mis viajes. No me gusta nada el mundo pequeño. Pierde encanto. Se encuentra uno con caras conocidas, molestas en todas partes, amigo Buron.

—La última vez que nos vimos...

—Fué en el aeropuerto de Marsella... ¿Se acuerda? A mí no se me ha olvidado la corbata que usted llevaba. Me molestan las corbatas de lunares, Buron. Y usted en esa ocasión llevaba una corbata de lunares... ¿Sabe? El primer regalo que recibí de manos de una mujer fué una corbata de lunares. Eran lunares blancos—me acuerdo bien—sobre un fondo marrón. Se llamaba Renée... ¿Acaso no tuvo ocasión de conocerla? Era una mujer ambiciosa, se casó con aquel Claude Mollet de tantas historias...

—Sí, conocí a Mollet. Pero ya en la decadencia. No recuerdo que entonces estuviese casado...

—Creo que Renée tuvo facilidad, cuando la ocupación para pasar a Inglaterra y de ahí saltar a los Estados Unidos. Era una mujer calculadora, fría, para quien los hombres no eran más que factores positivos o negativos en sus especulaciones. No me extrañaría nada saberla millonaria o en el fondo del Hudson, con una piedra atada al cuello.

—¿Y qué fué de aquel socio de usted, Dulac... aquel picado de viruelas que le daba por el gran mundo... que sólo fumaba egipcios...?

—Probablemente usted se referirá a Peter Sullivan—dijo Marcel.

—Ese mismo. ¡Sullivan!

—Entró en un vértigo financiero terrible... Contrajo una psicosis y mató al director de un Banco. Creo que aún está recluido en una clínica de Inglaterra.

Buron rió de nuevo. Marcel Dulac pensó con especial complacencia en su cuenta corriente de dólares que tenía en un Banco de Zurich... Pensó también en Mallorca, que no conocía, pero que suponía sin carreteras. Pensar en las carreteras era pensar en las carreras vertiginosas, en el olor de caucho recalentado, en los coches que dejan la huella de la rodada en las curvas que se toman sin meter el pedal del freno, sin quitar el pie del acelerador... E instintivamente metió la mano en el bolsillo para palpar las cinco llaves de los cinco largos, estirados, lustrosos automóviles.

Vió por el espejo entrar a Carmen Palacios. Volvió el rostro para sonreírle, con una sonrisa que era al mismo tiempo acogimiento y disculpa por no haberse hecho presente en la inspección de Aduanas.

Carmen se sentó a su lado.

—¿Sin problema?

—Por fortuna todo ha resultado bien... ¡«Gar-

gón», un Martini!

Los aduaneros franceses se habían puesto un tanto remilgosos con las siete pieles de distinta clase y corte que llevaba, Carmen Palacios en su equipaje. Pero todo quedó reducido a un simple

sofocón. El jefe de la Aduana decidió que no había fraude en el hecho de que una mujer tan elegante como «madame» llevara siete pieles en su equipaje. Por otra parte, las tarifas fiscales no establecían ningún arancel sobre las narices respingadas.

Marcel Dulac veía a Carmen por medio del espejo de la estantería. Le pareció que ahora, en ese instante, Carmen Palacios era cosa más suya, más entrañablemente suya, y al mismo tiempo más ajena. No podía explicarse con palabras el fenómeno, pero lo sentía en la intimidad de su pensamiento. El hubiera preferido que la española hubiese tenido alguna dificultad en la Aduana. Y hasta la sospecha de que en su equipaje se guardara algo clandestino (¿Oro? ¿Divisas? ¿Droga?) le habría sido grato confirmarla. Pero una mujer así, con el rostro de Carmen Palacios, con su distinción, su elegancia, no podía ser contrabandista, y si lo era no habría agente capaz de descubrirlo. No tenía más que sonreír para que le dieran el visto bueno.

—Seguramente ni abrieron el equipaje—dijo Dulac.

—No, no lo abrieron—contestó Carmen—. Lo volcaron. Todo salió a relucir ante los ojos de los demás. ¡Qué vergüenza! Mis dos docenas de medias anduvieron danzando de mano en mano. ¡Y eso que los reglamentos vigentes autorizan hasta tres docenas!

Ahora Dulac se la quedó mirando de lado. Con los colores naturales que le habían salido a las mejillas le encantaba una expresión más juvenil. Era difícil admitir que aquella mujer traficara como una vulgar delincuente. ¡Qué hermosa, qué encantadora era! Decididamente se reconoció enamorado de la española como nunca lo había estado antes de ninguna otra mujer.

Y de pronto sintió que un sentimiento de melancolía le subía del mismo lugar que antes había ocupado la bola de caucho; un sentimiento triste que no le permitió ver ya con toda claridad a Carmen Palacios, quizá porque los ojos se le habían velado con una opacidad acuosa.

—Y usted, Marcel, ¿sin dificultad?—preguntó Carmen.

—Sin dificultad. Salvo mi amigo, que ha venido de París para anticiparme una mala noticia. Y el caso es que debemos esperar aquí a mi socio Attolini, de Turin, que llega hoy, a las cuatro.

—¿Entonces...? ¡Oh, lo siento! Me había hecho la idea de que iríamos juntos hasta París.

—También yo lo siento. Tendrá noticias mías muy pronto. Pero, perdóneme. No les había presentado: Monsieur Buron... La señora Palacios.

Carmen y Jules se miraron por el espejo y cambiaron una sonrisa. Después ella abrió la bolsa y extrajo una tarjeta, que dió a Marcel. Este, sin dejar de mirarla a través del espejo, dijo:

—Su dirección de Madrid... ¿Y en París?

—Hotel del Louvre...

—Yo probablemente me hospede en el Ritz—dijo Dulac. Y en seguida comentó: Madrid... Ha de ser muy hermoso pasar una primavera en Madrid, pasearse por el Retiro... ¿Qué le parece si hacemos una cita?

—Yo regresaré a mediados de abril. ¡Qué lástima que tenga usted que quedarse! Si está en Madrid para esa fecha no deje de visitarme. Pero, sinceramente, me gustaría mucho verle en París... Me habría agrado que usted fuese mi acompañante...

—En París estaré de paso... En los dos primeros meses creo que no tendré respiro...

No siguió. Se le habían vuelto a humedecer los ojos. Pensaba en el Retiro, en las parejas de enamorados, en los niños que juegan bajo la vigilancia de sus ayas... Pensó en el Pincio, con las parejas de ancianos que van a tomar el sol sobre los terrazas de la Piazza del Pópulo... Pensó en el Buttes Chaumont, con aquel puente colgante sobre el estanque, donde se paseaban los cisnes... Pensó en Londres y en Nueva York, en Méjico y en Río, y en todos los parques que conocía. En todos ellos había visto parejas, parejas de enamorados, parejas de matrimonios o de amantes, parejas de gente que se quería. Y se le antojaba recordar que en los ojos de las mujeres brillaba una luz amorosa y buena, como brillaba en los negros, aterciopelados ojos de Carmen Palacios. Una luz buena que no era aquel brillo movedizo de los ojos de Renée, la calculadora, tan fría y hermé-

tica, tan ambiciosa e inflexible en sus móviles. Y se dijo que alguna vez en su vida él tendría que tener su parque, su paseo por el parque al lado de una mujer y sabiendo que esa mujer le amaba, sabiendo que esa mujer era suya. Una mujer con la que discutiera sobre el color ocre de las hojas o el verde amarillo de las arbustos. Una mujer que le dijera esas maravillosas simplezas del trébol de cuatro hojas y del mirlo blanco. Una mujer que cuando se miraran en las aguas grises de los estanques—fueran del Retiro madrileño, del Pincio romano, del Chapultepec mejicano, del Butes Chaumont parisiense—le oprimiera con su mano, atenazándole el brazo con sus largos y cónicos dedos. Y esa mujer tenía que ser Carmen Palacios.

Pensó que todo su existencia había sido un hueco sin objeto donde llegaban a refugiarse por azar, por las circunstancias del momento, las más extrañas y a veces contradictorias emociones. Que él, toda su persona, en cuerpo y alma, había sido un receptáculo sin contenido solitario con él mismo; una vasija, un recipiente donde tuvieron lugar los más insípidos o amargos traslucos. Ninguna mujer en su vida se había asomado al interior de ese receptáculo, pues las que lo habían hecho no fueron capaces de fingir un minuto de embeleso, un minuto de ternura. Se habían asomado a él en la precipitación del tránsito, en la trivialidad de unas horas perdidas. Y siempre tras el dinero.

Es posible que él no hubiese hecho nada por merecer esa reciprocidad sentimental que ahora anhelaba. Probablemente él había sido duro, y en la carrera desenfundada, sin escrúpulo y sin ley, tras el dinero no fueron pocas las víctimas. Pero si así fuera, ahora, tras el hallazgo de Carmen Palacios, sentirse arrepentido y presto a expiar su pecado si al final de la penitencia le esperaba Carmen Palacios, que ya parecía irsele de las manos.

La voz de los magnavoces del andén exhortó a los pasajeros del expresa Madrid-París a que volvieran al tren. Carmen Palacios terminó la copa de un sorbo.

—Me voy... Siento mucho que se quede. Y créame que ha sido muy grato para mí conocerle, Marcel... Si no nos vemos en París no deje de escribirme. ¿De acuerdo?

—«D'Accord»—dijo Marcel oprimiéndole la mano. No sintió vergüenza. No le importaba nada que





Carmen Palacios le viera los ojos húmedos. También en los suyos había como dos lágrimas pronto a escaparse. Permanecieron un momento con las manos apretadas, sintiéndose los pulsos. Después Marcel besó la mano y se la llevó a la mejilla. Y así, sintiendo la caricia del cutis de la mano de Carmen, estuvo unos instantes. Pero al fin ella se soltó y visiblemente emocionada, más sonriente, casi feliz, salió del bar. Todavía en la puerta se volvió para decir:

—Estaré impaciente por recibir su primera carta... «Au revoir, Marcel! Au revoir, monsieur Buron!»

Marcel Dulac se puso en pie y casi arrastró con él a su amigo.

—Usted no comprende, Buron. Le falta sensibilidad para ello.

Jules Buron no se separó de su lado. Y con él se acercó a la puerta. Carmen Palacios corría por el andén con aquella elegancia tan suya y aquella elasticidad de antlope que le había descubierto en la estación del Norte.

—¿Acaso usted ha estado enamorado alguna vez, amigo Buron? No, no tiene necesidad de decirme. Usted no sabe lo que es el amor... La corbata de lunares. ¡Otra René! No, amigo. En el mundo hay otra clase de mujeres... Como esa, véala... Son como un anticipo del cielo en este infecto mundo tan maloliente a caucho, a frenadas de rueda de automóvil... ¡Qué asco! Pero vea usted eso, véalo, que en cosa igual jamás volverán a recrearse sus cochinos ojos... ¡Quítese las legañas, Buron!

En ese momento Carmen Palacios alcanzaba el estribo y en el movimiento de subir dejaba al des-

cubierto una parte de las piernas mayor de la que dejaba de ordinario la falda del «tailleur».

Aun la vieron pasar por detrás de las ventanillas. A un impulso de Marcel Dulac los dos hombres salieron al andén y comenzaron a caminar lentamente hacia el tren, hacia el vagón que ocupaba Carmen Palacios.

—¿Hace mucho tiempo que la conoce?—preguntó Jules Buron.

—Mucho...

—Entonces... una larga temporada en Madrid comentó Buron con un dejo de sorna.

—Sí, muy larga—contestó Dulac sin dejar de mirar hacia el vagón.

—No le conocía a usted en el terreno sentimental... ¿Acaso la sedujo con alguno de los automóviles?

Marcel Dulac empujó con el brazo a Buron, a la vez que le tuteaba:

—¡Cállate, asno! No rebuznes...

El otro se concretó a reír con su risa en lonchas.

Siguieron andando, andando. Sonó la sirena. El convoy se puso en movimiento.

—No intentaré que vayamos a pie hasta Bayona... Le advierto que tengo un callo en la planta del pie derecho. ¿No ve cómo cojeo?

—Sí, la corbata de lunares...

Y de pronto Dulac comenzó a acelerar el paso. De la ventanilla que ocupaba Carmen se asomó una mano. Su mano que se agitaba en despedida.

Marcel se sintió «paraliticado». «Paraliticado» de las dos manos. «Paraliticado» especialmente de aquella mano que le había extendido a Carmen Palacios en la mesa del vagón-restaurante para que le tomara el pulso en la muñeca en que confluían los cordones venosos. De aquella mano tan libre de signos externos que indicasen compromiso, subordinación, yugo...

Marcel comenzó a correr arastrando consigo a Jules Buron. Hacía frío. Un frío que por primera vez Marcel Dulac sintió en el corazón. Un frío —no sabía si del viento que venía de los Pirineos o del mar—que le arrancó dos lágrimas de los ojos.

Carmen Palacios seguía agitando la mano, cada vez más pequeña, cada vez distanciándose más velozmente de los ojos de Dulac. Pero Marcel, a través de la acuosidad de sus retinas, creyó ver que Carmen se llevaba los dedos a los labios para enviarle uno, dos, tres besos.

Sí, debieron de ser besos. Besos románticos, apasionados, sinceros como de tarjeta postal para enamorados. Debieron de ser besos porque Jules Buron envidioso de aquella espontánea adhesión amorosa, contestó levantando la mano, su mano derecha que estaba unida, pegada por un yugo de acero, por un grillete a la mano izquierda de Marcel Dulac. Y aun vociferó:

—¡Mira, mira quién es tu amor! ¡¡Un ladrón!! ¡¡Un vulgar ladrón!!

Y rompiendo a reír desaforadamente sostenía en alto la mano agitándola bien para que Carmen viese la mano caída, desvincijada de Marcel Dulac pegada como un guiñapo al yugo de acero.

Dulac, rojo de vergüenza y de indignación, estalló:

—¡Eres un puerco! ¡Lo has ensuciado todo!

Por toda respuesta Buron bajó bruscamente el brazo en un tirón tan violento que hizo que el grillete mordiera en la muñeca de Marcel Dulac.

Dieron la vuelta en redondo. Todavía Dulac oyó una vez más el silbido de la locomotora. Y en sus ojos aun permanecía la imagen de una mano ribeteada de luz que se agitaba en un saludo.

Comenzaron a caminar hacia el bar. Buron dijo:

—He cumplido mi palabra. Ahora dime cuántos automóviles quedan en tu poder de los cuarenta y dos que has robado en estos últimos seis años.

Y como Dulac no contestara, el policía comentó:

—Era difícil suponer que tú, precisamente tú, utilizaras sólo el tren en tus viajes de «negocios». Pero la Interpol...

Y rió con su risa pectoral de aguafiestas.

F I N

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

Todos escriben con punta **Bic**

Cabernet

porque realmente es el elemento más práctico para escribir, utilizado hasta ahora. Por su larga duración asegurada, sin alteraciones de escritura, sin escapes ni averías, es el menos caro de todos los instrumentos para escribir.

HAY PUNTAS
Bic
a partir de
6 pesetas



<i>Caja N°</i>		
251	<i>New York</i>	123 kg x
252	<i>Baltimore</i>	220 kg x
253	<i>Newport</i>	155 kg x

PUNTA
Bic

FABRICA: LAFOREST, S. L. - MAESTRO FALLA, 19 - BARCELONA



IGNACIO ALDECOA ha nacido para vivir la vida y para escribirla

Su novela «El fulgor y la sangre» quedó finalista en el último «Planeta»

UN HOMBRE DE MULTIPLE HUMANIDAD

IGNACIO Aldecoa da la impresión de que ya lo hemos visto en París alguna vez. Nunca ha estado uno en París, pero las primeras impresiones, que suelen tener mucho de absurdas, ayudan, por otra parte, a trazar con mayor vigor las figuras y las cosas.

El novelista es de mediana estatura. Tiene como un signo de aristocracia antigua. Es pálido, como si le hubiese dado mucho la luna. No es rotundo ni en sus gestos ni en sus palabras.

Vive a la orilla del Manzanares. (A la otra orilla, Pedro de Lorenzo.) Los periodistas—tres, eran tres.—nos introducimos en el corazón de la casa. Una sala amplia, con un balcón abierto al río. Junto al balcón, una mesa llena de libros y una máquina de escribir con un folio metido. Por la pared hay estrellas de mar y pequeños cuadros. Lo más curioso de todo es el mobiliario. Ninguna silla es igual. En uno de los ángulos hay un escaño muy bonito, que no deja de ser incómodo. Todo es diverso, heterogéneo, pero guardando una rara armonía. Esta sala de Aldecoa da la sensación de cueva sacra provisional. Uno recuerda a Balzac, a Wágner...

Junto a Ignacio, su mujer, Josefina (ella también es una escritora. Finalista en el «Elisenda de Montcada»).

Queda la rueda dispuesta Mary Carmen Ruiz Villalobos, Antonio Alvarez Barrios y Carlos Luis Alvarez, periodistas.

PRIMEROS TIEMPOS; PRIMERAS PALABRAS

Aldecoa tiene ahora veintinueve años. Nació para vivir la vida y para escribirla. Nació en Vitoria. Las primeras lecciones las recibió de su abuela, que era una narradora genial. Cuando empezaba a fallarle la lógica inventaba mentiras fabulosas para apoyar sus asertos. Probablemente proceda de su abuela la auténtica condición de cuentista que Aldecoa posee. De cuentista que escribe cuentos, naturalmente.

A los once años escribió una novela de aventuras en la mar. Comenzaba: «¡Terciad la vela del trinquete! ¡Cortad la del baurrés!»...

Pocos años después, en una memorable explosión vocacional, intenta editar los cubos y los cuadros de los cien primeros números para venderlos a los amigos.

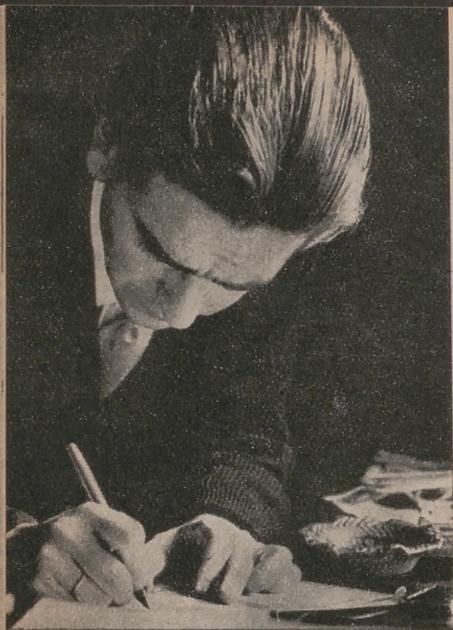


Ignacio Aldecoa, que tiene ahora veintinueve años, es ya un escritor destacado

(Aldecoa se siente feliz recordando aquellas grandes emociones)

A continuación nos habla de su genealogía. Tiene verdadera preocupación por dejarlo todo bien sentado. (Balzac...)

Su genealogía está hecha con pastores y contrabandistas. Lo más ilustre que posee hacia atrás es su abuelo, el famoso moro de Ascarza. Su hermano era un contrabandista de mucho arranque. El mayor «importador» de mulas francesas para el Ejército español. Una vez le birlaron



«El pensamiento ahonda en la perspectiva, se fuga por el agujero que el hombre le ofrece», escribe Aldecoa

la novia y respondió salando los campos de su rival.

Aldecoa cuenta muy bien. Sigue:

—Cuando mi abuela envió una venta por donde pasaban todas las gentes. Pastores, gitanos, personas de buen y de mal vivir...

Es necesario interrumpirle.

—Aldecoa, lo sentimos. Hemos de hablar de su novela de «El fulgor y la sangre». ¿Cuál es su motivo?

—La angustia, tal vez. La angustiosa espera.

«La espera está hecha de una vaga sensación de desamparo. Estas palabras expresan de una vez lo fundamental de «El fulgor y la sangre». Para Ignacio es como una obsesión. Un libro de cuentos próximo a salir lleva como título «Espera de tercera clase».

LA SOLEDAD

En su novela quiso pintar también la soledad. Ante una objeción responde:

—La soledad en compañía, que es la peor de todas.

—Es indudable que el estilo le preocupa. Tal preocupación, ¿puede disminuir la intensidad del novelista y de la obra?

Aldecoa no lo cree así. El idioma gana eficacia con el estilo. Balzac es estilista. Los grandes narradores rusos, tal vez los mayores del mundo, son estilistas. Ahora bien, hay que distinguir entre estilo y retórica. La retórica es funesta para el novelista. No se puede decir de un hombre que labra la tierra que está entregado a la noble labor de la tierra. Eso es retórica.

—¿En qué acierta plenamente?

La pregunta sobra. Todos lo sabemos. Sería un error fingir la fórmula del diálogo. Aldecoa acierta totalmente en el paisaje, en el ambiente. El calor, la pesadez de las tormentas, la asfixia del polvo, el martirio del sol es de una fuerza en su novela que el lector siente, casi en su carne, lo que el narrador dice.

«La bandada de grajos, negros

y tormentosos, si levantaban el vuelo era como un velocísimo tic de un párpado de alcohólico... Instintivamente apretaba con fuerza el fusil y discurría sobre sus manos, grandes y morenas, marcadas de una raya de sangre seca en un arañazo producido por un espino.»

No puede haber mayor claridad en el matiz.

—La condición de cuentista, ¿ha influido en esta obra?

(Sí. Ha influido. No lo puede negar.)

—¿Cuál es la diferencia esencial entre la novela y el cuento?

—Una de ellas, el «tempo».

En la novela existen diversidad de tiempos. Se desparraman y confluyen de nuevo. Aldecoa insiste:

—No me refiero al «tempo» en sentido rectilíneo, con la sencillez de lo biográfico. Quiero decir el «tempo»..., el «tempo» de orquesta.

(Wagner...)

—Entre las dos formas de hacer novela: una, la que expresó Wilde con su «mostrar el arte ocultando al artista», y otra, la de Huxley, con su «el autor debe salir al primer plano», ¿con cuál se queda?

Aldecoa se explica. El novelista debe ser objetivo. No ha de tomar partido por nada. Sin duda prefiere la primera forma.

—Sin embargo el autor está en «El fulgor y la sangre».

Ignacio se extraña un poco.

—Será que es mi primera novela larga...

«El pensamiento ahonda en la perspectiva, se fuga por el agujero que el hombre le ofrece, de duda y de inquietud. La locura está adormecida de paredes adentro»

Esto lo dice Aldecoa. Uno de los grandes novelistas.

TRILOGIA: LOS GUARDIAS CIVILES, LOS GITANOS Y LOS TOREROS

Hablamos de los antecedentes y de los consiguientes de la novela. Las figuras de esta obra son los guardias civiles y sus mujeres. (No los protagonistas. La protagonista es la angustiosa espera de algo tremendo...) Los guardias, sus fusiles, sus tricorinos, su aventura con la muer-

te. «El fulgor de la sangre» es la primera novela de una trilogía. La que venga después, cuyo arranque se sitúa a las cero horas, cero minutos, de un crimen que se comete en la primera, será la vida de los gitanos. Su título será «Con el viento solano».

(De la Biblia. Ignacio lee el diccionario y la Biblia «Os barri como viento solano, agosté la simiente»...)

La tercera será de toreros.

—Estos temas, ¿son folklóricos?

—Pues, sí. Sí lo son. Pero de un noble folklore. No de lo que el folklore tiene de rancio.

—¿Es necesario que la obra de un escritor se encuadre dentro de un sistema?

—Desde luego. Siempre hay que tender a hacer algo como «La comedia humana».

—¿Cómo llamaría a su sistema?

—No lo sé. Algo parecido a «La tragedia humana».

(El Dante, Balzac e Ignacio Aldecoa.)

Aldecoa hace sus novelas trazando de antemano un esquema rápido de cinco o seis folios. Dentro de este croquis la intuición y las nuevas y continuas sugerencias actúan por su cuenta. Los novelistas más simpáticos son los americanos. Ellos sí que han superado la etapa de la objetividad. Como saben dibujar muy bien, pueden tomarse el lujo de desdibujar. Nosotros aun no hemos llegado.

—Rápido; díganos su lema.

El lema de Aldecoa podría ser muy bien la frase de Feuchtwanger: «Tengo miedo a la muerte».

(Todo justificado: la espera, la asfixia del paisaje y de los hombres. Todo lo que Aldecoa describe con esa alucinante genialidad.)

«Les parecía que las palabras para explicarse sus vidas no eran necesarias. Compartían la casa, la comida y el lecho, en silencio. Vivían y amaban en silencio...»

El silencio. Este es el vehículo que Aldecoa utiliza para hacer correr la angustia y la esperanza.

MÁS SOBRE ALDECOA Y SUS ALREDEDORES

Los tres periodistas disparamos las preguntas con toda rapidez.



El matrimonio Aldecoa con los autores de esta entrevista

Se insiste sobre temas ya hablad-
 dos, se ruegan, siempre a boca-
 jero, aclaraciones de todo.

«Con el viento solano», novela
 de la gitanería, surgirá de experi-
 encias vividas. Durante dos
 años Aldecoa vivió en un barrio
 gitano de Salamanca. Además,
 también hay gitanos en Vitoria.
 Claro que los gitanos de allí tie-
 nen menos personalidad. Entre
 otras cosas, por su hablar, que es
 vasco.

—Y, en general, ¿cuál es su ex-
 periencia de la vida?
 Su experiencia es bastante con-
 siderable. Ha hecho todo lo que
 hay que hacer.

—He toreado, he navegado, he
 montado en bicicleta...

Es necesario reírse. Aldecoa lo
 ha dicho muy graciosamente.

Volvemos a la novela. Alguien
 pregunta de súbito:

—Oiga, Aldecoa, ¿le han asesinado
 alguna vez?

Y Aldecoa, sin inmutarse:

—Sí. Una vez, que yo recuerde.
 Fue Camilo José Cela, en un ca-
 fé. Me asesinó con una cuchari-
 lla.

Las preguntas continúan, un
 poco sin orden ni concierto.

—¿A qué se debe el título de
 «El fulgor y la sangre»?

—La interpretación no es di-
 ficil. El sol, siempre el sol, y un
 muerto.

Después hablamos de títulos de
 novelas. De los que saben titular
 y de los que no saben. Baroja y
 Blasco Ibañez poseen grandes tí-
 tulos: «La busca», «La mala hier-
 ba», «Cañas y barro»...

(Un bebé llora en algún sitio.
 Josefina se levanta. A los pocos
 instantes ya no llora nadie. Vuel-
 ve Josefina.)

Seguimos hablando. La novela
 de Aldecoa se desenvuelve en siete
 horas. También esto es fulgu-
 rante. La segunda tratará de re-
 flejar los siete días de la vida de
 un asesino. Del asesino de la pri-
 mera novela. De la tercera aún
 no se sabe nada.

(Respecto a la segunda, no se
 por qué nos parece que la argus-
 tía y sus derivados continuarán
 presidiendo la anécdota y el fon-
 do.)

Mary Carmen pregunta:

—¿Ha hecho versos alguna vez?

—Sí. Pero, nada...

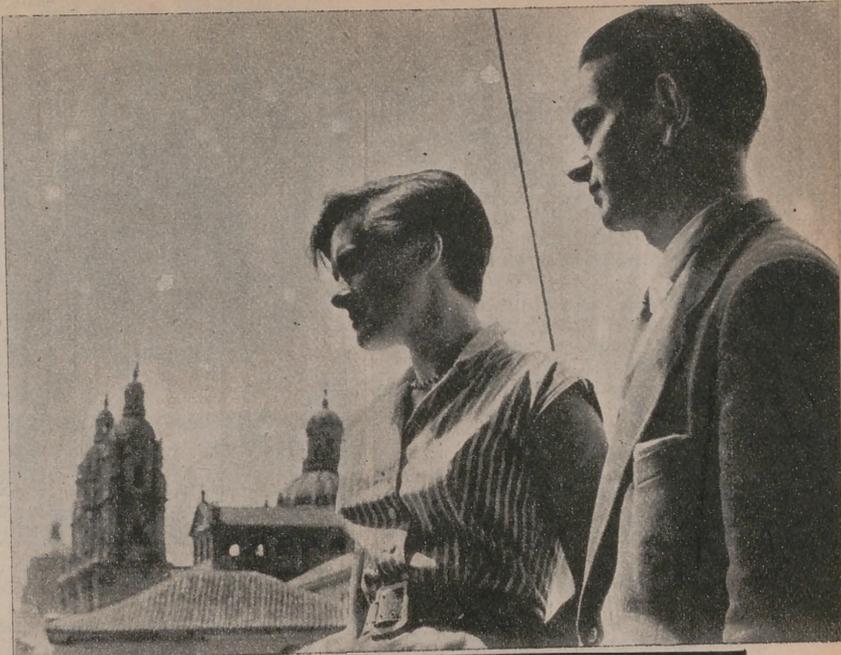
Aldecoa nos regala a cada uno
 un librito verde, de maravillosos
 detalles humanos, al margen de
 su contenido impreso. Es el «Li-
 bro de las algas». Son los marli-
 neros, los pescadores, las lanchas
 entre la niebla, esos puertos lle-
 nos de melancolía a los que lle-
 gamos por vez primera... ¡Qué
 bonito y qué tierno es todo esto!

(Hace un rato que suena la
 radio. Lo que pasa es que el bebé
 de Aldecoa siente una predilec-
 ción especial por la música, y así
 no llora.)

—Escribir en España, «¿es llo-
 rar?»

—Llorar exactamente, no lo sé.
 Pero es muy difícil. El escritor en
 España ha de dar siempre el «do»
 de pecho. Se le exige continua-
 mente la máxima altura. En otros
 países se le permite cierta grada-
 ción, alguna opacidad. En una
 palabra, se comprenden sus des-
 censos. No siempre se puede ser
 «divo».

—¿Cuáles son las causas?



Josefina e Ignacio contemplan Salamanca desde una ventana

—Esa cuestión de la idiosincra-
 sia. El espíritu racial. Es como en
 los toros. Hay que darlo todo
 siempre, siempre.

(Aldecoa fuma bastante y bebe
 vermuth con ginebra. Habla son-
 riendo. Entre frase y frase va
 abriendo huecos como para de-
 jar espacio a la réplica.)

—¿Tiene imaginación?

—Creo que sí.

—¿Cuál ha de ser el funda-
 mento del arte?

—La exageración

—La imaginación de los nórdi-
 cos, ¿es superior a la nuestra?

—Parece aceptado que, efecti-
 vamente, es así. Sin embargo, yo
 creo que no. La mitología mediter-
 ránea es la prueba más bril-
 lante que puede darse de imagi-
 nación.

OTRA VEZ «EL FULGOR Y LA SANGRE»

La última parte de nuestra con-
 versación, que acabamos de des-
 cribir, ha sido endiabladamente
 rápida. Eramos como ametralla-
 doras, o cosa así. Concedemos un
 respiro. Josefina sonríe. Fuma,
 pero muy poco, y bebe vermuth
 con seltz. Es elegante y licenciada
 en Filosofía y Letras.

Volvemos a la novela. Se insis-
 te sobre el mejor rasgo del libro:
 el paisaje, las sensaciones que
 llegan al lector exactas, con una
 veracidad francamente admira-
 ble.

Josefina dice:

—Si me permiten opinar, creo
 que hay un principio...

Es éste.

«De vez en cuando escupía. El
 escupitajo en el polvo acusaba
 un movimiento de oruga. El pie
 del hombre nada perdonaba: ex-
 tendía aquella breve humedad,
 ensombrecía la tierra, amenaza-
 ba el cardo pequeño de inútiles
 defensas. El pie recuperaba su
 posición de ordenanza. Entonces
 el hombre levantaba la vista».



El escritor en la intimidad
 de su cuarto de trabajo

Según lo que nos dijo y según
 lo que de nuestra observación
 entresacamos del hombre y del
 novelista Ignacio Aldecoa, su ca-
 mino es el del matiz. El del rasgo
 diminuto y mínimo, pero de
 una plasticidad sorprendente.

Sigue la rueda de preguntas:

—¿Novelista intuitivo?

—Sí, ya que estoy comenzando.
 En España hay un noventa por
 ciento de novelistas intuitivos.

—Pero, ¿y los estudiosos? ¿Y
 los que realmente preparan su
 obra?

—No hay muchos.

—Los estudiosos, ¿tienen entra-
 da en el ambiente del público?

—No creo que en España fuera

un gran éxito editorial «La montaña mágica».

Aldecoa ya ha contestado. Luego charlamos muy delicadamente acerca de los premios literarios. «El fulgor y la sangre», como es sabido, finalista del último premio Planeta. Todo se diluye en una vaguedad cortés.

—Creo—dice—que el sistema de votación Goncourt, con la variante española, es un poco injusto.

(Aldecoa lleva una especie de cazadora muy amplia, que le adelgaza más el rostro. Josefina va de negro.)

—¿Ha estado alguna vez en peligro de muerte, aparte del asesinato de Cela?

—En una ocasión, una vaquilla me arrastró con los cuernos durante mucho rato. Entonces cumplía yo el servicio militar.

Más anécdotas, algún chiste, ésto y lo otro...

Al fin toca la hora de marcharse. Hemos conversado mucho y muy agradablemente.

Nos vamos a ir. Aldecoa es novelista, poeta... Pero, sobre todas las cosas, Aldecoa es humilde. Jamás dijo: «Yo»... Dijo siempre: «Nosotros»... También esto es cuestión de matices.

Es casi ya por la tarde de una mañana de domingo.

—Hasta cualquier día. O, si no, ya nos volveremos a ver en París.

Mary Carmen RUIZ VILLALOBOS, Antonio ALVAREZ BARRIOS y Carlos Luis ALVAREZ



«El matrimonio es una vida al alimón, y nosotros la hemos extendido al viaje. Por eso entre los dos escribimos un libro en el que contamos nuestra primera salida de recién casados», dice Josefina. A la que vemos también con su hija Susana en brazos

ALGUNOS DATOS SOBRE IGNACIO

El peligro está en el cristal con que se mira. El cristal de los ojos de una mujer, cuando mira a su marido, puede deformarlo, y en consecuencia reflejar una imagen de él agrandada o empuñecida.

Ahora que tengo que hablar, que escribir de Ignacio, pienso que es difícil decir cosas concretas que le retraten exactamente. Podría estar hablando mil y un días y al final su retrato seguiría siendo oscuro y cabalístico, absurdo quizá. Podría empezar diciendo:

Ignacio es escritor. Escritor de oficio. De escribir vivimos. Ignacio es escritor desde que tiene uso de razón, seguramente desde antes. Casi me atrevería a decir que lo es fisiológicamente, que la literatura es para él una forma de manifestarse no sólo espiritual, sino también física.

Ignacio no se ha improvisado escritor y se vanagloria de ello. Dentro de los límites arbitrarios de sus lecturas, ha recorrido de la mano de escritores dispares, las distintas etapas de su formación literaria. Ha viajado con Salgari sobre los textos del Colegio. Ha soñado con el París maldito de Baudelaire en séptimo de Bachillerato. Luego, un día, se quedó repentinamente serio entre sus libros. Cuando comprendió que en la aventura de escribir embarcaba equipajes definitivos.

De la adolescencia le quedan a Ignacio raptos e invitaciones a viajes por nombres y geografías diferentes, y un libro, «El libro de las algas», que publicó como despedida a los versos. Un libro muy querido por nosotros, con olor de mar, con nostalgia de costas oscuras y playas luminosas, con canciones marineras que a veces cantamos. De la adolescencia están en casa «La isla del tesoro» y tres estrellas de mar que hace poco tiempo hemos cogido en el Mediterráneo, en una escapada que hicimos juntos a esa adolescencia.

De la juventud que vivimos tenemos nosotros un sentido de la justicia exagerado quizá y un gran temor de la injusticia. Ignacio ha escrito sesenta cuentos amargos, siete novelas cortas y ha empezado esa trilogía que encabeza «El fulgor y la sangre».

El matrimonio es una vida al alimón, y nosotros la hemos extendido al viaje. Por eso entre los dos escribimos el primer libro de una serie que se llamará «El camino al alimón». El libro se titula «Babla, paraíso desconocido», y en él contamos nuestra primera salida, de recién casados, en el verano del 52, al valle de Babla, para nosotros paraíso desconocido.

Cuando Susana aprenda a andar, puede que tengamos que cambiar el título de la serie iniciada para emprender «El camino al tresbolillo». Susana por ahora, ríe y crece, y no muestra interés por los libros. A pesar de eso, Ignacio y yo queremos que algún día aprenda a leer en un libro de cuentos hecho por nosotros dos. Se llamará «Cuentos para Susana». Pero todavía tenemos mucho tiempo para escribirlo.

Y en definitiva, veo que he dicho muy pocas cosas de Ignacio. Debería añadir algunos datos. Por ejemplo: Ignacio sabe cocinar, pescar, nadar. También es capaz de disfrutar con una película del Oeste y creer ciegamente, durante dos horas, que siempre ganan los buenos.

Otros pequeños detalles: come guindillas, bebe vino tinto y tiene buenos amigos, unos escritores, otros trotamundos y muchos artesanos.

Josefina RODRIGUEZ DE ALDECOA

Super Fama



Corte armonioso



Cuello cómodo y elegante.



Medidas garantizadas



Un alarde de riqueza y de buen gusto. Auténtico popelín de algodón egipcio JUMEL.



CAMISAS

Super Fama

... mejor que a medida

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

CONFESIONES DEL ESTAFADOR FELIX KRULL

Por **Thomas MANN**

Thomas Mann

Bekenntnisse
des
Hochstaplers
Felix
Krull

Roman

LA fecundidad literaria de Thomas Mann parece inagotable, y sus ochenta años no le impiden continuar lanzando obras auténticamente maestras al mercado de libros. Tras el éxito del Doctor Fausto, Mann ha publicado dos o tres nuevas novelas de las que él llama cortas, a pesar de su considerable extensión, preparando el camino para la aparición de su última gran novela, *Bekenntnisse des Hochstaplers Félix Krull* (Confesiones del estafador Félix Krull), dada a conocer en el último trimestre del pasado año.

En realidad, el mundo que ahora nos da a conocer Thomas Mann no se puede calificar de completamente nuevo, ya que desde 1911 aparece en catálogos y crónicas literarias el nombre del personaje que da título a la obra en cuestión, es decir, Félix Krull. Durante muchos años Thomas Mann escribió un centenar de páginas de esta obra, esperando la ocasión de completarla y forjar la novela entera. Al fin llegó el momento, y Mann nos da ahora un volumen de 442 páginas, que constituyen una obra maestra de la prosa alemana.

Aparentemente, la obra de Mann es una novela que enraíza con las tradiciones alemanas del «*simplicissimus*» y del «*Til Eulenspiegel*», y, naturalmente, con la novela picaresca por excelencia, que es la nuestra. Se trata esencialmente de contar las aventuras de un auténtico pícaro, que, tras la ruina de su familia, por otra parte nada ejemplar, se dedica a medrar del mejor modo estafando y robando a los hombres y seduciendo a las mujeres.

Claro es que leería muy superficialmente la última novela de Thomas Mann quien sólo viera las aventuras de Félix Krull, pues el autor descubre, unas veces de manera encubierta y otras abiertamente, lo que podría llamarse el pensamiento filosófico de su obra tardía. La clave de la novela hay que encontrarla en la conversación que mantienen en el coche restaurante del expreso Lisboa-

Paris Félix Krull, convertido entonces por una de sus muchas supercherías en marqués de Venosta, con el profesor de Paleontología Kuckuck sobre la vida en general. Allí se presenta el proceso de la existencia como un inmenso anhelo de la nada por llegar a ser y del consumirse de éste en la nada. Esto, que es algo así como la respiración del universo, es quizá la cristalización del pensamiento nihilista de Mann en los últimos tiempos. Para él, lo externo no es más que el fenómeno aparental del acontecer, y por ello lo justo y lo injusto no tienen fronteras concretas y determinadas.

Las confesiones del estafador Félix Krull, a pesar de sus lamentables consecuencias filosóficas, constituyen una indiscutible obra maestra del gran escritor alemán y muestran el inmejorable estado de sus facultades. El volumen en cuestión se presenta como primera parte, aunque no existe la seguridad de que Mann continúe la obra, a pesar de que su tema, que en cierto modo es la vida, se presta a una segunda y tercera parte también.

Resumir una novela de Thomas Mann, teniendo en cuenta la extraordinaria densidad de pensamiento de este autor y las abundantes excelencias de su inimitable prosa, es un trabajo casi imposible. Ya de por sí resulta dificultoso el compendiar una trama novelesca, cualquiera que sea su autor, y por eso en nuestra tarea hemos intentado mostrar algo que pueda participar a nuestros lectores, aunque sea mínimo, el contenido de la novela que tratamos. Todas estas dificultades nos han obligado en algunas ocasiones a una mayor libertad de expresión, aunque conservemos la forma de primera persona, para no quitar interés novelesco a nuestro resumen.

MANN (Thomas): «*Bekenntnisse des Hochstaplers Félix Krull*» (Confesiones del estafador Félix Krull). S. Fischer, Verlag, 1954, Frankfurt del Meno.

PROPOSITO DE UNAS CONFESIONES

EN el más completo ocio y absoluta soledad, sano, aunque cansado, muy cansado, tanto que sólo en pequeñas etapas y con frecuentes interrupciones y descansos puedo continuar mi tarea, cojo la pluma. Pero mientras me propongo transcribir mis confesiones con mi limpia y agradable escritura al paciente papel me entra la duda pasajera de si yo estoy preparado por mi formación y estudios para esta empresa intelectual. Es cierto que todo lo que voy a comunicar aquí es una compilación de mis más inmediatos conocimientos, errores y pasiones y que yo domino perfectamente mi manera de ser, con lo cual no hay duda de que estoy

capacitado para encontrar la adecuada expresión de lo que quiero narrar. Por otra parte, las cosas que trato aquí las comprende mejor, según mi opinión, una natural predisposición y una buena educación que unos regulares y bien terminados estudios. Por lo que respecta a lo primero, no me faltó a mí, ya que procedo de una familia de la buena burguesía. Varios meses estuvimos mi hermana Olimpia y yo bajo la tutela de una señorita de Vevey, la cual, por cierto, originó una cierta rivalidad femenina entre ella y mi madre, naturalmente en lo que se refiere a las relaciones de ambas con mi padre. Tanto se agudizó esto, que la institutriz tuvo que abandonar el campo.

Mi padrino, Schimmelpreester, al cual he seguido yo muy de cerca, era un artista muy apreciado

por diversas razones, y al cual todo el mundo le llamaba «señor profesor», aunque seguramente este hermoso y reverenciado título nunca lo obtuvo de una manera oficial.

Mi padre, un hombre grueso y fofo, poseía muchas gracias personales y daba mucha fuerza a su personalidad una escogida y exacta expresión. Había heredado de su abuela sangre francesa, e incluso estudió una temporada en Francia, por lo cual conocía París, según afirmaba, como los bolsillos de su chaleco. Le gustaba—y ciertamente con perfecta pronunciación—utilizar expresiones en su conversación como *c'est ça, épatant o parfaitement*. Hasta el fin de su vida, fué un favorito de las mujeres.

Por lo que respecta a mi predisposición natural por las buenas formas, pienso demostrarlo a través de toda mi engañosa vida, y creo que en esta presentación escrita de mi persona podrá verse de una manera manifiesta. Además, estoy decidido a escribir y describirme con la más completa libertad, sin temer el reproche de desvergonzado o vanidoso. ¡Qué sentido y valor moral tendrían si no unas confesiones que no fueran escritas desde otro punto de vista que aquel que dicta la verdad!

UNA FAMILIA HONORABLE

Renania es la tierra en que he nacido. Ese paisaje suave y sin tosquedades, donde todo, tanto las condiciones meteorológicas como las del terreno, es amable y sin brusquedades. Comarca rica en pequeñas localidades y ciudades minúsculas, poblada por las gentes más agradables de la tierra.

Mi padre era el propietario de la Sociedad Engelbert Krull, la cual mostraba todos sus productos con la marca Loreley extra Cuvée. Bajo el Rhin, no muy lejos del muelle, estaban sus bodegas, y cuando muchacho no era para mí raro meterme en las frías bóvedas, caminando temeroso entre las pétreas vigas, que formaban altos estantes en los que acomodaban un verdadero ejército de botellas. Allí pensaba yo (aun cuando mis pensamientos, como es natural, no los expresara exactamente con las palabras que lo hago ahora), en aquella cueva, estaba encerrada en una luz crepuscular subterránea algo que aclaraba nuestro interior, anima nuestro corazón y hace despertar al más alto brillo muchos pares de ojos.

Las botellas, atadas con hilo plateado y con roca laca, se decoraban con una etiqueta dibujada por mi padrino Schimmelpreester, en donde, además de varias armas y estrellas, las iniciales del nombre de mi padre en la ya citada marca, podía verse además una figura de mujer vestida con las piernas cruzadas sobre la punta de una roca, que alzaba su brazo con un peine para arreglarse su desmadejado cabello.

No obstante, parece que la categoría del vino no estaba de acuerdo completamente con esta deslumbrante presentación.

—Krull—solía decir Schimmelpreester a mi padre—, respecto a la honorabilidad de su persona no hay duda alguna, pero su champán debía prohibirlo la Policía. Hace ocho días me permití beberme media botella y todavía mi naturaleza no se ha recuperado de este ataque. ¿Qué brebaje mezcla usted en sus bodegas? ¿Es petróleo o peleon lo que le pone? Indudablemente se trata de una mezcla venenosa. ¡Tenga cuidado con la ley!

Cuando le decía estas cosas, mi padre se sentía cohibido, pues era un hombre tímido, que no soportaba las palabras fuertes.

—Habla en broma, Schimmelpreester—le respondía, y entonces, según su costumbre, se acariciaba el estómago con la punta de los dedos y agregaba:—Tengo que fabricar barato para tener ventaja sobre los fabricantes indígenas. Además, yo doy al público lo que quiere. Y, a pesar de todo, la competencia, querido amigo, me acosa.

Así era mi padre.

Nuestra villa pertenecía a esas agradables mansiones señoriales que, situadas en la suave pendiente, dominan la orilla del Rhin. El inclinado jardín estaba lleno de enanos, hongos y muchos animales, todos ellos de piedra. También el interior de mi casa estaba repleto de adornos, que demostraban el deseo de alegría de mi padre.

UNA INFANCIA EXTRAÑA

Esta era mi casa y éste era mi hogar, en el que yo nací un triste día lluvioso del mes de mayo, domingo para más. Mi nacimiento fué, según me he enterado después perfectamente, muy lento y requirió alguna intervención del médico de casa. Posteriormente no he dejado de hacer repetidas re-

flexiones sobre mi terca conducta en el nacimiento, y he emparejado este manifiesto deseo de morir en el seno materno, prefiriéndolo al claro día, con mi extraordinaria inclinación para el sueño que ya desde muy pequeño se me manifestó.

He oído decir muchas veces a los mícs que era un niño de suerte, y, aunque nunca he creído en supersticiones, siempre he puesto en relación este hecho con el de mi nombre, Félix, así como con mi finura corporal y agradabilidad, creyendo que todo esto puede tener una secreta significación.

Siempre fui un niño muy fantástico, que daba mucho que hablar y reír a mi familia. Me gustaba extraordinariamente figurar que era algo distinto de lo que era realmente. Recuerdo, o creo recordar, ya que me lo han contado mucho, que me ponía un vestidito y me empeñaba en decir que era el Emperador. Mi niñez se desarrollaba solitaria, pues mi hermana Olimpia era algunos años mayor que yo. Esto hacía que me entregase a extrañas y sofisticadas ocupaciones. Una de ellas era la de hacer que la voluntad humana se impusiese incluso sobre las fuerzas naturales. Y en mis empeños llegue tan lejos que logré que las pupilas de mis ojos superasen impávidas el impacto de la luz.

Mis soñadores experimentos y especulaciones eran suficiente para que me mantuviera apartado de los otros chicos de mi edad y compañeros de colegio, muchos de ellos hijos de propietarios de otras bodegas o pertenecientes a familias de altos funcionarios. No obstante, pronto me pude dar cuenta, y de una manera clara, pues uno me lo dijo sin rodeos, que sus padres les habían amonestado para que no se reuniesen conmigo. Indudablemente, en este apartamiento tenía no poca influencia la presencia de la institutriz de Vevey en nuestra casa.

BANCARROTA FAMILIAR

Era muy corriente en mi casa que celebrásemos fiestas, a las que invitábamos a muchas gentes de Maguncia y Wiesbaden, con las cuales remedaban su aburrimiento mis padres. A éstas venía una abigarrada sociedad, en la que, junto con muchos fabricantes, artistas de teatro de ambos sexos, venía también un enfermizo teniente de Infantería, que llegó a prometerse con mi hermana. Principalmente cuando el carnaval y la vendimia, la diversión llegaba muy lejos. Se celebraban fuegos artificiales en los jardines, y por la mañana, al ir a la escuela, todavía seguían las diversiones.

En la época en que pareció una realidad el matrimonio de mi hermana Olimpia, que más tarde actuaría, no sin cierto éxito, en las filas de una compañía de operetas, lo que más me llamaba la atención era el cambio de nombre que experimentaría ésta con el matrimonio. En efecto, de llamarse Olimpia Krull tomaría ahora el de Olimpia Ubel, que en alemán quiere decir «Mal».

La bancarrota de mi casa se hizo tan completa, que mi padre cayó en la red de los acreedores. Todo parecía golpearle, aunque aparentemente no diese la impresión de un hombre derrotado. En sus rasgos había una cierta satisfacción, como si se diera cuenta de que era imposible encontrar ninguna solución. Las fiestas no se celebraban ya y posteriormente hubo que realizar una subasta general de las posesiones.

Cinco meses después de esta subasta, cuando ya había dejado yo de ir al colegio, un día en que estábamos mi madre, mi hermana Olimpia y yo reunidos en el ahora destartado comedor para tomar nuestra escasa comida, nos extrañó el que no bajara el cabeza de familia. Después de esperar algo, mi hermana Olimpia, que siempre había mostrado una tierna debilidad por él, decidió llevarle a su despacho la comida. Apenas si habían pasado tres minutos cuando oímos que toda la casa se llenaba por un grito enorme. Subimos y en la habitación nos encontramos que mi padre se había atravesado el corazón de un disparo.

NUEVAS ACTIVIDADES

Cojo de nuevo la pluma para seguir mi historia, a pesar de que pensé interrumpirla después de la trágica muerte de mi padre. Algunos días después de que los restos mortales de mi progenitor se acogieron a la tierra, nos reunimos los supervivientes de la familia con mi padrino, Schimmelpreester para un consejo de familia con el fin de pensar en nuestro futuro. Nunca alabaré suficiente el papel de mi padrino en esta reunión. Por su indicación se determinó que mi hermana se adscribiese a una compañía de opereta, y por lo

que a mí se refiere, se pensó en mandarme a París, para lo cual mi padrino escribiría al director de un hotel, amigo suyo, para que me buscara empleo.

Después de mi victoria eludiendo el servicio militar, que fué una verdadera victoria de David, y de mi experiencia en la pensión que mi familia había fundado en Francfort, creí llegado el momento de marchar a París para buscar un empleo.

Cuando llegué a la estación fronteriza tuve que dejar el tren y presentarme en la Aduana con todo mi equipaje. Me sentía muy alegre y ligero, pues mi maleta no contenía nada que tuviese que ocultarse a los inspectores.

Los franceses gustan especialmente y honran a la palabra, ya que dicen, y con razón, que esto es lo que diferencia al hombre del animal, y que por eso el francés, que es el que mejor habla, es el que está más distante del animal. Decidí ganarme al inspector de Aduanas saludándole en su idioma y procurando exagerar la buena pronunciación.

—Buenas tardes, señor comisario. Estoy a su entera disposición con todo lo que poseo. Soy un joven honrado, profundamente consagrado a la ley y que no tiene absolutamente nada que declarar.

—Vaya—me dijo, observándome más atentamente—, parecís un buen joven y, además, habláis muy bien. ¿Sois francés?

—Sí y no—respondí—. A medias. Pero, de todos modos, soy un admirador apasionado de Francia y un adversario irreconciliable de la anexión de la Alsacia y la Lorena.

Su rostro tomó una expresión diferente e inmediatamente dijo solemnemente:

—Señor, no le molesto más tiempo. Cierre su maleta y continúe su viaje a la capital del mundo con los mejores deseos de un patriota francés.

Mientras me marcaba con tiza mi maleta, me di cuenta que una dama de edad mediana estaba discutiendo con uno de los funcionarios de la Aduana sobre algo de su propiedad. Y entonces, casi sin darme cuenta, cogí una cajita que encerraba un objeto valioso y que dejó caer de una manera descuidada la señora junto a mi lado. Durante el resto del viaje, apenas si pensé en esta casual adquisición, y solamente de vez en cuando me pregunté, si la señora al empaquetar sus efectos se habría dado cuenta de la desaparición de la cajita. La única consecuencia que tuvo este hurto fué el volverme a encontrar, cuando estaba encargado del ascensor en un hotel de París, con la citada señora, a la que tuve que acceder a sus deseos de acompañarla durante algunas horas y en la que no influyó negativamente, por cierto, el saber que había sido su ladrón, sino que, por el contrario, esto aumentó su atracción hacia mí.

ASCENSORISTA, CAMARERO Y MARQUÉS

En París me entrevisté con el señor Stürzli, el amigo de mi padrino. Este, hablándome en un alemán que revelaba el acento suizo, me dijo:

—Así, pues, es usted Krull, si no me equivoco, y desea trabajar con nosotros. ¿Qué tal está su tío, Schimmelpreester?

—Perdón, señor director—le respondí—, pero no es mi tío, sino mi padrino. Y tengo que decirle que goza de gran aprecio en Renania y en otras tierras. No es necesario que le diga cuán agradecido estoy al profesor Schimmelpreester por haberme recomendado a usted.

—¡Ah! ¿Es también profesor? Pero veamos, querido amigo, ¿cómo quiere usted comenzar? ¿Usted no tiene ningún conocimiento de los servicios de hotel?

A continuación me examinó de mis conocimientos de inglés, francés e italiano, y, finalmente, me contrató como encargado del ascensor.

Ciertamente, no hay nada más fácil que servir en un ascensor; pero con el tiempo comencé a aburrirme. Es cierto que me agradaba mucho el tratar con gentes tan distintas, pero como el trabajo llegaba a cansarme, me convertí en camarero.

En una tarde de julio, anterior todavía a la fiesta nacional francesa, sostuve una conversación definitiva para el destino de mi vida. Gozaba entonces de un permiso de catorce días y estaba sentado en una terraza del gran hotel de los Embajadores, situada en el boulevard de Saint Germain.

Había indicado ya lo que deseaba cuando de pronto vi que venía hacia mí el marqués de Venosta, que me saludó cordialmente:



CABALLEROS

*Elegancia y distinción
de nuestras prendas
confeccionadas*

Galerías Preciados

Filtro de la luz defensa de la vista

O.E.S.T.E

VARONILES



FEMENINAS

Las Gafas

Sol-Amor

Elegantes

para todos y todas



Las Gafas **SOL-AMOR**, de fama internacional, ya han entrado felizmente en España. Tienen la armoniosa montura **AMOR** y son las únicas equipadas con los auténticos filtros norteamericanos **POLAROID**, antideslumbrantes y polarizadores de la luz, que eliminan los reflejos. Los cristales son grandes, curvados y ajustados, para evitar que la luz lateral invada los ojos. Estos, en pleno sol, quedan protegidos, frescos y en la sombra.

CON AUTÉNTICOS
FILTROS NORTEAMERICANOS

POLAROID



antideslumbrantes



PRUEBA
de su estructura molecular
invisible y única

Su óptico le demostrará que no caben imitaciones. Una etiqueta anexo a las gafas lleva un disco del mismo filtro, que aparecerá transparente o negro, según se coloque la etiqueta delante de las gafas en sentido vertical u horizontal.

Gafas **SOL-AMOR**, completos con filtros legítimos **POLAROID**, estuche incluido.

Sin aros Ptas. 315.-
Con aros Ptas. 315.-

ADQUIERLAS EN LOS ESTABLECIMIENTOS DE LOS OPTICOS DEPOSITARIOS OFICIALES

Nombre y marca registrados mundialmente por **POLAROID Corporation** - Cambridge - Massachusetts - U.S.A.

INDO

INDUSTRIAS DE OPTICA, S. A.
MADRID - BARCELONA - SEVILLA - VALENCIA

—Mi querido Armando—éste era mi nombre en el hotel—. ¿Es usted o no? Pero dispense mi fugitiva duda. Y dispense también la ligereza de utilizar su nombre de pila.

Yo, que me había levantado, estreché la mano, que él, naturalmente, no me la había alcanzado todavía.

—No me llame con ese nombre—le dije, riendo—. Armando es mi nombre de guerra. Me llamo exactamente Félix. Félix Krull. Encantado de verle.

Entonces comenzó una larga conversación, en la cual el marqués me observaba fijamente y particularmente mis maneras.

—Supongo que habrá usted oído—me dijo—que tengo que viajar. Durante un año.

—¡Todo un año! ¿Y por qué?

—¡Ah, querido amigo, ésa es la cosa! Mis padres están enterados ya de mis relaciones con Zazá, lo cual lo han sabido no ciertamente por cartas anónimas, sino que yo ingenua y sinceramente se lo he dicho. Entonces me han preparado un viaje por todo el mundo: el Oriente, las dos Américas y Asia Oriental. Y he aquí que yo quiero viajar y al mismo tiempo permanecer. Es decir, intento doblarme. Una parte de Luis Venosta debe viajar y la otra estar en París con Zazá. ¿Se da usted cuenta de mis pensamientos?

—Lo intento, marqués. Dicho de otro modo. Le parece como si usted viajara, aunque permanezca en casa.

—Exacto.

—Pero nadie puede ser usted.

—En Argentina, que es adonde debo de ir primero, nadie sabe cómo yo soy. Por eso Krull, yo quiero que usted coja el nombre de una buena familia y ayude a un amigo en necesidad. Sí, no me crea un fantástico.

—¿Y todo eso a cuenta de su papá?

—Ciertamente. Se ha gastado más de veinte mil francos con el deseo de que viaje constantemente. El billete a Lisboa y a la Argentina, que es adonde debo de ir primero, lo tengo ya en mi poder. Papá me ha reservado también una cabina en el «Cap Arcona». Los veinte mil francos los iré cobrando a través de órdenes de pagos recibidas en los lugares por donde tengo que pasar. Naturalmente, le entregaré a usted mi talonario de cheques. Además, los viajes, como le he dicho, están ya comprados.

—¿Y de qué—pregunté yo—vivirá usted si me da a mí su dinero y me lo gasto?

—Pues no había pensado en esto.

Entonces le propuse, con el fin de que nuestro cambio de personas fuera completo, que dispusiese de mis ahorros, unos doce mil francos, que había logrado reunir durante mi estancia en París. Al principio mostró oposición, pero al fin acabó aceptándolo.

LA FAMILIA DE UN PALEONTOLOGO

Pocos días después de mi primera conversación cerramos el trato. Me costó trabajo dejar el hotel, porque no querían permitir que les abandonase. Dos semanas después realizaba uno de los sueños de mi infancia cambiando de personalidad. Instalado cómodamente en un departamento del sud-exprés, marchaba de París a Lisboa. En la comida en el coche restaurante tuve por compañero de mesa a un señor de cierta edad, vestido un poco a la antigua. Cuando se enteró de mi nombre demostró conocer casi todo mi árbol genealógico y después se me presentó como el profesor Kuckuck, fundador y director del Museo de Paleontología de Lisboa. Había ido a París para comprar dos esqueletos de tapir, que completaban la colección de su museo. Este hecho le dió motivo para que me presentase al tapir como un antepasado de nuestro caballo y, tras ello, me hiciese una exposición total del proceso de evolución de la nada al ser, del ser a la vida y de la vida a la nada. Me explicó cómo el hombre es una síntesis perfecta de la animalidad dispersa.

En Lisboa entablé conocimiento con el embajador de mi supuesto país, Luxemburgo, e incluso fui recibido en audiencia por Su Majestad el Rey de Portugal, que quedó tan bien impresionado con mi persona que me concedió la Orden de los Leones Rojos.

Consumido mi tiempo de estancia en Lisboa y próximo a salir el «Cap Arcona», hice mi visita de despedida a la familia del profesor Kuckuck, lo cual hizo que descubriese, tanto en la madre como en la hija, ciertos sentimientos hacia mí que mostraban la atracción que había ejercido sobre ellas.

UN CASO DE ESPIONAJE?

EL ARISTOCRATA INGLÉS MICHAEL FENTON DESERTA DE LA LEGION FRANCESA

UNA FUGA DRAMÁTICA EN LA QUE COLABORAN MIEMBROS DE LA NOBLEZA Y DEL EJERCITO

LADY MARY ROUS INTERVIENE EN LA «MISION SECRETA»



¿QUE HACIA MICHAEL FENTON EN LA LEGION EXTRANJERA?

EN EL CHURCHILL CLUB SE CIERRA UN EPISODIO

El día 18 de febrero el Churchill Club estaba abarrotado. La secretaria del Club, incapaz de retener el secreto, lo comunicaba a todos los que llegaban: «Ya están ahí!»

El Churchill Club es una *boite de nuit* elegante, a la que siempre ha sido aficionado un hombre: Michael Richard West de Wend Fenton. Y Michael Fenton ha sido el protagonista de una aventura, que si oficialmente terminada, no por eso deja de tener tendido entre Londres y el Africa del Norte un hilo invisible, una desconfianza misteriosa. Por lo pronto, esa noche del 18 de febrero, mientras los miembros del Club y los periodistas rodeaban a dos hombres, a Fenton y a uno de sus liberadores, un comunicado de Argel daba a conocer que Michael Fenton, después de intentar la desertión de la Legión Extranjera, había sido detenido y enviado a los calabozos disciplinarios del Cuartel General en Sidi-Bel-Abbes.

Y, a pesar de ello, en el mismo momento que se producían las noticias de origen francés, el desertor, el cabello cortado a lo «legionario», con ademanes expresivos y ante un buen vaso de «gin» contaba a un grupo numeroso de gentes su aventura. La parte, al menos, anecdótica. Pero, ¿por qué la contradicción?

Porque, más aún, la Policía francesa decía: «Detenido en Orán, el inglés se negó a dar los

nombres de los amigos que le habían ayudado en la desertión.»

La verdad, sin embargo, era la que daba la secretaria de un Club londinense a cada uno que entraba: «El señor Wend Fenton ha vuelto.»

EL 10.499 DEL TERCER BATTALLON

En el mes de mayo Londres comienza una de sus etapas más interesantes cada año: la de presentar en sociedad y ante la Corte a las muchachas de la aristocracia. Todo el mes de mayo y el mes de junio inclusive, las tres plumas blancas, el símbolo de las armas del príncipe de Gales, es el adorno imprescindible de quienes han de hacer la



El mariscal Alexander, pariente del capitán que ha raptado en Marruecos al legionario Fenton

famosa reverencia en el palacio de Buckingham.

Pues bien: en ese mes de mayo, es decir, en plena *season* de fiestas, un hombre, Michael Fenton, asombraba a un grupo de amigos con este extraño pronóstico: «Me marcho a la Legión.»

Las razones que daba para su propósito eran las del deseo de correr aventuras. ¿Se podía creer de verdad que un aristócrata inglés se sintiera repentinamente

lleno de esa idea y nada más? Los que estaban a su lado, al lado del *Beau West*, como le llamarían más tarde, remedando el título de esa novela famosa que

hemos leído todos y más tarde se ha llevado al cine, *Beau Geste*, se rieron un poco. Pero unos días más tarde Michael Fenton desaparecía de la vida británica: se había convertido en el legionario número 10.499 del tercer *Battalion de Marche*. Es decir, un número, una etiqueta. ¿Algo más?

LA PERSONALIDAD DE FENTON

Fenton es un hombre inquietante. Largos dedos cuidados y unos ojos que, según las mujeres, recuerdan en muchas ocasiones los de Marlon Brando. Una expresión triste, insatisfecha.

Michael Fenton tiene veintiocho años. Es heredero de grandes propiedades en el Yorkshire y hombre de elevada posición social. Desde su salida del *college* de Eton, Fenton era conocido en todos los sitios de reunión y diversión. ¿Algo que le hiciera pensar en una vida de aventuras?

A la Legión Extranjera han sido pocos los ingleses, desde la fundación de esa unidad francesa, que se han alistado. No existe, si así puede decirse, tradición para ello. Pero en el Africa de los momentos actuales se oye hablar mucho en casa de Fenton. ¿Por qué causa?

Porque el nuevo legionario es sobrino, nada menos, que del general sir George Erskine, comandante general del Africa oriental inglesa.

El dato, como es natural, tiene extremada importancia para entender, en la medida de lo posible, y salvando las incoherencias de los relatos que hasta ahora se han hecho del asunto, el fondo misterioso de la presencia de Fenton en la Legión. Porque esa relación militar con el general inglés va a tener su réplica adecuada en uno de sus más importantes colaboradores en la deserción, Michael Alexander, capitán del Ejército y pariente del mariscal Alexander.

La vida de Fenton parece trazada con demasiadas casualidades importantes.

SEIS MESES DE LEGION: «NO HAY AVENTURAS»

Ya en Africa, Michael Fenton es destinado a un puesto avanzado en el desierto. Allí no hay mucho que hacer. Cientos de kilómetros perdidos en el desierto. Muchas verdes de los oasis en los que patrullan los soldados. Una disciplina de hierro ajustada a la vida de los soldados a lo largo de los días.

A cada cambio de posición, durante meses, sucede el conocimiento, en líneas generales, de los puestos más notables de las fuerzas. Amable y extraño, el legionario 10.499 ausculta con todo cuidado el espíritu militar de las tropas. Bebe con los soldados en los campamentos y les acompaña los días de permiso a las ciudades y los pueblos próximos. Ve bailar él, tan amigo de los *dancings* londinenses, a las mujeres árabes mientras bebe, pagándolo al precio que sólo su bolsillo puede alcanzar, el *whisky* escocés. La regla es no preguntar nada a nadie. Por eso nadie pregunta nada a Fenton. Pero ojos misteriosos van siguiendo ya, paso a paso, sus idas y venidas. Estos ojos pertenecen a una especie de segundo Bureau, o Servicio de

Contraespionaje, del que dispone la Legión Extranjera. No se sabe quién ha dicho algo, pero Fenton es vigilado más estrechamente que nadie. Se cumplen por esos días los seis meses de Legión. El uniforme tiene ya el color, parduzco y grisáceo, de los veteranos.

Y precisamente en ese tiempo, terminados sus seis meses, manda un mensaje, un verdadero S. O. S. a Londres.

La carta, de letra cansada, advierte que en la Legión no hay aventuras, y sólo, únicamente, una dura disciplina, de la que necesita huir. Para alistarse dió, como sabemos, la disculpa de la «exaltación africana». Ahora se extiende, en largos párrafos, sobre el aburrimiento y la disciplina.

Pero eso es la parte exterior, la parte menos importante, porque debajo de las letras debe latir alguna clave especial cuando, repentinamente, comienza a formarse un plan para proporcionar la fuga al decepcionado. ¿Es que por esa fecha había cumplido ya la misión que tenía encomendada? El hecho cierto es que el suelo le quema bajo los pies. Tiene que huir a toda costa.

LA TRADICION DE LOS INGLESES MISTERIOSOS

El servicio de contraespionaje de la Legión comenzó a situar a Fenton en el mismo plano que el caso de Eric Hoolbrook.

Como se recordará, la noche del 30 de septiembre de 1953, cuando la patrulla de la Legión hacía su acostumbrado recorrido de vigilancia por Orán, encontró a un hombre que aparentaba quedarse a dormir, placenteramente, en un banco del *bulevard Front*.

El hombre, joven y mal vestido, de mirada dura y casi irónica, sorprendió a los legionarios, hombres de cabeza dura y mano larga, con un impresionante silencio. No contestó a ninguna pregunta. Llegaron a pensar si sería mudo. Pero el servicio psicológico del contraespionaje no descansó hasta averiguar la personalidad del vagabundo. Se trataba de un desertor inglés de la Legión. Pero lo curioso es que Eric Hoolbrook era natural también del condado de Yorkshire, donde tanto Michael Fenton como el general sir George Erskine tienen importantes propiedades.

Es decir, del mismo radio de acción, en torno a la mansión campestre del general en jefe británico del Africa oriental inglesa, surgen, con una diferencia escasa de tiempo, dos hombres dispuestos a conocer la situación verdadera de las fuerzas francesas del Africa del Norte. Dos hombres, claro está, que tienen muchas ganas de correr aventuras y que unos meses después, a pesar de todos los imponderables y dificultades, consiguen desertar.

Pero el episodio del oficialmente llamado Hoolbrooke no termina ahí. Una serie importante de conferencias y conversaciones entre la Embajada británica en Francia, y las fuerzas francesas dió como resultado la evacuación del «mudo» a Londres. Desde entonces, en torno a su figura se hizo el misterio. El silencio.

¿Qué habrá dicho Hoolbrook de la evasión de Fenton? Si llevaban una misión, ¿la habrá cumplido este último?

Lo cierto es que en los últimos años la presencia de legionarios ingleses—siempre escasa aportación—en la Legión Extranjera significa algún problema. Orán, ciertamente, parece ser el centro de esa misteriosa actividad.

EN LA EXPEDICION DE SOCORRO, UNA MUJER CON LOS OJOS AZULES

La llegada del mensaje del legionario 10.499 motivó una serie de reuniones en Londres. Faltaba poco para las Navidades cuando, como una operación de campaña, se estudiaba en Chelsea la expedición de socorro. En varias casas elegantes de Chelsea y Mayfair, donde es fama se reúne el clan de la inteligencia y del alto humor, se van reuniendo datos y confrontando sistemas. La Navidad, sin embargo, interrumpe con el muérdago, los *pudings* y el *punch* la operación, que ya comenzaba a señalarse como verdadero golpe aventurero, como auténtico «comando». La incursión a territorio africano se montaba entre dos casas militares, la del general Erskine y la del mariscal Alexander, bien que ellos no aparecieran para nada, pero teniendo una prolongación y una continuidad en dos nuevos personajes: lady Mary Rous y Nicolás Mosley, hijo de sir Oswald Mosley, antiguo jefe de los fascistas ingleses.

Lady Mary Rous, que va a tener importante papel en la aventura, tiene veinticuatro años, los cabellos negros, casi brillantes, y unos ojos azules. Es hija del conde Stradbroke y quien puede dar con su presencia la mejor coartada a la aventura de los «turistas».

La categoría del grupo expedicionario dispuesto, en el que se incluye una joven aristócrata, demuestra bien claro que se trata de algo más serio que de sacar a un amigo del mal momento de una calaverada. Cuando se hace intervenir, en calidad de mediadora de confianza a la hija del conde Stradbroke, hay que pensar se trata de algo más importante.

Michael Alexander y Nicolás Mosley están dispuestos. El pariente del mariscal conde Alexander y el hijo de otro hombre famoso comienzan a dar las últimas pinceladas. Parece que de la estrategia se ocupa Mosley. De la táctica, Alexander. Cuando se le pregunta a éste por el papel de lady Mary, responde: «Cubría mi flanco».

FENTON TIENE PRISA Y BUSCA LA EVASION POR SU CUENTA

Mientras Londres llegaba a un acuerdo sobre las medidas a tomar para acudir en socorro del legionario, éste, acuciado por la prisa, intenta por sí mismo la deserción. La huida.

Pero una fuga a la desesperada que no tuvo éxito. La intentó desde los destacamentos legionarios de Gafsa. Unas horas de lucha contra las circunstancias para volver al mismo sitio bajo la amenaza de cañones de los fusiles.

Comienza entonces para Fen-



Izquierda: Una mujer, lady Mary Rous, hija del conde Shadrake, acompañada por Michael Alexander, quienes, con Mosley, planearon la evasión de Fenton. Derecha: Una semana después de su llegada a Londres, todavía con el pelo a lo «legionario» y el aspecto físico dejado por la última aventura, Fenton se promedia a Margareth Lygon, hija de un hombre de negocios londinense

ton la aventura del desierto, que hasta entonces, en todo su rigor, no había conocido. Es conducido, detenido, a una posición de castigo, a 300 kilómetros de la costa, en pleno desierto, en la ruta calcinada. No existe allí, naturalmente, la menor posibilidad de huida. Un horizonte ilimitado, seco, sin orillas, se extiende ante él. En el oasis, centro de su actual existencia, se levantan las tiendas. El comandante del puesto mira a Fenton burlescamente. «No hay escape, muchacho», le dice.

EN LA MALETA, PELUCA DE COLOR CASTAÑO Y BIGOTE DE GUIAS

En la maleta del capitán Michael Alexander, que además es un novelista afortunado, ya que un libro suyo sobre prisioneros de guerra ha constituido un éxito de venta, van, entre otras cosas, un traje—cuyas medidas son distintas a las suyas—, una peluca de color castaño claro y unos bigotes. Más que la maleta de un oficial o un novelista, parece la de un actor.

Pero, según las propias declaraciones de Alexander, la peluca era imprescindible para ocultar el clásico corte de pelo legionario de Fenton. Nada se había dejado al azar.

Cuando la expedición, en avión, llega a Africa, el Grand Hotel de Orán tenía reservadas habitaciones para dos viajeros ingleses desde el 22 de enero al 8 de febrero. Pero, en atención a las pesquisas que cada uno de ellos tenía encomendadas, las habitaciones se ocupan por este orden: el día 22 llega Mosley, que desaparece el día 23. A su vez, el capitán Alexander se presenta el día 22 y ocupa las habitaciones hasta el día 24. ¿Qué hacen?

Buscar infatigablemente la pista del legionario 10.499, que es el número de un soldado con manías de evasión. Después de numerosos interrogatorios y de preguntar a varios legionarios, el capitán Alexander consigue saber que el tercer Battalion de Marche está en el desierto. El viaje hasta Gafsa, con coches alquilados, ha sido inútil. Cientos de kilómetros han sido recorridos así, sin más, para gastar gasolina. Pero si el batallón donde se encuentra enrolado Fenton se desvanece, los hombres siguen persiguiendo sus huellas. Alguien les dice: «Donde de verdad está el «terceron» es en Tabessa».

Lo malo es que para llegar a Tabessa, en Argelia, hay que atravesar un solitario puesto de frontera argelina. Los soldados ven venir un coche, que de pronto, inesperadamente, pasa de los ciento cuarenta kilómetros. No tienen tiempo nada más que para quitarse de en medio. Y otro viaje en balde; en Tabessa hay legionarios, pero no los del tercer batallón.

«Decidimos, sin embargo, descansar un poco—dice Alexander—antes de proseguir la ruta. Estaba para meterme en la cama cuando llamaron a la puerta. Abrió. Eran dos hombres vestidos de paisano. Me enseñaron su documentación. Eran policías franceses.

—¿Por qué han atravesado la frontera sin permiso?

—¿Por qué hacen constantemente preguntas sobre un legionario?»

Desde ese momento saben los expedicionarios que sus pasos están vigilados y que se está estableciendo rápidamente una tela

de araña que comienza a centrar en un mismo sentido todas las investigaciones parciales. La prisa gana ya, a la desesperada, a todos.

LA SEGUNDA TENTATIVA DE EVASION: «CORTAR LA CUERDA»

Mientras los ingleses volvían a desandar el camino y se dirigían a Orán, no sabían que en aquellos momentos, a menos de 50 millas se encontraba el legionario Fenton. El lugar, Cuartel General de la Legión: Sidi-bel-Abbés.

Lo que ocurre es que Fenton, que se sabe cada día en mayor peligro, más vigilado, intenta otra vez la evasión.

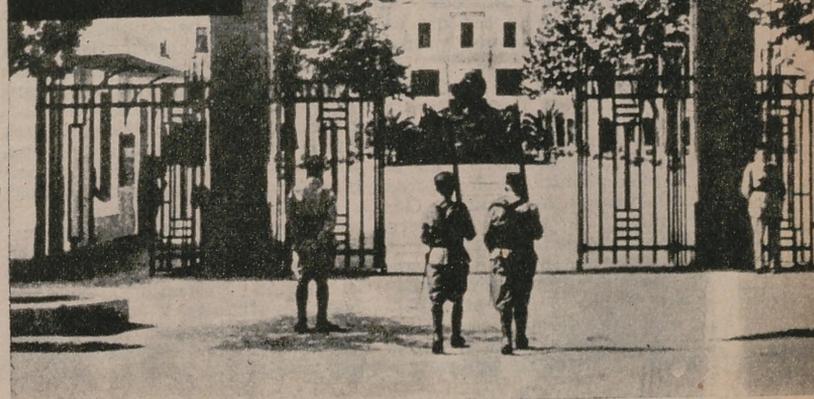
Por esos días acababa de llegar a Orán un navío de los Estados Unidos, y los marineros se decidieron por hacer una serie de visitas turísticas. Entre ellas, el cuartel de la Legión. No sabían ellos que se cruzaban en el hilo de la vida de un hombre.

Llegaron al campamento y, después de conseguido el permiso, se buscó a alguien que supiera inglés para darles las explicaciones que quisieran.

«Hay uno—decía el sargento—, el inglés que estuvo en el desierto», decía dudando.

Pero al fin fué Fenton. Les enseñó amablemente todo. Quedaron buenos amigos. Ya en los muelles, el legionario se inclinó ante la cuerda de la lancha y

Sidi-bel-Abbés. Cuartel General de la Legión Extranjera en el Africa del Norte. En el complot para libertar a Fenton, Sidi-bel-Abbés fué la clave más importante



les susurró: «Ayudadme a cortarla». ¿Comprendieron que trataba de escaparse?

No tuvieron, por lo menos, que pensarlo mucho tiempo. Unos segundos después el legionario Fenton tenía a su lado dos soldados de contraespionaje. No había dejado de ser vigilado un solo instante.

Lo peor es que en esos momentos comenzaba lo más duro. El número 10.499 de la Legión va castigado a un lejano polvorín de las montañas, donde está bajo la directa «protección» de un grupo de fusileros. Por otra parte, la fuga es imposible.

Quedan así momentáneamente aislados el grupo expedicionario y Fenton. Pero no la policía francesa y el capitán Alexander. Este dice: «La policía francesa entró en acción inmediata. Apenas llegamos a Sidi-bel-Abbés y preguntamos por Fenton, comenzó la fantástica lucha de astucia, engaño y trampas que se había iniciado. Pero yo juré no ceder».

Está claro que la partida, por las mismas declaraciones de Alexander (aparecidas en el *Daily Mirror*), están más allá de la aventura del rapto de Fenton.

La vigilancia era tan grande, que el coche de Alexander no se podía mover sin inmediata vigilancia. Comienzan entonces, en la lucha de unos contra otros, a tomar alquilados una serie de coches que mantienen dispuestos en determinados puntos para entrar en acción.

Lady Mary, que hasta entonces había corrido los mismos riesgos, se marcha a Londres. «Debí regresar con toda urgencia», dice Alexander. ¿Por qué en aquellos momentos? ¿Se trataba de tener preparados ya a los altos Poderes para salvar en determinado momento, que se veía próximo, la vida de Fenton, como en su día se intercedió por la de Hoolbrook?

Es evidente que lady Mary lleva a Londres un mensaje. ¿En qué consiste éste?

LA LLAMADA TELEFONICA

Mediante el soborno, consiguen Alexander y Mosley entrar en contacto con uno de los soldados del puesto de Fenton. Se consigue, a su vez, que éste pueda usar el teléfono militar. Así se establece por primera vez la comunicación entre el legionario y el «comando».

Al día siguiente, en Saïda, se intentaba la tercera evasión. Fenton, entre los soldados, esperó el momento a propósito para entrar en el coche, pero una vez más el plan falló. Al entrar en un establecimiento para proceder al cambio de ropa y de aspecto de Fenton, entró la policía, y tras ella, los legionarios.

Todo quedó, una vez más, pendiente.

Pero al día siguiente se intentaba la última carta. Por un verdadero milagro, el suceso de la tarde tardaba veinticuatro horas en comunicarse al Cuartel General de la Legión, que hubiera relacionado inmediatamente los sucesos y Fenton hubiera desaparecido para siempre. «Por milagro, yo mismo quedé en libertad», dice Alexander.

Al día siguiente, con el coche preparado y listo, se tenían not-

icias: el barco contrabandista italiano esperaba en la costa. Era el momento.

En la noche, Alexander, que realizó solo esta operación, se acercó al puesto y esperó, con el alma en un hilo, a Fenton. Pasaron horas antes que éste, al fin, apareciera. Rapidísimos corrieron al coche, y antes que sonara la corneta de atención, el coche volaba en la oscuridad por unas carreteras desconocidas. Toda la noche estuvieron en marcha. Fenton se había quitado su uniforme, puesto la peluca, y aparentemente sólo viajaban dos ingleses civiles. Pocos kilómetros antes de llegar al atracadero donde esperaba el barco, una patrulla policíaca fué espantada por la enorme velocidad que llevaba el coche. Todo parecía terminado.

LAS FASES OSCURAS: EL CUENTAKILOMETROS DE UN COCHE

El día 11 de febrero el dueño del Auto-Park de Orán recibía una nota diciendo que el «Frégate» alquilado por el capitán Alexander se encontraba abandonado en una carretera del puerto de Argel. Y así era, efectivamente. Dentro del coche se encontraba un uniforme militar que correspondía al del soldado 10.499 del tercer batallón. Pero una cosa sorprendente: de Orán a Argel hay algo menos de 500 kilómetros, y, sin embargo, el cuentakilómetros del coche, después de las comprobaciones con los libros, había aumentado en 2.599. ¿Cuál fué su recorrido misterioso?

OFICIALES INGLESES DE AVIACION, DE EXCURSION EN EL CUARTEL GENERAL DE LA LEGION

Mientras se libraba esa batalla de la astucia, por repetir las palabras de Alexander, el día 8 de febrero llegaban al Hotel Continental de Sidi-bel-Abbés, en el mismo corazón de la Legión Extranjera, dos pilotos de la Royal Air Force. En la hoja del hotel quedaban apuntados sus nombres: Spira, el del uno, y Gerard Francis, el del otro. Claro está que venían acompañados por dos señoras, lo que daba a la visita cierta apariencia amorosa. Pero a esta grave serie de coincidencias hay que añadir que el consul británico de Orán había pedido le reservaran una habitación en el mismo hotel, que por circunstancias impensables no ocupó después.

Todas estas cosas han servido para que la Prensa francesa haya vuelto a poner en marcha viejos recuerdos de la presencia inglesa en Sidi-bel-Abbés. Uno de ellos, el ocurrido en 1950. Dos periodistas ingleses desaparecieron de Inglaterra repentinamente, y luego se supo habían pasado dos años en la Legión para hacer un reportaje, que, por otra parte, nunca se realizó. ¿Es posible no unir tantos cabos sueltos?

En la lucha del espionaje y contraespionaje de África los Servicios inglés y francés no están en buenas relaciones. En torno a la Legión Extranjera, colmada hoy de oficiales y soldados alemanes, algo interesa apasionadamente a ambos Servicios Secre-

LLANO, MONTE Y RIO GRANADA EN LA TRILOGIA DE SU PAISAJE

UNA CAPITAL BAJO EL SIGNO DE LA COEXISTENCIA



Callejón del Albaicín, con la imagen de la Virgen de las Angustias

DECIA en el primero de estos reportajes, que Granada tiene varios secretos manifiestos, varios secretos de los que están a la vista de todos. Y aludía, en particular, a uno de ellos, seguramente el principal, afirmando que es una ciudad «presidida por un afortunado signo de coexistencia», por cuanto en ella se recombinan lo viejo y lo nuevo, lo antiguo y lo moderno, de un modo perfecto».

Voy a referirme ahora a otro de tales secretos: ser Granada la capital española donde se consuma en la forma más completa y bella el enlace de la ciudad y el campo.

Lo cual, a su vez no deja de ser otra muestra estupenda de la facilidad con que —en ella— pueden casarse los términos aparentemente más dispares.

GRANADA: LA CIUDAD QUE CONSIGUIO EL IDEAL

Afortunadamente, Granada no

mina de hierro de Alquízar



nació de un proyecto urbanizador planeado «a la moderna» por mentalidades ciudadanas obsesionadas por la ancha horizontalidad del suelo, la alta verticalidad de los edificios y el rígido trazado cuadrícula de las calles. Que, en tal caso, ni estaría Granada donde está ni seguramente habría podido merecer nunca el calificativo de «bella».

Afortunadamente comenzaron a construirla las manos, dos veces campesinas, de unos hombres para los cuales el campo era el escenario natural de su vida, sus luchas y su trabajo. Y así surgió tan pegada al campo, tan identificada con las colinas y los ríos, «tan unida —se ha escrito con razón— al paisaje sobre el que se recuesta, que se diría ser un accidente más de él, al que afluyen sus casas y sus calles como queriendo disolverse en su luz».

Y también por fortuna, y grande, del mismo modo que los Reyes Católicos respetaron, en todo lo esencial, la estructura de la vieja ciudad árabe, las épocas posteriores amplían y modifican Granada, con mayor o menor acierto, desde luego, pero sin destruir nunca los rasgos principales, característicos, de su fisonomía. Sin —valga la expresión— apartar a la ciudad del campo, sin romper su mutua penetración.

Granada se alza sobre una en-crucijada donde se unen los tres eternos elementos del campo: el llano, el monte y el río. Y tiene sus barrios contruidos sobre los tres. Y todo el paisaje se em-pina en torno suyo, como para verla. Y ella, a su vez, se encum-bra para mirarlo, para tender una mirada absorta sobre la planicie de la vega. Y para que la unión sea más íntima mete sus casas en la tierra, por el Sacromonte, y las salpica por toda la campiña que la rodea. Y hasta ha tejido una red de hilos de acero para atrapar en ella buena parte de su contorno, por la que sus trenes blancos suben y bajan —Lancha, Cenés, Pinos Genil, Canales...— a la nieve de la Sierra; por la que sus tranvías azu-

les bajan y suben a los pueblos cercanos. Y aun ha encontrado la fórmula mágica, oriental, de sus «cármenes» para meter en su recinto, para atesorar en su seno, trocitos de campo...

Invitan a pasear sin prisa las mañanas claras de Puerta Real. Cuando, bajo un cielo azul pálido, sin una nube, brilla el aire quieto, dorado por el sol y se recorta en el horizonte, tan lejana y tan próxima, la cresta blanca de la Sierra.

Quando los marchantes, venidos de cualquier lugar de la provincia, charlan en grupos en la acera del Gran Café Granada, y entran apresurados a desayunar en la barra unos jóvenes universitarios. Cuando llega, lleno de polvo, un coche con matrícula de Tánger a la puerta del hotel Victoria, y chirrían los frenos de un tranvía que baja por Reyes. Cuando unos señores, con el pausado gesto campero compran el periódico en el quiosco de la acera del Casino y unas mujerucas de aire agitanado venden tabaco rubio en la entrada de la calle de Mesones. Recordando a Unamuno: «El ideal sería, sin duda, que el espíritu de la ciudad y del campo se compenetraran...», pienso que Granada ha conseguido este ideal. Y que es la más perfecta ciudad española «de campo», como quizá sea San Sebastián nuestra más perfecta ciudad «de mar»

LA CAMPANA DE INVIERNO Y LA RADIO DEL GOBERNADOR.—CASAS Y ESCUELAS.—UN CENTRO NECESARIO.

Precisamente por la buena comunicación de la capital con los pueblos que la rodean, por su buena y constante relación con su campo, es posible que muchos hombres que no viven en Granada vengan diariamente a trabajar en ella. Para facilitarles el trámite ineludible de la comida —aparte otras razones que a cualquiera se le alcanzan— funcionan, establecidos y subvencionados por el Gobierno Civil los Comedores de la Campaña de In-

vierno, que verdaderamente merecen unas líneas de explicación.

Digamos, ante todo, que esta Campaña, antes de 1948 llamada «de Navidad», mantiene, además de los comedores, servicio de reparto de ropas, de bolsas de viveres, de cenas de Nochebuena, de suministro de medicinas y antibióticos, de préstamos sin interés con sólo la garantía del honor personal, etc. Y que atiende a su benéfica labor con recaudaciones que vienen alcanzando una media anual de un millón de pesetas en Granada, y otro tanto en la provincia, éste aplicado exclusivamente en favor de los pueblos.

Entremos ahora a los comedores. Están instalados en una sala alargada. Y en plan —rápido, limpio y moderno— de barra americana, de cafetería. Altos taburetes de madera ante un mostrador curvado en semicírculos para aumentar su longitud y, gracias a esta hábil disposición, el número de comensales de cada tanda. Por la mañana sirven, a real, un tazón de café con leche. Añadiendo cuarenta céntimos, un buen panecillo. Y cada día despachan de ochocientos a novecientos desayunos. Y más de cien comidas, a dos pesetas, con dos platos —¡muy bien guisados!—, pan, vino y postre. Y música, que en un ángulo de la sala canta una radio. La radio particular del señor Gobernador Civil de la provincia, don Servando Fernández - Victoria, que, para rematar con una pincelada maestra el sano ambiente de su obra, ha ordenado colocar allí el receptor.

—Los rasgos de don Servando —me dicen—. Porque tiene rasgos así, ¿sabe usted? Una vez hicieron sus amigos una colecta para regalárselo un bastón de mando. El agradeció el obsequio, pero el dinero no llegó a convertirse en bastón. Lo destinó a unas escuelas en un pueblo. Y en otra ocasión, de unas insignias de no sé que condecoración sanitaria, sacó para un pequeño dispensario antitracomatoso...

—Oiga, amigo, y para comer

En Capileira, como en el norte de España, los mozos juegan al frontón. Derecha: típico aspecto de los tejados de Capileira



que hacer?

—Conseguir una tarjeta que da derecho a comer en este local y que solamente se proporciona a verdaderos trabajadores.

—¿En el Gobierno Civil?

—No. En los Sindicatos, que allí las Juntas Sociales saben quién trabaja realmente. Así quedan eliminados los vagos «profesionales».

Están magníficamente montados estos comedores para obreros. No les falta ni el detalle psicológico de cobrar una cantidad mínima para eliminar cualquier rastro limosnero incompatible con la dignidad del que trabaja.

Ni un cierto aire de cosa normal, de obra callada, que derrama sus beneficios, como deben hacerlo todas las obras verdaderamente caritativas, sin tocar las trompetas delante de sí.

Otra obra del Gobernador Civil es el Patronato «Santa Adela» —llamado así en memoria de su madre— que desde 1948 construye, en la capital y la provincia, viandas protegidas. A bajo coste, nunca ha superado una casa las 25.000 pesetas— y a rentas bajas—, a una media de cincuenta pesetas. A las dos mil viviendas que lleva construidas hay que añadir escuelas, centros de higiene rural y casas para médicos en muchos pueblos.

Toda esta labor, dirigida a la elevación del nivel de vida obrero, viene a complementarse la intensa acción sindical que se desarrolla, con idéntico fin, en toda la provincia. En Granada, vaya como ejemplo, en la calle de Regogidas tiene Educación y Descanso un Hogar de Trabajadores, que Pepe Castro, infatigable y simpático Vicesecretario Provincial de Obras Sindicales, me enseña con explicable satisfacción. Comedor, bar, teatro, sala de juego y de tertulia, biblioteca e incluso un Club de trabajadores motoristas o motorizados.

Y pronto se alzará una gran Escuela de Formación Profesional.

—Hoy y —me explica Mario Jiménez de la Espada, Delegado Provincial de Sindicatos, que conoce perfectamente hasta qué punto conviene a Granada una industrialización racional— apenas puede formarse aquí mano de obra especializada. Hay poca industria y, por lo tanto, pocas oportunidades para el aprendiz. Y como la falta de obreros competentes retrasa el desarrollo industrial, viene a formarse en cierto modo, un círculo vicioso: no hay industria porque faltan especialistas y faltan especialistas porque no hay casi industria. La Escuela de Formación romperá este círculo. Capacitaremos aprendices, crearemos una buena oferta de mano de obra especializada y...

Termina la frase con un gesto elocuente, cuya traducción más exacta, a mi parecer, podría ser ésta: ¡a ver si así se va animando el capital!

LO QUE NO SE PUEDE DESCRIBIR. — OBRAS EN EL ESCENARIO DE LOS FESTIVALES

Ni tengo espacio, ni voy a meterme en la aventura «de insulas» de intentar una descripción

detallada de la Alhambra. Mucho menos después de haberse escrito tanto, y a veces con tanta fortuna, sobre ella. Sin contar que es éste uno de los casos en los que resulta empeño poco menos que inútil toda descripción. Hay que verla. Como hay que ver el Generalife. Como hay que ver, en suma, Granada. Con nuestros propios ojos, porque no hay ni con la ayuda de la pluma más exacta, más evocadora, más colorista, imaginación capaz de suplir la visión y la impresión directas. Aquí fracasan, incluso, las cámaras cinematográficas.

Si. No hay más remedio que hacer las maletas y venir. Nadie puede, por otro, ir cuesta de los Gómez arriba, olvidando el presente, y empezar a templar el ánimo para la sorpresa que le espera en la suave sombra del viejo valle de la Assabica, al son del canto de los ruiseñores que llega de la frondosa arboleda y al son cantarino del agua que baja rápida por delgadas y limpias acequias. Nadie, por otro, dejar prendida la mirada en esos policromados encajes, en esos tupidos arabescos que decoran el salón de Embajadores, o la sala de la Justicia, o la de los Baños. Ni sentir, de modo que pueda transmitir el sentimiento, la presencia de quién sabe qué penas de amor y qué oscuros temblores de odio, que vagan invisibles por entre las esbeltas columnas del patio de los Leones. Y menos aun comunicar cómo queda grabada en la retina y en el alma la estampa del patio de los Arrayanes, donde el arte hispanomusulmán, sin prescindir de la delicada filigrana de sus líneas, de los sensuales toques de color vegetal y de la luminosidad del agua, encontró una expresión de sereno equilibrio que evoca la nobleza de la arquitectura griega clásica.

No; nada de todo esto puede describirse en el relato apresurado de un reportaje, con su verdadero color, con su auténtico aroma, con sus líneas reales. Y, por si fuera poco, queda aún el Generalife: la sinfonía completa de la tierra, las plantas, los arboles y los surtidores. Tierra rojiza, verdes cipreses, verdes naranjos, verdes rosales, agua plateada...

Unos obreros estaban rebajando la parte correspondiente al escenario en el teatro abierto donde se celebran los Festivales de Granada. ¿Era casual su silencio, o andaban, también ellos, mientras cargaban de tierra unas espaldas, escuchando ensimismados la canción del agua del Generalife?

SUBIDA A LAS ALPUJARRAS

Otra vez de camino. Este rumbo a las Alpujarras, al conjunto de valles y montañas que fué último refugio de los moriscos y escenario de su rebelión a finales del siglo XVI.

Salimos de Granada por una carretera conocida. Por la que nos llevó a Motril. Y pasamos otra vez Padul, Dúrcal, Chite Tarará, Beznar. A la salida de este último pueblo, por el que pasó, caballero en un borrico, Fernando de Córdoba y de Valor, Aben-Humeya, a sublevar a los moriscos alpujarreños, tomamos nuevo

camino. Y pronto, a la vuelta de una curva, aparece Lanjarón, enmarcado en un paisaje que tiene ya claramente aire, y colores, y árboles —castaños, nogales— de «norte».

Está, alineadas todas sus casas a lo largo de la carretera que le atraviesa de punta a punta, recostado en la pendiente aguda de un monte. Toda la pendiente abancalada, cortada, hasta el fondo de un vallecito, en escalones. El pueblo se extiende sobre un par de ellos. Parece una inmóvil procesión de casas, una herida de cal y ladrillo abierta en el verde costado del monte. Ahora no estamos en temporada, está cerrado el balneario. Y cerrado también medio Lanjarón, esperando el lleno veraniego, el bullicio internacional de los agüistas.

—Granada—me advierte José Sánchez Yebera, que me acompaña en la excursión—es provincia de balnearios: Lanjarón, Alhama, Graena, Zújar... Y en la falda de sierra Elvira brotan también aguas termales de origen volcánico.

Sánchez Yebera es almeriense; Mario Jiménez, madrileño; Emilio, el conductor aficionado a las ecuaciones de segundo grado, valenciano. Y todos ellos, enraizados en Granada y granadinos de espíritu. Captados por esta ciudad, adonde, como dicen de París, algunos llegan, sienten un misterioso tirón y se quedan. Señor, ¿qué tiene Granada?

—Duende—apunta Emilio, que también ha leído a García Lorca.

Sube la carretera, ganando altura, curva tras curva, frente a la mole, pinares sobre entrañas de plomo y de plata de sierra Lujar, comienzo de una cuenca minera que avanza hacia Almería.

Después, en la orilla de ancho valle de una vega serrana, ceñida por el gris cauce seco de una rambla, Orgiva. Y en él un recuerdo de don Juan de Austria: una gran cruz de hierro labrado que llevó a la pacificación de las Alpujarras. Y chumberas. Y camiones que cargan naranjas al borde de la carretera. Y los primeros tejados planos de «launa», de una arcilla gris-violácea, impermeable y muy consistente que cubre todas las casas, todos los pueblos de las Alpujarras.

Nueva desviación, nuevo camino. Una carretera vecinal en la que se acentúan, al mismo tiempo, las curvas y la subida. No hay apenas poyos de protección. Ni mucho menos esas confortadoras barreras de tela metálica pintada a bandas rojas y blancas. La impresión es de vuelo, de ir en avión. Cada metro avanzado es casi otro tanto subido. Allí abajo, muy en el fondo, van quedando pueblecitos pegados a las laderas de los montes.

A la altura de Carataunas, Emilio resume con acierto:

—Aquí se lía uno a subir y parece que va uno a pedirle las llaves a San Pedro.

PITRES Y PORTUGOS. AQUÍ SOLO SE MUEREN LOS TONTOS

Buscando las laderas mejor

orientadas para aprovechar el sol y protegerse del aire, están, unos junto a otros, emparejados y remiados, los pueblecitos de las Alpujarras.

Pueblecitos de agricultores heroicos. Y vaya como ejemplo general, como resumen de las condiciones y características del cultivo en esta zona, Pitres. El campo de Pitres es, como todo el agro alpujarreño, una escalera. Una serie de cortes en los planos inclinados de las montañas. Si el corte es ancho, si es amplio el escalón, se llama «bancal». Si pequeño, «parata». Y aquí el heroísmo, aquí, al descubierto, cara al cielo cercano, el emocionante instinto de la posesión de la tierra: hay «parata» donde no cabrían juntos, ni aun apretujándose, una decena de hombres. Tan chicas que...

—Apenas se pueden arar—me dice un campesino—. Y, por supuesto, nada de arados de vertedera. Echaríamos la tierra fuera de la pieza...

Si se caería la tierra rodando, de peldaño en peldaño, hasta el fondo negro de las grietas que separan las bases de los montes. Arados, pues, romanos. Y aun simples azadones.

Por encima de los 2.000 metros, en seco, se cultiva maíz. Bajando de ahí hasta los 700, sobre el nivel del mar, hay una zona de regadío donde se siembra trigo. Y cuando empieza a dorarse se intercalan en los surcos habichuelas, que quedan después enredadas en el rastrojo. Esta modalidad de cultivos conjuntos, inmediato uno al otro, es típica de la región. Por bajo de los 700 metros, cereales, patatas, leguminosas, huertas. Y en los trozos que no sirven para otra cosa, almendros e higueras.

Y en algunos pueblos, como en Almegíjar, estupendos frutales y uvas en parrales, igual que en Almería.

Toda la Alpujarra, pues, cultivada de arriba abajo, de extremo a extremo. Sin desperdiciar un palmo de terreno. Sin casi respetar el descanso entre cultivo y cultivo. Con un tesón y con una habilidad impresionantes.

Ultimamente, una plaga — un «picjo», que dicen ellos — arrasó las habichuelas. Y una vez más, la organización sindical estuvo al quite: gestionó los créditos necesarios para compensar las pérdidas.

Hemos llegado a Pitres un domingo. A media tarde. Y el coche ha causado su pequeña sensación en el pueblo. Un mozo, más decidido, Julio Torres Mendoza, se ha hecho en un periquete amigo nuestro. Y se ha unido a la expedición.

—Si van a Portugos, por favor, ¿podrían llevarme? Tengo allí la novia.

Y le hemos llevado. Portugos está a dos kilómetros de Pitres. Por la carretera, entre ambos pueblos, pasean endomingadas las mozas. Nos saludan, nos dedican las sonrisas reservadas a los forasteros.

Nos hemos acercado a Portugos para probar un agua ferruginosa que brota en un pequeño manantial. Julio nos guía.

—Aquí está el «agua fría». En verano vienen los franceses, y sin hacer caso de nuestras advertencias llenan botellas en el manantial. Y claro está, estallan.

Mana helada y algo burbujeante el agua. Sabe fuertemente a hierro. Deja sobre las piedras un suave barrillo rojizo.

Portugos parece deshabitado. No se ve a nadie. Julio explica el misterio:

—Ahora dicen la misa por la tarde. Están todos en la iglesia. Es para volver a las costumbres primitivas.

Emprendemos la vuelta. Julio, que ha debido olvidarse de la novia, vuelve con nosotros hasta Pitres. Alguno ha comentado lo pequeño que es el cementerio del pueblo. Y nuestro reciente amigo hace, sin saberlo, una frase de Alvaro de Laiglesia:

—Aquí sólo se mueren los tontos.

Y en las Alpujarras, como en todos los sitios donde la vida no es fácil, deben morirse muy pocos de esta enfermedad.

POR LOS TEJADOS DE CAPILEIRA. — NOCHE Y DÍA

De Pitres a Capileira, al pie de las cumbres de Sierra Nevada, otra subida.

Capileira—uno de los muchos pueblos alpujarreños cuyo nombre evoca Galicia—puede servirnos de modelo de pueblo de las Alpujarras. Lugar montañés, de casas bajas, con paredes fuertes y altas chimeneas cilíndricas. Las calles son estrechas. Tanto que puede pasarse fácilmente de tejado a tejado. Porque aquí se anda, y se baila, y se come, y se vive también sobre los tejados, hechos de gruesas planchas de «launa»—de la arcilla que mejor soporta la nieve—extendida sobre «lajas»—trozos planos de pizarra— que se apoyan directamente sobre una armazón de madera.

Un pueblo de llanos terrados, grises y blancas paredes, de ambiente todo él norteño. Donde no falta ni un grupo de mozos que juegan, en una plaza, al frontón. Y apunto el detalle porque como todo la Alpujarra—los nombres de sus pueblos, el paisaje, el codicioso aprovechamiento de las tierras—me recuerda y me confirma una primera impresión que me produjo Granada: la de ser el Norte del Sur.

Al descender, de vuelta a Granada, se mezclan la noche y el día en las Alpujarras. Noche en los valles. Pálida luz de tarde, aun en las cumbres. Juegan la luz y las tinieblas en el silencio inmenso de las montañas. Sube lenta, de los hondos abismos, una inundación incontenible de sombras azuladas, violetas, negras. Y sobre ella se derrama, desde los altos picos, resbala por las laderas pardas una onda de luz rosada que arrebola las flores de los almendros blancos, que enrojece las flores de los almendros rosas.

A nuestra espalda, por el filo de un monte teñido todavía del rojo del Poniente, asoma la luna su redonda cara de plata.



Grupo de viviendas protegidas del Patronato de «Santa Adela», en Granada



Aspecto parcial del Patio de los Arrayanes, de la Alhambra de Granada



Imagen de la Virgen de las Angustias, en la ermita de Portugos

GRANADA, ESPEJO DE SU PROVINCIA

Mi adiós, mejor, mi «hasta la vista» a Granada, que no creo que nadie la deje sin ganas de volver, lo he lanzado desde un bimotor de Aviación y Comercio. Y confieso que para alejarme, manteniendo la mirada fija en la ciudad, he desobedecido las instrucciones de la amable azafata. De María Luisa Miranda, a la que llaman «la delgada» para diferenciarla de otra María Luisa, azafata de la misma compañía, que debe, por lo visto, tener un tipo más rotundo.

He desobedecido las instrucciones. He hecho una pequeña trampa. Me he dejado muy flojo el cinturón de seguridad para poder empinarme un poco y ver, desde arriba, Granada. Granada, como un resumen, como un espejo de su provincia: con su Alpujarra en el Albaicín, con las cuevas de Purullena y Guadix en el Sacromonte, con las onduladas colinas olivereras de Loja en el cerro de la Cartuja, con su mar verde de Motril en el mar verde de su vega...

Diego JALON
(Enviado especial.)



Ho Chi Minh

LA LINEA DE LA SANGRE

LOS HOMBRES DE KRUSCHEV SUCEDEN A LOS DE MALENKOV

LA PRIMERA ACUSACION CONTRA MALENKOV



M-D

Se da fin en Rusia a la primera fase de "colonización" interior del partido

A pesar del silencio. A pesar de las contradictorias y escasas informaciones que escapan del otro lado del «telón de acero», existen una serie de síntomas reveladores que la propia burocratización del régimen impone en cada caso. El golpe de teatro del 8 de febrero, que iba a terminar ante la asombrada mirada de los 1.343 diputados del Soviet Supremo, había sido anunciado por el juicio de uno de sus colaboradores más directos: el general Abukomov, el hombre de la represión de Leningrado.

El juicio de Abukomov significaba, sin más, el juicio de Malenkov. Con la anticipación debida. EL ESPAÑOL daba a conocer a sus lectores las consecuencias que se podían extraer de tal situación, aunque pudiera esperarse, por un azar, una reacción del presidente del Consejo de ministros ruso. Pero no la hubo. La caída de Malenkov, fraguada en el crisol de la permanente situación de alarma que es la vida soviética, significa el comienzo del comienzo.

Quedó patente, desde el día mismo de la supresión de Malenkov, que su presencia en el Poder había sido una carta transitoria. Malenkov, en pura y exacta matemática, ha sido un balón de oxígeno a la sociedad rusa en un momento de peligro. Ahora bien, el balón de oxígeno y la coexistencia interior son imposibles al régimen soviético. ¿Qué ha sido entonces lo que ha conservado su vida? Para entenderlo hay que somerse un poco a la Historia de los últimos años.

Durante las luchas que se originan en el partido comunista entre la muerte de Lenin y la conquista del poder absoluto por Stalin existe un momento históricamente exacto al actual.

La oposición a Stalin, fraccionada en «izquierda y derecha», (lo que ahora es industria ligera e industria pesada), había pasado por victorias episódicas. Sus caudillos, Zinoviev, Kamenev, Bukarine y Rykov—entre otros—, pasan por



Walter Ulbricht

el trance de la pública autocritica y reconocimiento de los errores; pero en Rykov se cumple, como en un espejo, la historia de Malenkov.

Rykov pasó de presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo a ministro de Transportes. Pareció, en principio, que su vida estaba salvada. Sin embargo, Stalin lo llevó ante el piquete de ejecución. Cuando ocurrió eso, cuando se enterró a Rykov, Stalin había superado la crisis de la conquista del Poder. ¿Ha llegado a eso Kruschev?

Por lo pronto, con velocidad impresionante se está desmontando a todos los hombres de Malenkov. Se está procediendo a una verda-

dera «colonización» de los cuadros políticos.

Todo ello con la mayor frialdad. Cambiando completamente, de Norte a Sur, toda la dialéctica depositada, en consignas y sistemas, del que fuera, oficialmente, el delfín de Stalin.

LA COLONIZACION POLITICA

Nadie sabrá nunca, exactamente, quién fué el que presionó de forma más directa y ardiente para que Malenkov entregara a Kruschev la Secretaría del partido. Pero hay que suponer que en aquellos dramáticos días que suceden a la madrugada del día 5 de marzo de 1953, cuando los tanques de Beria han ocupado Moscú y las divisiones de la Policía ocupan las calles, los herederos de Stalin decidieron, contra viento y marea, impedir que fuera uno de ellos quien tomara el Poder efectivo. Todos, tanto Beria, Bulganin, Molotov como Malenkov, sabían lo que significaba para todos, personalmente, la vinculación de la Secretaría comunista. Fue la crisis del miedo. Por eso se escogió a uno nuevo, por eso se ascendió a Kruschev.

Y Kruschev, desde el 17 de marzo, científicamente, comienza la colonización del partido. Ha tenido por delante veinte meses. Durante ellos destituye y depura los cuadros. Destituye de su puestos a diecisiete secretarios del Comité Central en las Repúblicas federales y cambia, en el curso del último año, treinta y seis secretarios generales.

Va así ganando terreno a Malenkov y se defiende de la acusación velada de intentar la conquista del Poder, advirtiendo que elimina a los hombres de Beria. Beria, que, por reacción, se convierte en la víctima propiciatoria.

Ningún factor sentimental, ni menos familiar, como se ha querido ver, interviene en esta batalla entre las sombras. Hay que recordar, para salir del cuadro de la sensibilidad del hombre occi-

dental, que en uno de los últimos procesos seguidos por Beria fue condenada a trabajos forzados la propia mujer de Molotov.

LOS TECNICOS EN EL NUEVO GOBIERNO.—LA VUELTA DE MIKOYAN

Entre las paradojas de la política rusa está la de Mikoyan. Anastas Mikoyan, nacido en 1895 en un polvoriento y triste poblado de Armenia, había recibido, como el propio Stalin, educación religiosa en un seminario de Tiflis. Pero su vocación se va a centrar en el comercio exterior. Por encargo de Stalin viaja, antes de la guerra, a los Estados Unidos, donde, asombrado de las enormes fábricas de conservas de Chicago, decide reproducirlas al igual en Rusia a su regreso.

A la muerte de Stalin pasa a ser vicepresidente del Consejo y ministro de Abastecimiento. Así hasta que, el 25 de enero, unos días antes de producirse la caída de Malenkov, dimitía de su puesto.

¿Qué significaba? No es posible rechazar la idea de que la dimisión de Mikoyan se produjo en estrecho contacto con Kruchev, que quiso, de esa forma, evitar a Mikoyan el bache del 8 de febrero, con ánimo de volver a utilizarle inmediatamente.

No es extraño, por ello mismo, que en la segunda reorganización del Gobierno ruso del día 2 de marzo, Anastas Mikoyan haya vuelto al Poder. Con él pasa al Gobierno una auténtica promoción de los técnicos. ¿Qué se intenta con ello?

Dos cosas. En la lucha por el poder, una clase social, la más importante dentro de la Rusia actual, se sentía asustada: la tecnocracia. Y asustada porque se veía constreñida, una vez más, a las purgas, ya que el anuncio del «stalinismo» interior lo hacía prever.

Atendiendo a ese «climat», Kruchev intenta resolverlo incorporándolos al aparato del Gobierno. Da así el golpe de gracia a una posible oposición técnica, que le deja libre las manos, teóricamente al menos, para continuar todo el laborioso proceso—años duro el de Stalin—que lleva a la concentración total del Poder.

MALENKOV, SUPERADO POR PERVUKHINE

Entre los nuevos «primeros vicepresidentes» es Pervukhine, un hombre que viene del tejido de las industrias químicas y está considerado además como un experto en cuestiones de energía eléctrica. Y eso de «experto en cuestiones eléctricas» va dirigido directamente contra Malenkov, jefe superior de las centrales eléctricas, y de quien se hacen ya, desde «Pravda», duras críticas.

El resto de los nuevos en el Gobierno son hombres, de igual forma, caracterizados por su función técnica, por pertenecer al Comité central del partido comunista y por figurar, ostensiblemente, al lado de la posición doctrinal de Kruchev: primero la industria pesada, luego los alimentos y los demás bienes de consumo popular.

El Gobierno, tal como está constituido ahora, reúne, en torno al mariscal Bulganin, cinco «primeros vicepresidentes» y nueve «vicepresidentes». Quince personas



Matyas Rakosi, el hombre fuerte de Hungría, amigo de Krushchev, acompañado de su esposa, de origen mongólico

que forman, si así puede decirse, el Consejo de ministros. Detrás de ellos, en una condición parecida a la de los secretarios de Estado en un país occidental, existen unos 30 hombres más.

De los cinco «primeros vicepresidentes», cuatro son técnicos y uno sólo, Molotov, pertenece a la política.

Entre los nueve «vicepresidentes» la tendencia es igualmente clara. Al lado de Zukov se sienta el teniente general Krunitchev, especialista en aeronáutica; el coronel general Zaviniaguine, que fué director del complejo industrial de Magnitogorsk, y el coronel Malychhev, que dirigirá, en su conjunto, la industria mecánica.

Ha formado, pues, Kruchev, un Gobierno cuya formación corresponde enteramente a la de la industria pesada con un hombre de mente ágil, Mikoyan, que pasa por ser el técnico número I en cuestiones de comercio dentro del régimen.

¿Qué consecuencias se pueden extraer?

No hay duda que corresponde su constitución, a las dos graves

crisis que, de verdad, atraviesa Rusia.

La industria pesada no significa, sólo, predominio de los cañones sobre la mantequilla, lo que puede no ser totalmente exacto, ya que se preparan intensos planes de transformación agrícola, sino «necesidad perentoria, absoluta, de galvanizar al pueblo ruso con el apremio de una posible guerra para que éste comprenda son imposibles las medidas que el Gobierno de Malenkov anunciará».

En segundo lugar, la alta concentración técnica, aunque dirigida a la industria pesada, va a intentar replantear la crisis económica, cien veces surgida ya en los últimos años de la escasez. Escasez en todos los órdenes, pero fundamental y grave en la alimentación.

Así, con un Gobierno de guerra, se pueden cumplir dos objetivos: el primero, el sometimiento del pueblo. En segundo lugar, la colaboración de la tecnocracia, la clase social nueva e influyente.

LA DEPURACION DE HUNGRIA; RAKOSI EL HOMBRE DE KRUSCHEV

En el discurso que pronunciara Kruchev el 25 de enero ante el Comité Central se definían ya, de una forma violenta, las «desviaciones de derecha». Para el secretario del partido ruso eran desviaciones todas las tendencias que no tuvieran en cuenta que la «base sólida» de la economía soviética es el desarrollo de la industria pesada». En aquel discurso se situaba toda opinión contraria como «desviacionismo de derecha».

Aparte de juzgarse a Malenkov, se hacía el proceso, casi la disección, de todos los que, dentro y fuera de las fronteras rusas, habían colaborado para destruir ese concepto. Después de la caída de Malenkov, no se ha esperado nada más que el tiempo preciso para ver asegurado el nuevo Gobierno para comenzar la depuración exterior.

Primero ha sido Hungría, pero los demás países están en fila. Porque lo tremendo es lo rápidamente que todos han intentado cambiar de métodos, facilitar en la medida de lo posible la vida de sus respectivos países.



Imre Nagy y Rakosi, acompañados de otros políticos húngaros, en una visita a Estados Unidos

En Hungría, desde junio de 1953, es decir, pocos meses después de la jefatura de Malenkov, Imre Nagy conseguía derrotar a Rakosi, secretario del partido comunista húngaro, y comenzaba una etapa nueva.

Por lo pronto se cerró el camino a la colectivización de las tierras que, como en Alemania y en el resto de los países occidentales, ha dado un pésimo resultado en la anual recogida de cosechas. Después libertad a centenares de presos. No pudo, desde luego, o no supo, atacar las posiciones de Rakosi. Pero se estableció cierto equilibrio.

Ahora, el malenkovismo, que es juzgado como desviacionismo de derecha, ha traído como consecuencia la crítica del sistema Nagy.

No ha sido Rakosi quien ha colocado la pólvora de la necesidad de reemplazar a Imre Nagy como primer ministro, sino el general comunista Mihaly Farkas. Como en un gran altavoz se han reproducido, a través de él, las ideas de Kruchev.

Mihaly Farkas, un hombre de unos cincuenta años, es de origen judío y secretario de Rakosi. Su verdadero nombre es Hermann Loewy, siendo, profesionalmente, impresor. Más tarde, en Rusia, sigue una serie de cursos militares que, una vez en Hungría, y aprovechando las circunstancias especiales de la Resistencia, le valen para ser ascendido, una y otra vez, hasta llegar a general del Ejército húngaro. Y es Farkas, en nombre de Rakosi, que ha vuelto a ser, con la ascensión de Kruchev, el hombre fuerte de

Hungría, quien ha desencadenado la tormenta.

Tanto él como Rakosi, el secretario general del partido, son hombres totalmente adictos, sin ninguna consideración a su propio país, a las consignas de Moscú. Uno u otro, quizá Farkas, se convierten ahora en los patronos del stalinismo y endurecimiento político de Hungría. Así, pasando Farkas a la presidencia del Gobierno, se mantendría la tendencia actual de Kruchev de permanecer sólo en el puesto clave de la secretaría del partido.

Pero, en el fondo, y a nadie le pasará inadvertido, la lucha contra los malenkovitas de la industria ligera y los abastecimientos, terminará por reflejarse directamente en Moscú. Cualquier circunstancia adversa, en ese filo puntiagudo del cuchillo, servirá para comenzar en serio, dentro de Rusia, lo de Malenkov. Si las depuraciones antimalenkovianas prosiguen en el exterior, por pura lógica de las cosas la diana terminará por apuntar al Kremlin.

La revuelta de los obreros de Berlín sirvió de pretexto para apoderarse de Beria.

Así la sustitución progresiva de los «hombres de Malenkov» por los «hombres de Kruchev» se irá acentuando cada día.

En la Alemania del Este se plantea la misma situación entre Grotewolh y Ulbricht que la de Hungría entre Nagy y Rakosi. Si en esta última, nada más dados los primeros pasos del «antimalenkovismo», hay ya 2.400 personas bajo expediente, en Alemania, sin previo aviso, comienza la depuración de la Policía: 447 oficiales y altos oficiales se encuentran ya vigilados.

Tras todo ello viene, inevitablemente, lo que Lenin llamaba la «línea de la sangre».

LA GUERRA PERMANENTE

Nadie crea, sin embargo, que la colosal distorsión de la lucha por el poder y la transformación de la política de coexistencia en stalinismo ha interrumpido la política internacional de Rusia. Esta sigue su cauce de siempre: la guerra permanente.

¿Cómo se consigue ello? Por la simplicidad extrema de los conceptos. El sistema, ha dicho Bulgárin, es mantener siempre encendidas unas hogueras bélicas en cuatro o cinco rincones del mundo. Rusia, aun ocupada en sus propios problemas y necesidades, puede mantener con muy poco esfuerzo y riesgo personal la situación

de callejón sin salida por la que atraviesa el mundo.

De ahí el vivo cuidado que tienen, tanto Molotov como Kruchev, los dos oficialmente más antioccidentales, en no convertir la hoguera de Formosa en guerra abierta. La guerra, con Rusia sin el pan necesario y con China sin la industria pesada para mantener el enorme Ejército que, teóricamente, puede movilizar, no conseguiría nunca lo que está consiguiendo con poco trabajo y poco dinero en los momentos actuales.

Si Malenkov, por otra parte, había olvidado y camuflado cuidadosamente el itinerario revolucionario del asalto total al mundo, la nueva economía política de Kruchev advierte taxativamente esa voluntad de Rusia. Lo que ocurre es que quiere plantear la batalla en el terreno que ella quiere. ¿Qué ocurriría si los países satélites de Rusia, cuya tensión interna se ha adivinado completamente en los pocos meses «malenkovianos», fueran armados y se incubara en ellos, siguiendo el ejemplo de Rusia, las armas, la propaganda y los mínimos hombres para dirigirlos?

EL REY DE CAMBODGE ABDICA

El Rey de Cambodge, Norodom Sihanouk, en el curso de un viaje de inspección al oeste de su país, con un grupo de fieles y soldados a través, repentinamente, la frontera siamesa y se refugió, posteriormente, en Bangkok.

La sorpresa del resto de sus acompañantes fué enorme. Más aún cuando su ausencia parece formar el centro de una vasta discordia civil de Indochina, que no hace otra cosa que favorecer al Vietminh de Ho Chi Minh.

Desde el «alto del fuego» de Pierre Mendes-France en Indochina, las cosas se han ido agravando por días. De un lado, coherente, continúa, todavía, el ejército comunista de Ho Chi Minh. Al otro, el ejército nacionalista, depurado y dejado en su esqueleto por el presidente del Consejo de ministros del Vietnam, M. Diem, no existe otra cosa que una subterránea y ya encendida guerra civil, que pone la región entera en manos de los comunistas.

La nueva crisis desencadenada en el sur del Vietnam no está dirigida por el Ejército nacionalista, sino por una serie de sectas cuyos ejércitos religiosos son los protagonistas de la lucha. En un manifiesto han solicitado del Emperador Bao Dai el regreso al Vietnam para imponer el orden y, sobre todo, destituir al Gobierno. «Es la última carta —dicen los rebeldes— que dejamos al Emperador.»

A su vez, los «diemitas» o partidarios del presidente del Consejo acaban de constituir, bajo el nombre de «Partido de la revolución personalista», un bloque político que responde al modelo del Vietminh.

La guerra civil, extendida hasta las fronteras cochinchinas, destruye el equilibrio de una región cuya pacificación es imperiosamente necesaria. Y a su vez, los franceses que se ven obligados a sostener a Diem se encuentran con la propaganda ferocemente antifrancesa que hace



DIGAN LO QUE DIGAN...

no hay ningún producto que haga salir el pelo. Puede conservarse, evitar la caspa, el picor y todas esas pequeñas afecciones al cuero cabelludo tan molestas y en muchas ocasiones culpables de la calvicie. Pero nada más.

Y todo eso (es decir, lo que es posible) puede conseguirse friccionando las raíces todas las mañanas con

LOCION AZUFRE VERI

Cuando se acude a tiempo, queda el cabello LLENO DE VIDA, pero cuando ya es tarde...



NO HAY QUE DESCUIDARSE!

Loción Azufre Veri es un producto fabricado con garantía farmacéutica y que debido a su enorme venta y exportación a Hispano-América, puede Vd. adquirirla a un precio moderadísimo. El frasco pequeño solo cuesta 11 ptas., y el tamaño corriente 17,10. Imp. Incl.

DESCONFIE DE IMITACIONES

PUBLICITAS

Si desea un folleto escriba a INTEA, Apartado 82, Santander

el jefe del Gobierno. Síntomas, en fin, todos, de la descomposición política de Indochina, perdida en un mes de Mendes-France, después de inútil guerra de ocho años.

La huida del Rey de Camboya, hombre de fuerte personalidad y de extrañas «salidas de tono», según los franceses, ha abandonado la corona a su padre, Príncipe Suramarit, por tiempo indefinido. Un tiempo que durará lo que permanezca la Comisión Internacional de control en Indochina.

Todas esas circunstancias, adversas para el fortalecimiento de la Indochina no comunista, imponen una verdadera situación de tensión hacia un mundo que ya tiene sobre sus espaldas la situación de la China popular. Todo el Asia está, así, en peligro.

LOS PLANES DE MAO TSE TUNG

Los planes de Mao Tse Tung se producen un poco independientemente de los rusos. Nada autoriza a pensar que se pueda producir un titismo —mucho más probable en Checoslovaquia, donde parece que el anuncio de la depuración antimalenkovista no encuentra suficientes partidarios— ya que, de manera irremediable, ambas economías, la rusa y la china, se complementan.

La presión de Mao-Tsé-Tung, quizá la de mayor importancia en el orden de las valoraciones rusas, pide y exige constantemente el perfeccionamiento y ampliación de la industria pesada rusa. La industria que China no posee y le es imprescindible. La desproporción de fuerzas es enorme a favor de los Estados Unidos. Los seis ejércitos de combate que posee China en los momentos actuales están distribuidos estratégicamente, a lo largo y ancho de todo el país. El ejército número seis está compuesto, en su mayor parte, de los voluntarios que combatieron en Corea. El quinto, instalado a la espalda de Pekín, pasada la Gran Muralla y en tierras de Manchuria, es el formado por las divisiones más modernas y los equipos militares más completos.

Los cálculos de los expertos consideran que China tiene ahora, en pie de guerra, dos millones y medio de hombres. A los que han de unirse el millón de hombres que constituyen las fuerzas de la Policía y la milicia. La Aviación está calculada en 2.500 ó 3.000 aviones, la mayor parte de ellos rusos. Y, aunque sus recursos humanos son inagotables —según el censo de 1953, China cuenta con 600 millones de habitantes— sus recursos materiales hacen imposible que pueda superar, por ahora, esa cifra de movilización.

Políticamente la situación parece, en cuanto a crisis internas, menos resquebrajada que Rusia. La enfermedad de Mao colca detrás de él una serie de hombres de prestigio. La lucha por el poder daría tres posiciones claves: la del partido, representada por su secretario general Liu Shao Chi. En el Ejército, por un general conocido y famoso, Chu The, pero que tiene a su lado, verdadera eminencia gris, a un estrate-



El Emperador Bao Dai, durante una fiesta celebrada en su palacio de Hanoi



Rusos y chinos rojos formando bloque durante una conferencia internacional. Molotov aparece cerca de Chu En Lai

ga destacado: Lin Piao. Queda, luego, Chu En Lai, que puede cerrar el cuadro o encabezarlo. Es el estratega de la política internacional.

Con todo ese tremendo y pavoroso enigma amarillo tiene que pechar hoy el mundo civilizado. En los planes de Mao Tse Tung, los tambores tocan más notas que las puramente asiáticas en las que disputa la jerarquía suprema a Rusia. Y hace muy pocos días Francia comunicaba que Mao pensaba también en África.

Sin embargo, a menos que la VII flota abandonara el estrecho de Formosa, la decisión corresponde, hoy por hoy, a Norteamérica.

CONTRA EL INAMOVIBLE MOLOTOV

Detrás de la tormenta, Molotov, que ha resistido todas las tempestades. Aparentemente excluido del poder supremo, de traza tosca y pesada, Molotov ha visto pasar todas las depuraciones sin que se quebrante el filo

de su buena suerte. Sin embargo, «Pravda» ha publicado integralmente, sin hacer un sólo comentario, una larga diatriba contra el ministro de Asuntos Exteriores ruso, realizada en Yugoslavia por Tito.

La impermeabilidad monolítica de la Prensa rusa a las campañas adversas dan una significación especialísima a cada palabra. De ahí que quizá por primera vez en muchos años, Molotov ha recibido la primera acusación en un momento de peligro.

No otro sentido que ése, de general advertencia, puede darse al hecho de que el periódico del partido transmita, «in extenso» una información contra uno de sus gobernantes.

Malenkov ha visto también el descuido de la Prensa. Este año ni un solo periódico ha publicado un comentario en su cumpleaños. Hace un año fué un acontecimiento.

Enrique RUIZ GARCIA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

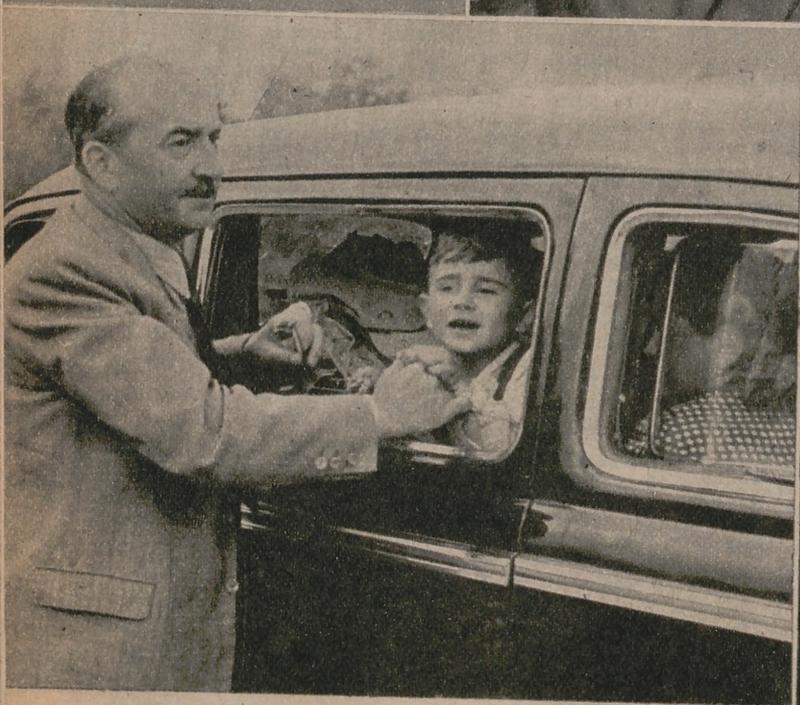
Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

LA LINEA DE LA SANGRE:

LOS HOMBRES
DE KRUSCHEV
SUCEDEN A LOS
DE MALENKOV

COMIENZA LA DEPURACION EN
LOS PAISES SATELITES

SE DA FIN EN RUSIA A LA
PRIMERA FASE DE "COLO-
NIZACION" INTERIOR DEL
PARTIDO COMUNISTA



LA PRIMERA ACUSACION
CONTRA MOLOTOV

Arriba: Molotov, por primera vez acusado en Rusia, víctima de sus propios procedimientos. A la izquierda: Nagy, en el momento de llegar a Suiza, víctima del golpe de Estado que le despojó de su cargo de primer ministro húngaro